



La revolución
de la luna **Andrea**
Camilleri

se

Lectulandia

En la Palermo del siglo xvii, durante la ocupación española y tras las pompas de una corte fastuosa, se esconden complots y sobornos, vicios y excesos. La ilegalidad trabaja a todas horas, es la única ley que impera en el gobierno de la isla, hasta que el virrey muere y le sucede un gobernador poco habitual en aquella época: una mujer. Eleonora, la viuda del virrey, sube al poder movida por profundas convicciones de justicia social. En menos de un mes, el tiempo que tarda la luna en completar su vuelta alrededor del Zodiaco, consigue dar un giro a la indignidad del gobierno siciliano: mejora las condiciones bajo las que vive la mujer, reforma los derechos de los trabajadores del campo, baja el precio del pan... Por supuesto, pronto cuenta con detractores, que no dudan en acusarla de complicidad con el demonio.

Lectulandia

Andrea Camilleri

La revolución de la luna

ePub r1.0

Titivillus 06-05-2018

Título original: *La rivoluzione della luna*

Andrea Camilleri, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El virrey abre la sesión, pero alguien la cierra

La sesión del Sacro Regio Consejo que el virrey don Ángel de Guzmán, marqués de Castel de Roderigo, celebraba en palacio cada mañana de miércoles a las diez en punto, también aquel día, que era el 3 de septiembre de 1667, comenzó como de costumbre, siguiendo un procedimiento rígidamente establecido.

Ante todo, de las seis a las ocho, cinco criadas, una vez abiertas las ventanas para airear, habían barrido y lavado el suelo, desempolvado y lustrado los muebles del salón.

Los sillones de los seis consejeros estaban colocados tres a la izquierda y tres a la derecha del gran trono de oro reservado a sus majestades los reyes de España, que, sin embargo, no habían tenido ocasión de posar en él su augusto trasero, dado que nunca ninguno de ellos se había dignado a bajar a la isla.

Al trono se accedía tras subir seis grandes escalones cubiertos por una alfombra roja y gruesa.

A la derecha del trono, pero algo más adelantado y tres escalones más abajo, también cubiertos por una alfombra roja, estaba el trono, más pequeño y menos dorado que el otro, en el cual se sentaba el virrey. A cuatro pasos de distancia del último de los tres sillones, a mano izquierda, había una gran mesa con dos sillas. Esos eran los sitios del protonotario y del secretario del consejo.

En la pared de detrás del trono del rey estaba colgado un enorme retrato de su majestad Carlos II de cuerpo entero, pero multiplicado por cuatro. Al lado del retrato había un enorme crucifijo de madera. Al escultor la cara de Jesús no le había salido demasiado bien: en vez de hacerla transfigurada por la agonía y el dolor la había hecho con una expresión enfurecida e indignada. Sintiendo tan mal mirados, los consejeros, ninguno de los cuales tenía la conciencia tranquila, se encontraban a disgusto y evitaban levantar la vista hacia el crucifijo.

Una vez que salieron las criadas, entró el maestro herrero Alizio Cannaruto, que tenía el encargo de comprobar la armazón de hierro, perfectamente escondida bajo la madera dorada, que sostenía el trono del virrey, que había debido construirse aposta en sustitución del empleado con anterioridad.

Una vez que salió el maestro herrero, entraron el maestro agrimensor Gaspano Inzolia y dos ayudantes. El maestro agrimensor había verificado que todos los sillones estuvieran perfectamente alineados, ni un milímetro más adelante ni un milímetro más atrás el uno del otro. El desplazamiento, aunque fuera mínimo, de un sillón podía herir la susceptibilidad de los consejeros, ser tomado acaso como signo

de benevolencia o de malevolencia por parte del virrey o como signo de arrogancia de algún componente del consejo y tener, a causa de eso, consecuencias graves e interminables disputas, peleas y hasta asesinatos.

A las nueve y cuarto, las dos grandes hojas de la puerta dorada del salón habían sido solemnemente abiertas por los primeros guardias, Foti y Miccichè, que se habían situado, tiesos, uno frente al otro, inclinándose ante cada consejero que pasaba entre ellos e iba a sentarse en el sitio asignado.

Habían entrado sacando pecho y vestidos de gala, uno tras otro, según la importancia que tenían en el Sacro Regio Consejo: su excelencia don Rutilio Turro Mendoza, obispo de Palermo; don Giustino Aliquò, príncipe de Ficarazzi, gran capitán de justicia; don Alterio Pignato, duque de Batticani, gran tesorero; don Severino Lomascio, marqués de Roccalumera, juez de la monarquía; don Arcangelo Laferla, conde de Naso, gran almirante, y don Cono Giallombardo, barón de Pachino, gran maestro racional.

Detrás de ellos entró el protonotario don Gerlando Musumarra, y después de él, el secretario del consejo, don Ernesto Rutè.

En ese momento, los dos primeros guardias habían ido a advertir al primer camarlengo del virrey que todos los consejeros estaban presentes y en posición de firmes esperando detrás de la puerta cerrada a que saliera su excelencia don Ángel.

Entretanto se habían hecho las nueve y media.

El virrey, el marqués don Ángel de Guzmán, cuando había desembarcado en Palermo hacía casi dos años había asombrado a todos por dos motivos.

El primero era su juventud, dado que aún no llegaba a los treinta años y ningún siciliano recordaba un virrey que tuviera menos de cincuenta.

El segundo era su gran delgadez, don Ángel no tenía un gramo de grasa, la piel estaba directamente pegada a los huesos, pesaba como máximo treinta kilos. Un viento fuerte lo habría hecho volar en el aire como una hoja seca.

Había llegado a Palermo solo, pero un mes después desembarcó de noche su mujer, doña Eleonora de Mora, española, sí, pero de familia siciliana y huérfana desde los diez años de edad. A partir de entonces permaneció encerrada en un convento, donde fue instruida, aprendiendo, entre otras cosas, el italiano, y de donde había salido solo cuando se había comprometido. Don Ángel y Eleonora eran recién casados, dado que se habían desposado tres meses antes. De doña Eleonora se supo enseguida que tenía unos veinticinco años y una belleza espantosa, pero nadie tuvo ocasión de asustarse porque nadie tuvo la oportunidad de verla. En efecto, doña Eleonora, en cuanto llegó, permaneció encerrada en los apartamentos privados del palacio y al cuidado de las cuatro criadas que había traído de España.

Pero un mes después de la llegada de su mujer, don Ángel, bajo los ojos primero asombrados y luego cada vez más estupefactos de la corte, había empezado a

transfigurarse.

El fenómeno se manifestó primero con el rapidísimo agrandamiento de la panza y solamente de ella, dado que don Ángel, siempre enjuto en el resto de su cuerpo, una semana después, parecía una mujer embarazada de nueve meses.

Luego, la gordura pasó súbitamente a los brazos, a las manos, a las piernas y a los pies. Por último, atacó la cara. Cambió de cuarto menguante a luna llena.

Menos de seis meses después, don Ángel pesó noventa kilos, tras otros seis meses pasó a ciento cincuenta. Ahora su mole parecía estable a ciento noventa. Un elefante.

Y nada había podido detener el fenómeno. El protomédico, don Serafino Gustaloca, después de visitas y más visitas, palpa aquí, palpa allá, y de haber probado una gran cantidad de medicinas, sangrado y purgado, había perdido la esperanza y había dejado caer los brazos. Y también el grandísimo médico español, un pozo de ciencia enviado por el rey Carlos, había hecho lo mismo.

Aunque estuviera una semana en completo ayuno, sin beber siquiera una gota de agua, el virrey continuaba ensanchándose como un cerdo puesto al engorde.

El sastre de la corte, Artemio Savatteri, en poco tiempo se hizo de oro. Debió contratar a cuatro ayudantes porque cada semana había que rehacer desde el principio todo el guardarropa del virrey.

A las nueve y treinta y cinco la puerta se abrió por completo y don Ángel fue trasladado de las manos de los dos ayudas de cámara que lo habían auxiliado para vestirse a las manos de los dos guardias. Don Ángel cogió del bracete a Foti y Miccichè y, apoyándose en ellos, comenzó a avanzar hacia el salón del consejo.

Para él no era fácil caminar. Dada la gordura de los muslos, para dar un paso no podía llevar el pie hacia delante como exigía la naturaleza, sino que debía desplazar primero toda la pierna de lado y luego adelantar el pie.

Pero, de esa manera, su cuerpo perdía el aplomo, se desequilibraba y acababa pesando sobre la pierna adelantada y, por eso, quien lo aguantaba de ese lado debía ser capaz de cargar con toda aquella gran masa de carne. Si por desgracia perdía el equilibrio, lo aplastaría el virrey, caído encima de él.

En cuanto don Ángel apareció en la puerta del salón, todos los consejeros se pusieron de pie, hicieron una profunda inclinación llevando la mano derecha al corazón y esperando a que el virrey se hubiera acomodado en el trono para volver a sentarse.

Pero don Ángel solía detenerse un momento en la puerta para recuperar el aliento. Y en el silencio general su respiración atronaba como un poderoso fuelle accionado lentamente. Luego reanudó el paso, que más que una simple caminata parecía la navegación de un barco que cabeceaba y oscilaba sobre un mar agitado.

Pero lo peor estaba por llegar.

Había que subir los tres escalones que llevaban al trono.

Para ayudar a los dos guardias habían sido designados el protonotario Musumarra y el secretario Rutè, que corrían a ocupar el sitio de Foti y de Miccichè.

Ante el primero de los tres escalones, Foti se agachaba, cogía con las dos manos el pie izquierdo de don Ángel, lo izaba con esfuerzo, lo llevaba hacia delante y lo posaba en tierra.

Pero haciendo así, todo el cuerpo del virrey se inclinaba peligrosamente hacia atrás y, para impedir la caída, Miccichè lo mantenía derecho desde detrás de los hombros con los dos brazos extendidos y el cuerpo, a su vez, inclinado hacia delante y con los pies clavados en el suelo para hacer de contrapeso. Luego, también el protonotario y el secretario se ponían a espaldas de don Ángel y lo empujaban hasta que aquel subía al primer escalón.

Después de dar tiempo a don Ángel para que resoplara más fuerte, descansando un poco, la operación se repetía igual para el segundo y el tercer escalón.

Finalmente, a las diez en punto, los ciento noventa kilos de carne se desplomaban sobre el trono, cuya armazón de hierro vibraba durante algunos minutos.

Pero la apertura de la sesión se retrasaba todavía un poco porque todo el consejo se quedaba hechizado mirando la papada gigantesca de don Ángel, que durante un rato temblaba como un flan, debido a las vibraciones transmitidas por la armazón de hierro.

Acabado el temblor de la papada, don Ángel hizo una señal al protonotario, y don Gerlando Musumarra puesto en pie, en nombre del virrey declaró abierto el consejo y se sentó. Luego se levantó el secretario, que pidió permiso para leer las cuestiones que había que discutir.

El virrey se volvió para mirar el trono vacío del rey.

Era su costumbre hacerlo siempre antes de dar una respuesta, como si quisiera significar que él era solamente el portavoz de la voluntad de su majestad.

Pero esta vez se quedó mirando el trono y no respondió al secretario.

El cual, persuadido de que don Ángel ni siquiera lo había escuchado, después de haber consultado con una mirada al protonotario, repitió la pregunta.

No hubo respuesta, don Ángel seguía inmóvil, con la cara vuelta al trono.

Don Ángel había sido un buen virrey, pero en los últimos meses se le había ido un poco la cabeza. De inmediato había demostrado ser una persona honrada, respetuosa de la ley y de los hombres, dispuesta a condenar la injusticia y el abuso, la prepotencia y la arbitrariedad. Luego había aflojado las riendas y ahora los consejeros hacían lo que querían.

Desde luego debido a la enfermedad, pero también quizá por culpa de un rumor que circulaba desde hacía algún tiempo entre los nobles del consejo. El rumor era que la enfermedad había engordado de manera elefantiásica todas las partes del cuerpo de don Ángel, menos una, precisamente aquella que distingue al hombre de la mujer, que se había convertido, dadas las nuevas proporciones del resto, en casi inencontrable, una aguja en un pajar. Su pobre mujer, Eleonora, decían las malas

lenguas, debido a la forzada abstinencia, se había vuelto taciturna y melancólica, y don Ángel sufría mucho por la situación.

A la segunda falta de respuesta, los consejeros se miraron, desconcertados.

¿Qué debían hacer?

¿Se podía repetir por tercera vez la pregunta? ¿Era lícito interrumpir el diálogo mudo entre el virrey y su majestad? No, no era lícito. Pero ¿se podía perder toda la mañana contemplando al virrey mirando al trono vacío del rey?

Después de cinco minutos de silencio, el príncipe de Ficarazzi, que en calidad de gran capitán de justicia venía en importancia inmediatamente después del virrey, se levantó y se acercó al trono.

Dado que era mucho más bajo de lo normal, pero siempre más alto que un enano, debió subir los tres escalones para estar al nivel de don Ángel. Y aquí se dio cuenta de que el virrey tenía, sí, la cara vuelta hacia el trono, pero que sus ojos estaban perdidos, no miraban a nada, o quizá a algo tan lejano que era igual a nada. El príncipe de Ficarazzi se quedó paralizado, un poco espantado y sin saber qué hacer o qué decir.

Pero el virrey advirtió su presencia. Primero hizo un gesto como para alejar a una mosca fastidiosa, luego sus ojos enfocaron, lentamente, la cara del príncipe. El cual, de inmediato, bajó y volvió a sentarse, a la carrera.

Don Ángel volvió la cabeza para mirar a su alrededor para persuadirse de dónde se encontraba, como si se hubiera despertado de una buena siesta. Cuando vio al secretario de pie, lo miró, extrañado.

El secretario entonces repitió por tercera vez la pregunta.

Don Ángel volvió la cabeza por un instante hacia el trono y luego le hizo señas de que le concedía el permiso. Todos respiraron aliviados. La sesión estaba comenzando a desarrollarse como de costumbre.

El secretario dijo que el primer asunto que discutir concernía a la disputa entre el obispo de Catania y el obispo de Messina en relación con los dos testamentos de la baronesa de Forza d'Agrò, en uno de los cuales lo dejaba todo a la iglesia de Messina y en otro a la iglesia de Catania. Los dos obispos habían apelado al consejo para obtener justicia y había que dar una respuesta urgente.

El virrey primero miró al trono y luego al obispo Turro Mendoza.

Este se levantó con una sonrisita maligna. No había ninguno de los presentes en el salón que no supiera ya lo que habría dicho el obispo. Todos conocían la guerra que mantenían desde hacía años Turro Mendoza y Gioacchino Ribet, obispo de Catania.

Era una guerra a golpe de rumores, insinuaciones, medias palabras y calumnias. Ribet había hecho correr la voz de que Turro Mendoza practicaba el «pecado nefando» con los monaguillos, y Turro Mendoza había replicado con la historia de que Ribet había dejado embarazada a una monja y luego la había hecho matar para evitar el escándalo.

El obispo de Palermo, tan gordo y bajo que parecía un balón, tenía un tono de voz

que cuando hablaba desde el púlpito lo oían hasta en Cefalù. Más que decir palabras, disparó cañonazos. Dijo que Gioacchino Ribet era un bribón sin escrúpulos y que el testamento que asignaba la herencia a la iglesia de Catania era manifiestamente falso. Sostuvo que había ordenado hacer atentos exámenes y que tenía las pruebas de cuanto decía.

El virrey preguntó a los presentes si tenían algo que decir al respecto.

Nadie chistó. Entonces, don Ángel, después de mirar el trono, dijo que la cuestión estaba resuelta a favor del obispo de Messina.

El secretario volvió a levantarse y leyó el segundo asunto por discutir. Era algo muy delicado. Según varias denuncias anónimas, de las tasas que pagaban los ciudadanos de Bivona llegaban a las arcas del Estado aproximadamente la mitad, porque la otra mitad se la embolsaba el encargado de la recaudación. El cual era nada menos que el marqués Aurelio Spanò di Puntamezza, hombre riquísimo y poderosísimo, persona a la cual no se podía hacer la afrenta de dudar de él.

Mientras el virrey se volvía para mirar el trono, don Cono Giallombardo, gran maestre racional, a quien correspondían los asuntos de tasas, se dispuso a hablar.

Y como había ocurrido con el obispo, ninguno de los presentes ignoraba ya lo que iba a decir.

Era sabido por todos que Griselia, la bella nieta predilecta de don Cono, a la cual idolatraba, era la amante de Tancredi Spanò, hijo mayor del marqués de Puntamezza. Y todos sabían que la palabra de la muchacha era ley para el gran maestre racional.

El cual, cuando le tocó hablar, sostuvo que esas cartas anónimas eran una infamia, no debían ser tomadas en consideración, ya que querían manchar a un hombre conocido por su rectitud, y que del honor del marqués de Puntamezza no se debía ni siquiera hablar.

Nadie chistó. El virrey miró al trono y luego declaró que la cuestión no era digna de ser examinada por el consejo y quedaba descartada también de aquellas por discutir en el futuro.

El tercer tema que planteó el secretario fue el de la *Gloriosa*, la nave de guerra que, recién varada y en su primera salida al mar, había ido a chocar contra un escollo y se había hundido provocando la muerte de quince marineros. El comandante de la *Gloriosa*, Aloisio Putifarre, culpaba del accidente a que el timón no respondía al mando del timonel, puesto que la nave había sido mal fabricada por el astillero de Messina, que había escatimado en el material. El jefe del astillero decía, en cambio, que la culpa era totalmente de Putifarre, quien a menudo y de buena gana le daba a la botella.

El virrey, después de mirar al trono, dio la palabra al gran almirante don Arcangelo Laferla, conde de Naso.

El conde no habría tenido necesidad de abrir la boca en cuanto todos sabían que hacía muchos años que el jefe del astillero de Messina iba a medias con él.

Por eso, el pobre comandante Aloisio Putifarre, en un santiamén, se encontró

degradado, expulsado de la Marina y enviado a la cárcel como único responsable del accidente.

El secretario se había levantado de nuevo, pero don Ángel le hizo señas de que se acercara. El secretario se detuvo delante de los tres escalones. El virrey lo invitó con la mano a subir y, cuando lo tuvo a tiro, le dijo algo al oído.

El secretario salió a la carrera del salón. Volvió poco después seguido por Foti, que sostenía un biombo bajo el brazo, y por Micciché, que tenía en la mano un orinal cubierto por un paño blanco.

Ya había ocurrido dos veces el mes pasado que a don Ángel le había sobrevenido una necesidad urgente, pero, entre bajar del trono, atravesar el salón, llegar a sus apartamentos, alcanzar el retrete, orinar, volver, atravesar de nuevo el salón y subir los tres escalones se había perdido como mínimo una hora. La solución que encontró el protonotario y que hizo llegar discretamente al virrey era la mejor.

Los dos guardias abrieron el biombo delante del trono y luego desaparecieron detrás de él. En el silencio, todos escucharon la respiración fuerte y fatigosa del virrey, que se levantaba, y luego el ruido del líquido que salpicaba dentro del vaso de porcelana. Se necesitaron unos buenos diez minutos. Luego finalmente Micciché reapareció con el orinal cubierto y salió del salón mientras Foti, una vez plegado el biombo, lo seguía de cerca.

La sesión podía continuar.

Pero no continuó.

Porque todos se percataron de que ahora don Ángel estaba con los ojos cerrados y temblaba tan fuerte que la papada se bamboleaba a diestro y siniestro.

«¿Qué coño te pasa ahora?», pensó preocupado el protonotario.

—¿Por qué tiembla? —preguntó don Alterio al obispo.

—Quizá también necesite liberar el intestino —aventuró Turro Mendoza.

Sin abrir los ojos, el virrey dijo:

—Tengo frío.

Todos se quedaron estupefactos. ¡¿Frío?! ¿El 3 de septiembre y con un sol aún de agosto que partía las piedras?

El secretario salió a la carrera del salón, fue a hablar con Foti y Micciché y luego volvió a su sitio.

Don Cono Giallombardo se armó de valor y se inclinó para hablar en voz baja con don Arcangelo Laferla. Para mayor precaución, se puso la mano delante de la boca.

—¿No sería oportuno hacer saber a su majestad que nuestro querido virrey no está bien de salud?

Don Arcangelo lo miró, dubitativo.

—¿Lo dice en serio o bromea?

—En serio.

—¿Y a nosotros nos convendría que en vez de don Ángel viniera un virrey que estuviera bien de cuerpo y mente?

—Ah, sí —dijo don Cono, cerrando la conversación.

En el salón entraron los dos ayudas de cámara con una manta, que colocaron encima de las piernas de don Ángel.

Este, después de un momento, hizo señas al secretario de que podía hablar.

Don Ernesto Rutè se levantó y empezó:

—Ahora habría una petición del fiscal de Castrogiovanni...

—¿Eh? —interrumpió don Ángel.

El secretario tosió, para aclararse la garganta, y repitió con voz más alta:

—Se trata de la petición del...

—¿Eh? —dijo otra vez don Ángel.

¿Se había quedado sordo?

El secretario se llenó los pulmones de aire, volvió a abrir la boca...

—¿Eh? —dijo aún don Ángel antes de que aquel hubiera hablado.

Entonces, todos comprendieron que no era una cuestión de sordera. El virrey se dirigía a alguien de quien no comprendía las palabras y que, desde luego, no se encontraba dentro del salón. Luego, don Ángel puso los ojos en blanco, como por un gran pasmo, y volvió lentamente la cabeza hacia el trono.

Pasaron algunos minutos más.

2

El breve día de gloria del gran capitán de justicia

Los consejeros opinaron en silencio, intercambiando solo miradas y mínimos movimientos de cabeza para decir que sí o que no. Y llegaron a la misma conclusión. Por eso, el gran capitán de justicia se levantó, se acercó al trono, subió los tres escalones y se puso a la altura de don Ángel. El virrey estaba inmóvil, con los ojos aún desorbitados, pero el gran capitán, con un poco de espanto, de inmediato se persuadió de que aquellos ojos ya no tenían la posibilidad de ver nada. Había como un velo transparente puesto sobre las pupilas, un velo impalpable, como hecho de aire, pero más fuerte que el hierro, que lo separaba para siempre del mundo de los vivos.

Para estar seguro, el príncipe de Ficarazzi alargó lentamente una mano y con la punta del índice tocó con suavidad, casi temeroso de entrar en contacto con la carne del otro, la punta de la nariz del virrey.

No hubo reacción.

Entonces comenzó a hacer presión con el dedo y, ante el impulso, la cabeza de don Ángel poco a poco empezó a caer hacia atrás como la de un muñeco.

No había duda.

Sobre el trono estaba sentado un cadáver.

—Me parece que está muerto —dijo a media voz el príncipe de Ficarazzi.

Los consejeros se convirtieron en estatuas de sal.

El primero en sacudirse del aturdimiento general fue el protonotario, que se levantó y exclamó:

—Que venga de inmediato el protomédico, para verificar...

—¡Un carajo verificar! —rebatío el príncipe de Ficarazzi, que entretanto se había recuperado.

Era una situación que podía ser muy beneficiosa.

El protonotario miró estupefacto al gran capitán. ¿Por qué no quería que se hiciera la verificación?

—Pero sería correcto que... —insistió.

—¿Y qué sabemos nosotros de la enfermedad de don Ángel? —preguntó el príncipe—. Quizá parezca que esté muerto y solo se ha desvanecido o dormido. Si se despierta y se encuentra el médico al lado, quizá interprete nuestra premura como ganas de verlo muerto.

—Y, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el obispo.

El príncipe solo esperaba oír aquella pregunta.

—Os propongo continuar con el consejo como si no hubiera sucedido nada. Al final, si don Ángel no da señales de vida, llamamos al protomédico.

—Pero ¿cómo hacemos para saber si el virrey está de acuerdo con lo que propongáis? —preguntó dubitativo el protonotario.

—Quien calla, otorga —espetó el obispo, que era un fino manipulador y que había comprendido el propósito del príncipe.

El protonotario no replicó.

En la hora y media que vino a continuación, los consejeros arreglaron no solo sus asuntos, sino también los de los parientes, amigos y amigos de los amigos. Feudos enteros cambiaron de un linaje a otro con actos de autoridad; herencias en suspenso se transmitieron a donde quien había hecho testamento nunca había pensado que fueran a parar; casas y terrenos de golpe se convirtieron en propiedad del Estado; personas con la conciencia de un lobo fueron nombradas administradores de justicia y de los bienes de la corona, tutores de riquísimas huérfanas, síndicos de grandes quiebras. Por último, fue aprobada una gran donación semestral que el cincuentón don Simone Trecca, marqués de la Trigonella, había solicitado para una obra de caridad iniciada el año anterior a sus expensas.

Luego, el protonotario y el secretario se pusieron de pie y, sosteniendo en la mano uno el gran registro con las deliberaciones aprobadas y el otro tinta y pluma, se acercaron al gran capitán.

—La firma —dijo el protonotario.

—Aún no es oportuno. Sería contra la norma y la ley —los liquidó el gran capitán.

Y mientras los dos volvían a su sitio, dirigió la palabra a los consejeros.

—De momento, pienso que cuantas menos personas sepan la situación en la que se encuentra el virrey, mejor. Por eso, que sea el secretario quien vaya a llamar al protomédico, diciéndole que don Ángel se ha desvanecido, pero sin hacer escándalo ni despertar las sospechas de la gente.

Lo dijo con tono autoritario.

Era sabido que estaba escrito en la ley que en caso de muerte improvisada del virrey su puesto lo ocuparía temporalmente el gran capitán de justicia. Que permanecería en el cargo hasta la llegada del nuevo virrey desde España.

El protomédico, al cual el secretario había dicho que don Ángel había sufrido un desmayo, encontró a todos los consejeros reunidos a los pies de los tres escalones con caras de preocupación.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó.

—Un minuto antes de que el secretario viniera a llamaros. No hemos perdido el tiempo —espetó el gran capitán.

El protomédico subió los tres escalones y comprobó de inmediato que ya no había

nada que hacer.

Le auscultó el corazón, le tomó el pulso, le acercó la oreja a la boca y sacudió la cabeza, desolado.

—No está desvanecido, está muerto —dijo dirigiéndose a los consejeros—. Debe de haber sido el corazón, que ya no ha podido con tanta grasa.

El protomédico se quedó muy asombrado por las consecuencias de sus palabras. Los consejeros se abandonaron al dolor haciendo una escena penosa que le conmovió. El obispo alzó los brazos al cielo y luego se arrodilló en plegaria, el príncipe de Ficarazzi se cogió la cara con las manos, el duque de Batticani estalló en llanto sin recato, el marqués de Roccalumera y el conde de Naso se abrazaron dándose mutuo consuelo, mientras que el barón de Pachino, inconsolable, murmuraba:

—¡Qué desgracia tan grande! ¡Qué pérdida tan irreparable!

Luego, el príncipe de Ficarazzi, aún visiblemente conmovido, dijo que por desgracia correspondía a su excelencia el obispo dar la mala nueva a la mujer de don Ángel, junto a la expresión del dolor más profundo, de las más sentidas condolencias de todos los consejeros.

Una vez que salió el obispo, el príncipe dio la orden al secretario de que advirtiera al jefe de guardia que todos los extraños que se encontraban en el palacio debían abandonarlo en un visto y no visto, y le dijo que también hiciera venir de prisa al maestro de ceremonias.

Cuando aquel llegó, le habló al oído. El maestro de ceremonias fue a mirar el cadáver, se rascó en la nuca, dubitativo, volvió atrás y habló largamente al oído del gran capitán. Este primero hizo señas de negación con la cabeza y luego bajó los brazos y dijo:

—Si no hay más remedio...

Un cuarto de hora después, el maestro de ceremonias volvió seguido por seis criados, todos pequeños y robustos, que sostenían por las largas varas las parihuelas de santa Rosalía, que se encontraba en la capilla. La estatua de la santa había sido retirada y puesta en el suelo de la sacristía.

Los seis criados dejaron las parihuelas a los pies de los tres escalones, subieron, levantaron con esfuerzo el cuerpo de don Ángel, y lo pusieron encima. Luego dijeron en coro «¡Arriba!», cargaron las varas de las parihuelas sobre los hombros y salieron del salón mientras todos los presentes se encorvaban hasta el suelo en una profunda inclinación.

El protomédico preguntó si podía marcharse. Antes de responderle, el príncipe subió lentamente los tres escalones y trató de sentarse en el trono que había dejado vacante el muerto. Pero resultó que era demasiado alto para él. El príncipe se esforzó por izarse apoyándose con las manos en el asiento, pero tampoco lo consiguió.

Entonces, el protomédico le dijo:

—Si su excelencia permite...

Dado que era un hombretón, metió las manos bajo las axilas del príncipe, lo levantó en el aire y lo posó sobre el trono como se hace con un niño.

Pero sus pies quedaban colgando, a tres palmos del suelo. Podía nadar dentro del trono.

—Podéis marcharos —dijo el gran capitán, que ya se había acomodado.

El protomédico se inclinó y salió.

—Según la ley, desde este momento me convierto en virrey en funciones. Manifestadme, siguiendo las normas, vuestra obediencia —ordenó el gran capitán.

—Falta su excelencia el obispo —hizo notar el protonotario.

—Continuemos igual —replicó el príncipe.

Por un momento, nadie se movió. En efecto, nadie tenía ganas de manifestar obediencia al príncipe de Ficarazzi, que, está bien, era el gran capitán de justicia, pero continuaba siendo un pedo inflado de aire, según la feliz definición del obispo. Pero había que hacerlo. El duque de Batticani se levantó, se detuvo a los pies de los tres escalones, se postró posando la rodilla izquierda en el suelo, se llevó la mano derecha al corazón, agachó la cabeza y volvió a su sitio. Los otros hicieron lo mismo.

El príncipe tuvo la impresión de que el trono le quedaba estrecho, tan agigantado se sentía.

—Traedme el registro para la firma —ordenó.

Ahora su nombre valía tanto como el del rey de España.

Por un momento, tuvo un ligero vértigo.

El vicemaestro de ceremonias había acompañado al obispo Turro Mendoza a los apartamentos del virrey y luego, después de haber advertido a la mayordoma de doña Eleonora, lo había hecho acomodar en un sillón de la antecámara dejándolo solo.

El obispo había esperado y esperado hasta que se había olvidado de que estaba esperando, y se había perdido con el pensamiento en el coro de monaguillos por los cuales sentía una especial predilección. Finalmente, una puerta se abrió y apareció doña Eleonora.

El obispo se levantó, pero inmediatamente tuvo que sentarse porque las piernas le flaqueaban. Se había imaginado que, de acuerdo con los rumores, tendría delante a una mujer de gran belleza, pero se ve que su imaginación tenía un límite.

La joven que lo estaba mirando, aguardando a que hablase, era de pelo negro, alta, esbelta y elegante, vestida a la española. Ni el mejor de los pintores que había sobre la faz de la Tierra no habría sabido pintarla como era. ¡Y qué ojos! Grandísimos, negros como la tinta, se parecían a una noche oscura y espantosa, pero en los cuales uno habría sido más que feliz de perderse por la eternidad.

El obispo consiguió levantarse y abrió la boca.

Pero un gesto de la mano de doña Eleonora, de dedos delgados, armoniosos e interminables, lo detuvo.

—¿Ha muerto?

¿Cómo había hecho para saberlo?

El obispo se quedó estupefacto por el hecho de que en la pregunta de doña Eleonora no hubiera ni angustia ni dolor, nada, era una simple pregunta. Como si se refiriera a la muerte de un perro y no a la de su marido.

—Sí —respondió—. Y yo, en nombre del consejo...

Doña Eleonora repitió el gesto de la mano.

—¿Lo han matado?

El mismo tono de antes. Pero ¿qué opinión tenía aquella mujer de los consejeros? ¿Pensaba que a don Ángel lo habían matado como a un toro en la arena? ¿A la vista de todos? Si se hubiera tratado de un sitio solitario, y de noche, tal vez...

—El virrey ha fallecido de muerte natural. El Señor lo ha llamado —replicó.

—Le ruego que le diga al gran capitán de justicia que necesito hablar con él ahora mismo.

Y luego, sin decir ni mu ni haber cambiado de expresión, después de inclinar levemente la cabeza en señal de saludo, doña Eleonora le dio la espalda, abrió la puerta y desapareció.

El obispo se quedó atónito. Pero ¿de qué estaba hecha esa mujer? ¿De piedra?

¿Qué corazón escondía detrás de aquellos ojos de un negro sin fondo?

De golpe y porrazo, le vino a la mente que, desde que había llegado, doña Eleonora nunca había sentido la necesidad de un confesor. Lástima. Si hubiera cogido un cura como padre espiritual, de seguro él habría sabido algo más sobre aquella mujer que lo incomodaba.

«Menos mal que no se quedará demasiado tiempo», pensó, mientras salía de la antecámara.

En el pasillo se cruzó con las parihuelas con el cadáver del virrey, que lo llevaban a sus apartamentos.

Cuando entró en el salón del consejo, vio que todos se habían marchado. Estaba a punto de girarse pero una voz lo detuvo.

—¿Adónde vais? Estoy aquí, esperándoos.

Se volvió otra vez. El gran capitán estaba sentado en el trono, pero era difícil verlo a distancia. Era como un gusano sobre el tronco de un olivo. Se acercó.

—Solo faltáis vos para hacer el acto de obediencia.

El obispo se arrodilló expeditivo y se levantó.

—¿Habéis informado a la viuda?

—Sí.

—Bien. El Sacro Regio Consejo se reúne hoy después del almuerzo, a las cinco. Debemos pensar en los solemnes funerales, que deben ser grandiosos y dignos de ese gran hombre que ha sido don Ángel.

—Ah, me olvidaba —espetó el obispo—, doña Eleonora quiere veros.

—¿Es tan hermosa como cuentan?

El obispo negó con la cabeza.

—No hay palabras capaces de contar cómo es.

—Está bien, pasaré después del almuerzo.

—Dijo que os quería ver de inmediato.

—Está bien, está bien —espetó fastidiado el gran capitán.

El obispo se marchó. En vida del virrey, se habría precipitado. Pero en ese momento era preciso que doña Eleonora se persuadiera de quién mandaba.

Se quedó todavía un rato solo en el salón disfrutando del trono.

A las cuatro y media, el maestro carpintero Bongiovanni entró en el salón y sustituyó el trono reforzado de hierro que había servido para don Ángel por un trono viejo que había puesto a toda prisa como nuevo. Había inclinado el asiento de modo que el gran capitán permaneciera casi de pie, pero dando a todos la impresión de que estaba sentado. Así su escasa altura se notaba menos.

Poco antes de que se reabriera la sesión, el obispo preguntó al gran capitán si había hablado con la viuda. Aquel se llevó una mano a la frente.

—¡Me olvidé! Iré después del consejo.

No se había olvidado, lo había hecho aposta. Era doña Eleonora que debía amoldarse a él y no al revés.

La sesión empezó, a puertas abiertas. La orden la había dado el gran capitán, de modo que quien pasaba delante del salón podía verlo sentado en toda su gloria.

Tenía un solo problema. Antes de hablar, ¿debía mirar o no el trono del rey como hacía don Ángel? Decidió que no. Levantó un brazo para pedir silencio y habló.

—Estamos aquí reunidos por una triste necesidad que nunca habríamos pensado ni querido. El Señor Dios ha llamado al cielo esta mañana el alma elegida de don..., de don..., de don...

Y se detuvo, sin parpadear, con los ojos en blanco, mirando al fondo del salón. Don Cono Giallombardo temió que le hubiera dado el mismo síntoma que a don Ángel. Todas las cabezas se volvieron hacia la entrada.

En la jamba de la puerta había una mujer alta, esbelta, totalmente vestida de negro, con la cara oculta por un velo negro, espeso. Los brazos y las manos estaban cubiertos por guantes de terciopelo, naturalmente negro. Empezó a caminar, pero parecía que no posara los pies en el suelo, volaba por encima del pavimento.

En el silencio plomizo avanzó hasta el centro del salón y dijo con voz clara y fuerte:

—Yo soy Eleonora de Guzmán, marquesa de Castel de Roderigo, y pido la palabra.

Un escalofrío, vete a saber por qué, corrió como una serpiente maligna por la espalda del gran capitán. Para hablar, debió hacer un esfuerzo, tenía las mandíbulas clavadas la una en la otra y la garganta seca, como si no bebiera desde hacía días.

—Concedida.

—Pido con humildad a este Sacro Regio Consejo, y de manera particular al gran capitán de justicia, que los restos mortales de mi esposo no sean enterrados solemnemente. Solo deseo la bendición para los difuntos. El ataúd permanecerá en mis aposentos hasta el día de nuestra partida hacia España, lo antes posible.

El silencio se hizo más denso, pesaba como una losa sobre las espaldas de los presentes.

El gran capitán buscó con los ojos a cada uno de los consejeros. Pero todos miraban al suelo. ¿Ah, sí? ¿No querían tomar partido los grandísimos cornudos y cobardes? Entonces eso querría decir que lo habría pensado él y solo él, don Giustino Aliquò, príncipe de Ficarazzi, cómo poner en su sitio a la señora marquesa de Castel de Roderigo.

—Señora —dijo—, comprendo perfectamente las razones de la solicitud, pero lamento tener que rechazarla de manera irrevocable. Por la magnificencia del funeral, el pueblo entenderá qué significa ser virrey de Sicilia, comprenderá que nuestro amado rey de España...

Y aquí se detuvo. Porque doña Eleonora le había dado la espalda y estaba saliendo del salón.

—Continúa la sesión —prosiguió después de un momento el príncipe.

El obispo hizo señas de que quería hablar. El príncipe se lo concedió.

—Me permito observar que tal vez se podría llegar a un acuerdo con doña Eleonora.

El príncipe enrojeció de la rabia.

—Os recuerdo que habéis hecho acto de obediencia.

—¿Y qué tiene que ver? La obediencia es una cosa, tener una opinión distinta es otra.

—En conclusión, ¿no estáis de acuerdo con la mía?

—No es que no esté de acuerdo, pero si hubierais ido esta mañana cuando doña Eleonora os mandó llamar...

El gran capitán lo interrumpió, furioso.

—Que conste en acta que el obispo Turro Mendoza no está de acuerdo y continuemos. ¿Alguien tiene alguna otra observación que hacer?

Nadie dijo nada.

Entonces, el gran capitán empezó a hablar durante una hora y media seguida explicando hasta los más mínimos detalles de cómo se haría el solemne funeral.

Primero ilustró acerca de cuál sería la decoración de la catedral y cómo debían disponerse los asientos. Después explicó cómo debía estar compuesto el cortejo, que partiría del palacio para llegar a la catedral. En esta, un pelotón de soldados armados seguido por uno de marinos, junto al coche fúnebre completamente cubierto de flores. Justo después debía venir un desfile de cien carrozas descubiertas donde estarían todas las autoridades de Sicilia. En la primera de las carrozas ocuparían su sitio la

viuda y, como es natural, él, en calidad de virrey en funciones.

Pero la sucesión de las carrozas debía establecerse basándose en el grado de autoridad de cada personaje que la ocupase. Y aquí se perdió un montón de tiempo. Por ejemplo: ¿debía ir antes el príncipe de Vicari o el duque de Sommatino? Según la heráldica, iba primero el príncipe, pero había que tener en cuenta que el duque de Sommatino era dignatario de la corte y el príncipe no.

En resumen, para hacerlo breve, cayó la tarde y se encendieron los candelabros.

El secretario tenía el brazo derecho entumecido a fuerza de escribir. Al protonotario le dolía la cabeza.

Pero el gran capitán parecía atizado por los siete espíritus, se movía sin parar encima del trono. El placer del poder le daba continua energía.

—Y ahora estableceremos dónde debe estar el pue... pue...

Quería decir el pueblo llano, pero no lo consiguió.

Porque en la media luz había entrevisto, quieta en el umbral de la puerta, la alta figura de doña Eleonora.

¿Otra vez se dejaba ver?

¿Y qué querría ahora esta pelmaza?

La marquesa, que tenía un sobre en la mano, avanzó hasta el centro del salón, pidió perdón por la interrupción y solicitó permiso para hablar.

—Está bien —espetó descortés el gran capitán.

Doña Eleonora dijo que, mirando en los cajones del escritorio del marido, había encontrado una carta dirigida al Sacro Regio Consejo.

—¿Es importante? —preguntó el gran capitán.

—No la he abierto.

—Secretario, coged en consigna la carta, la leeremos al final del consejo.

—Hay que leerla con urgencia —dijo doña Eleonora, con firmeza.

—La urgencia la establezco yo —espetó el gran capitán, rojo como un pimiento.

—Está escrito en el sobre —rebatió la marquesa.

—Quizá sea mejor leerla —intervino el obispo.

—Leámosla —espetaron en voz alta don Cono Giallombardo y don Severino Lomascio.

El gran capitán los fulminó con la mirada, pero se rindió.

—Está bien. Secretario, abridla y leedla.

No sabía que con aquellas palabras se encaminaba a su propia ruina.

3

Doña Eleonora se convierte en virreina y conquista a todos, con algunas excepciones

El secretario se levantó, fue a coger el sobre, lo escudriñó y dijo:

—Efectivamente, aquí está escrito «Para entregar y hacer leer de inmediato al Sacro Regio Consejo en caso de que muera de improviso». Están también el sello y la firma de don Ángel. ¿Qué hago, rompo el sello?

—Claro —dijo el gran capitán.

El secretario rompió el sello, abrió el sobre, extrajo un folio y lo levantó en el aire, mostrándolo a todos.

—Está escrito de puño y letra por el virrey —afirmó.

—Adelante, adelante —espetó impaciente el obispo.

Finalmente, el protonotario empezó a leer:

Aquí expreso mis últimas voluntades, que os manifiesto en el pleno uso de mis facultades mentales y en el ejercicio de los poderes conferidos a mi persona por la gracia de Dios y de su majestad el rey Carlos III de España. En caso de que muera de improviso, mi dilecta esposa, doña Eleonora de Mora, marquesa de Castel de Roderigo, deberá acceder de pleno derecho al cargo de virreina de Sicilia, con todos los honores y obligaciones, los deberes y los derechos del cargo, a la espera de que la sagrada persona de su majestad Carlos III acepte mi voluntad o, en caso contrario, envíe a otra persona elegida por él. Por tanto, no rige la norma habitual de que en ausencia del virrey sea el gran capitán de justicia quien asuma provisionalmente el cargo. Esta es mi voluntad y deseo que sea acogida y respetada por todos sin dilación.

Firmado:

EL VIRREY, DON ÁNGEL DE GUZMÁN,
MARQUÉS DE CASTEL DE RODERIGO

El silencio fue tal que hasta se oyó una mosca que volaba cerca de la cabeza del protonotario.

—¡Joder! —fue la primera palabra que lo rompió.

La había dicho el obispo.

E inmediatamente después todo fue un murmullo, un parloteo, una gesticulación, una agitación con alguna risita divertida esparcida aquí y allá y enseguida ahogada.

El príncipe de Ficarazzi se sacudió de la tremenda hostia que lo había aturcido, aturullado y medio desplomado; consiguió con esfuerzo ponerse derecho sobre el trono como para superar aún más a todos los demás y gritó:

—¡Ese testamento no tiene ningún valor!

—¿Por qué? —espetó el obispo—. ¡Está escrito de puño y letra por el virrey y también tiene su sello!

—Porque..., porque... —empezó el gran capitán, que estaba buscando a la

desesperada una razón cualquiera para las palabras que había dicho. Pero no se le ocurría ninguna.

—Oigamos la opinión del protonotario, que conoce bien la ley —sugirió don Cono Giallombardo.

—¡Oigámosla! ¡Oigámosla! —espetaron a coro los demás consejeros, asumiendo un poder de decisión que no tenían.

Don Gerlando Musumarra se levantó. A pesar de la escasa luz, se veía que estaba pálido y preocupado.

—Hay poco que decir. La ley es clara y no admite dudas. La voluntad del virrey es suprema e incuestionable, ya sea expresada de viva voz en presencia de testigos, ya sea por escrito. Como en este caso. Y debe aplicarse aunque todo el consejo esté en contra.

—¡Pero es la voluntad de un muerto! —vociferó el gran capitán.

—Aparte de que por eso tendría aún más valor, esta voluntad don Ángel la declaró, escribiéndola, cuando estaba vivo —replicó, con frialdad, el protonotario.

No obstante, el gran capitán, que advertía en la piel que todo el consejo estaba en su contra, no quería soltar el hueso.

—¡Pero la norma no puede ser cambiada por el virrey, debe hacerlo el rey mismo!

—En efecto, la norma no puede cambiarse —replicó el protonotario—. Tanto es verdad que las deliberaciones hechas hoy han sido firmadas por vos, señor príncipe, *post mortem* del virrey. Por tanto, después de muerto, el virrey ha seguido manifestando su voluntad, a través vuestro. Si ponemos en discusión el testamento, también será necesario poner en discusión todas las deliberaciones hechas esta mañana por el consejo, porque no llevan la firma de don Ángel.

Era un golpe bajo del protonotario. Daba a entender que, si se rechazaba el testamento, entonces también todas las fechorías, los favores, los abusos y las tropelías que los consejeros habían transformado en ley fingiendo que el virrey estaba solamente desvanecido y no muerto corrían el riesgo de no llegar a buen puerto.

Por un momento, el príncipe de Ficarazzi se quedó mudo. Y el obispo aprovechó la ocasión:

—¿Por qué no sometemos a voto la aprobación del testamento? —preguntó poniendo la cara de un inocente angelote.

Los consejeros aceptaron enseguida.

—¡Votemos! ¡Votemos! —espetaron en coro.

El gran capitán comprendió que había perdido la partida. Volvió a sentarse en el trono.

—Como queráis...

—Quienes consideréis válido el testamento levantad el brazo —dijo el protonotario.

Cinco brazos se levantaron en el aire. El testamento de don Ángel había sido aprobado.

Entonces, todos se volvieron a mirar a doña Eleonora, que había permanecido quieta y muda en medio del salón.

—Dejadme sitio —dijo ella, vuelta al príncipe, sin que en su voz hubiera la más mínima imperiosidad.

Pero el príncipe se asustó precisamente por esa ausencia de mando. La frialdad de aquella mujer le helaba la sangre. Bajó la cabeza, descendió del trono y volvió a su sitio de gran capitán.

Doña Eleonora atravesó el salón bajo los ojos fascinados de los presentes, se detuvo delante del trono vacío del rey, inclinó la cabeza, se desplazó, subió con gracia los tres escalones, se sentó en el trono, se arregló el vestido y luego, lentamente, se levantó el velo, descubriendo la cara.

De golpe, todos se quedaron sin aliento.

Fue como si en la oscuridad del salón hubiera aparecido, de pronto, un punto de luz más luminoso que el sol, que deslumbraba tan fuerte que hacía lagrimear los ojos.

—Dadme la señal de vuestra obediencia.

Y tampoco esta vez ningún tono de mando, era una sencilla, educada y amable solicitud de una mujer de gran nobleza.

Los consejeros, mandando a hacer puñetas la jerarquía, saltaron en pie, todos a la vez, incluido el gran capitán, también él fascinado, y corrieron como si fuese una carrera hacia el trono empujándose y dándose codazos; se amontonaron a los pies de los tres escalones, se arrodillaron, llevaron la mano derecha al corazón y agacharon la cabeza.

En aquel preciso momento, a don Cono Giallombardo se le escapó un murmullo:

—¡Hermosa!

—¡Hermosa! —espetaron los otros cinco consejeros.

—¡Hermosísima!

—¡Hermosísima! —repitieron los otros.

—¡Una mujer del paraíso! —espetó don Cono.

—¡Una mujer del paraíso! —dijeron los otros como una letanía.

Doña Eleonora interrumpió la adoración.

—Volved a vuestro sitio.

Se alejaron de mala gana, con la cabeza vuelta hacia ella, como quien debe dejar una fuente de agua teniendo aún sed.

Doña Eleonora habló.

—Confirmo que no habrá ningún entierro solemne ni ninguna visita de condolencia. El Sacro Regio Consejo se reunirá pasado mañana a la misma hora de hoy. Se levanta la sesión.

Pero ¿cómo fue en un visto y no visto toda Palermo supo, mientras aún se desarrollaba la sesión, que en el sitio del virrey muerto esa mañana ahora se

encontraba una mujer?

La mayor parte de la gente no lo creyó, se persuadió de que era una broma. No era concebible que una mujer se pusiera a gobernar Sicilia.

Y no estaban muy equivocados, considerando cómo habían ido las cosas en los últimos tiempos.

En el año 1611 el virrey duque de Osuna, apenas una semana después de haber desembarcado en Palermo, había escrito al rey, palabras textuales: «Aquí nadie está seguro, ni siquiera dentro de su propia casa. Este reino no reconoce ni a Dios ni a su majestad; todo se vende por dinero, incluidas las vidas y los bienes de los pobres, las propiedades del rey y hasta la justicia. Nunca he visto ni oído nada comparable con la criminalidad y los desórdenes de aquí».

Y dado que era un hombre con carácter, había intentado imponer el uso de la ley y el orden. Y en parte lo había conseguido, con puño de hierro. Pero luego había tenido que regresar a España y la situación se había vuelto peor que antes.

Las tasas, los tributos y los aranceles aumentaban día tras día sin un motivo aparente y se aplicaban a cualquier cosa, sobre el trigo, la harina, los garbanzos, las habas, la seda, la tela, los huevos, el queso... Para completarlo, faltaba solo el arancel sobre el aire.

Y luego, como si no fuera suficiente, estaban la peste y el cólera, que se habían aficionado a la ciudad y cada tanto pasaban a saludar llevándose un séquito de fallecidos y de muertos de hambre que ya no sabían cómo sobrevivir.

A continuación, también las bestias de los campos habían comenzado a morir de hambre porque los aldeanos ya no tenían dinero para comprar el pienso. Los virreyes no sabían cómo hacer frente a la grave situación. Y como si no bastara, había una gran carestía.

La sequía y el espantoso aumento de las tasas habían provocado, en 1647, la sangrienta revuelta de Palermo.

Hubo centenares de muertos, y luego saqueos, incendios, familias enteras fueron asesinadas; la furia del pueblo llano contra los burgueses, los ricos y los nobles no conoció límites. Los soldados españoles fueron descuartizados dentro de sus cuarteles.

Luego, como Dios quiso, poco a poco la carnicería terminó. Pero las consecuencias duraron largamente, bajo la forma de centenares de huérfanos y más huérfanos de cualquier edad que no tenían para comer y robaban o pedían limosna; bajo la forma de viudas y jóvenes a las que solo les quedaba venderse a sí mismas; bajo la forma de continuas violencias y de una corrupción común a todos.

Y en el momento de la muerte de don Ángel, estas consecuencias aún estaban todas presentes, y quizá aumentadas. Y, por tanto, si no había sido capaz de resolverlas un hombre, desde luego no sería capaz una mujer.

La cual, ya se sabe, vale mucho menos que un hombre. Y, a veces, aun menos que una bestia.

Y si por casualidad se le mete en la cabeza que ella vale más, hay que ponerla de inmediato en su sitio. Y, en efecto...

El sastre Palminteri volvió a la carrera a casa y en cuanto entró abofeteó a su mujer.

—Pero ¿qué te he hecho? —preguntó ella, llorando.

—Nada. ¡Solo quería recordarte quién manda!

También Michiluzzo Digiovanni, un joven de veinticinco años, fuerte como un toro, fue a su casa, desnudó a su mujer, la tumbó sobre la cama y se la trabajó durante tres horas seguidas como si fuera una bestia. Y cuando la mujer le rogó que terminara, porque sentía la espina dorsal rota, y le preguntó por qué lo hacía, Michiluzzo le respondió que se estaba vengando.

El barón Tricase estableció que desde aquel momento su mujer ya no comería con él, sino que lo haría sola y sirviéndose a ella misma, en un cuartucho al lado de la cocina, donde comía la servidumbre.

Don Pasquali Pisciotta, comerciante de telas, dijo a su mujer que cada vez que fuera a pedirle dinero para los gastos debería arrodillarse.

Por eso, cuando los consejeros bajaron al gran patio para ir a sus carrozas, se vieron asaltados por una gran cantidad de amigos y conocidos muertos de curiosidad.

—¿Cómo fue?

—¿Qué sucedió?

—¿Cómo es posible que una mujer...?

—¡Esto es peor que una revolución!

Cuando don Alterio Pignato apenas había conseguido subir a su carroza, un hombre, montando con un salto en el estribo, se asomó a la ventana. Era el marqués de la Trigonella, don Simone Trecca.

—Perdonad, don Alterio, si os hago perder el tiempo, pero quería saber si la petición de una ayuda para mi obra pía...

—Tengo el placer de comunicaros que la deliberación, tal como la hemos acordado, ha sido aprobada esta mañana sin problemas.

—Os lo agradezco desde lo más profundo del corazón. No dudaba de vuestra generosidad. Y si queréis hacerme el honor de venir a visitar mi obra pía, para vos las puertas están siempre abiertas. Ya sabéis la dirección.

Don Alterio se lo pensó un poco.

—Podría echar un vistazo mañana una hora después de la caída del sol.

—Os espero.

Con las primeras luces del alba, quienes se encontraban pasando por delante de los dos palacios que daban al Cassaro se percataron de que, en la fachada de uno de ellos,

una mano anónima y nocturna había colgado un cartel con esta inscripción:

UNA VIRREINA, ¡ES QUE NO HAY DERECHO!,
LAS MUJERES SOLO SON BUENAS PARA EL LECHO.

Pero en la fachada del otro estaba colgado un segundo, de tono completamente distinto.

ESTOS CONSEJEROS, TAN INFAMES Y CASTRADOS,
ES BUENO QUE POR UNA MUJER SEAN MANDADOS.

La ciudad había dado su opinión. Pero al ser opiniones opuestas acababan, como siempre en Sicilia, sin tener ningún valor.

El mejor sepulturero de la ciudad, 'Ngilino Scimè, preparó a toda prisa el ataúd gigante para don Ángel adaptando a las medidas del muerto un ataúd que tenía apartado para el barón de Ribolla, hombre de gran corpulencia, que hacía seis meses que estaba a punto de morir, pero que nunca se moría.

Lo llevó a palacio, con dos enterradores, a las nueve de la mañana.

Así el cadáver, que el día anterior había sido bendecido por don Asciola, el cura de la capilla, fue metido en el féretro, llevado a un cuarto especialmente preparado y colocado encima de un trípode de hierro.

Doña Eleonora hizo poner cuatro enormes candelabros a los lados, ordenando que las velas estuvieran siempre encendidas, noche y día.

Luego, por primera vez desde que había muerto su marido, tuvo un desfallecimiento. Había pasado toda la noche velando a don Ángel.

Preocupada, la mayordoma corrió donde el maestro de ceremonias, que fue a llamar a toda prisa al protomédico Serafino Gustaloca.

Este, no habiendo tenido nunca ocasión de ver a doña Eleonora, cuando se la encontró delante tuvo también él un ligero desfallecimiento, pero comprendió al instante que estaba perdidamente enamorado de aquella mujer.

Don Serafino era un hombretón de cuarenta y cinco años, pálido y desaliñado, que durante toda la vida se había dedicado al estudio de la medicina. Era de carácter sincero, leal y de buenas cualidades. No se había casado y vivía en casa de su madre junto a una hermana mayor que él, igual de franca.

Era la primera vez que se sentía atraído por una mujer y, dado que no tenía ninguna experiencia, no supo cómo hacer para ocultarlo, por más que deseaba hacerlo, y lo dejó traslucir de inmediato quedándose atónito mirando a doña Eleonora.

De golpe, se había olvidado de quién era, dónde estaba y qué hacía allí.

Por suerte, dado que se había quedado sin fuerzas, el maletín con las hierbas y las medicinas se le cayó de la mano y el estruendo que hizo al chocar contra el suelo lo

despertó.

Quiso que de inmediato, mientras él permanecía en el cuarto de al lado, doña Eleonora fuera desvestida y acostada. Luego entró, sudado, con la garganta seca, alargó una mano temblorosa y tocó la frente de doña Eleonora, que lo miraba fijamente.

Luego le cogió una mano para tomarle el pulso y, por un momento, le pareció que los dedos de la mujer habían apretado los suyos. Tuvo un mareo y cayó sobre una silla que, por fortuna, estaba cerca.

Doña Eleonora sonrió por dentro. Había hecho un amigo y se daba cuenta de que los necesitaba.

Don Serafino, balbuceando, explicó a la mayordoma cómo preparar una tisana con las hierbas que tenía en un saquito y dijo a doña Eleonora que esperaría en la habitación de al lado. Pero ella le rogó que se quedara y se sentara.

Don Serafino, con el corazón enloquecido, obedeció.

Entonces, doña Eleonora le preguntó si don Ángel había sufrido. Don Serafino lo negó de la manera más absoluta.

Doña Eleonora cerró un momento los ojos, luego los abrió e hizo una segunda pregunta. ¿Quién había ido a llamarlo? El secretario.

¿Y qué le había dicho exactamente? Que el virrey había tenido un simple desvanecimiento.

Luego, doña Eleonora le hizo otra pregunta que incluso una persona desprevenida como don Serafino comprendió lo insidiosa que era. Según él, ¿cuánto hacía que el virrey estaba muerto cuando constató su fallecimiento? Don Serafino se persuadió de que solo podía decirle la verdad. Le respondió que el gran capitán le había dicho que lo habían hecho llamar de inmediato, pero que para él, según su experiencia, don Ángel había muerto como mínimo dos horas antes.

—¡Ah! —espetó doña Eleonora.

Y luego llegó la tisana. Don Serafino quería hacérsela beber él mismo, pero, cuando le metió la mano detrás del cuello para mantenerle la cabeza levantada, comenzó a temblar tan fuerte que estuvo a punto de volcar la taza encima de la cama. Intervino la mayordoma mientras el protomédico se dejaba caer, agotado, sobre la silla.

Después de un rato, los ojos de doña Eleonora comenzaron a parpadear.

—Tengo sueño.

Don Serafino se levantó.

—Os ruego que volváis por la tarde.

A don Serafino le pareció que se hundía el techo y que estaba volando por el cielo.

—A sus órdenes.

—Necesito hablar de nuevo con vos. Pero no salgáis por el portón. Hay una salida secreta, Estrella os la mostrará. Usadla. Yo la he usado casi todos los días.

—¿Vos? —respondió asombrado don Serafino.

Doña Eleonora sonrió, maliciosa.

—Yo conozco Palermo mejor que vos.

—Pero ¿cómo habéis hecho para que no os reconocieran?

Esta vez, la sonrisa de doña Eleonora fue aún más maliciosa.

—Soy prudente.

—Serafi, cariño, ¿por qué no comes? —espetó doña Sidora, la madre del protomédico.

—¿Te encuentras mal, Serafi? —preguntó Concittina, la hermana de este.

Pero ¿cómo hacía don Serafino para tener apetito si doña Eleonora estaba siempre delante de él en sus pensamientos, como si fuera de carne y hueso?

Además, cuando había vuelto a casa había sido asediado por las dos mujeres, que habían querido saber si la marquesa era tan hermosa como se decía, cómo iba vestida, cómo se comportaba... Un verdadero suplicio.

Se retiró a su habitación, pero le resultó insoportable; aun estando llena de los libros que tanto le gustaban le pareció triste como una gruta.

Entonces se encerró en el retrete, se desnudó y se lavó por completo para refrescarse. Se sentía ardiendo como por una fiebre violenta.

Se cambió de traje y salió a dar un largo paseo. Dos o tres veces corrió el riesgo de morir atropellado por las carrozas. Estaba distraído. A las cinco estaba delante del palacio.

Llamó a la puerta de atrás, como le había enseñado Estrella, la mayordoma, y un guardia le abrió. Estrella lo esperaba en la antecámara. El protomédico le preguntó si la marquesa había comido. Un caldito ligero y un poco de ensalada. Después se había vuelto a acostar.

Cuando entró en el dormitorio encontró a doña Eleonora durmiendo. Se sentó sin hacer el más mínimo ruido y se quedó mirándola, fascinado.

De pronto, se dio cuenta de que dos lagrimones le bajaban de los ojos. Se los secó.

Después de un rato, la marquesa abrió los ojos, lo vio y le sonrió.

Don Serafino advirtió algo extraño, era como si las campanas de la catedral se hubieran puesto a tocar a fiesta dentro de su cabeza. Hablaron largamente, luego ella le dijo que debía levantarse y vestirse, porque esperaba a unas personas.

Cuando salió, una hora después de que se hubiera puesto el sol, había respondido a un centenar de preguntas de doña Eleonora.

De camino, por primera vez en su vida, se puso a cantar, pero en voz baja.

4

Doña Eleonora preside el Sacro Regio Consejo y disgusta a todos

Y mientras don Serafino volvía contento a casa, una carroza anónima, sin insignias, se detenía delante de un palacete recién pintado, de tres plantas, un poco a trasmano, en una calle solitaria y descuidada.

El cochero, al que habían dicho que no se pusiera la librea, bajó rápido del pescante y fue a abrir la puerta.

El duque de Batticani, don Alterio Pignato, bajó, mirando con cautela a diestro y siniestro. Mantenía un pañuelo sobre la cara como si estuviera resfriado.

—¿Debo esperar, excelencia? —preguntó el cochero.

El duque permaneció un momento dubitativo.

—No, podría ir para largo. Hagamos otra cosa, pasa a buscarme dentro de dos horas. Si no he terminado, esperas.

Llamó después de que la carroza hubiera partido, guardando el pañuelo en el bolsillo. La puerta del gran portón la abrió de inmediato don Simone Trecca en persona.

—Os he oído llegar y me he precipitado a recibirlos.

—Señor marqués, como veis, he sido de palabra.

—Y yo, señor duque, estoy aquí, listo para acogerlos con todos los honores que merecéis.

Se hizo a un lado. Don Alterio entró, don Simone cerró el portón. Los candelabros estaban todos encendidos.

—En la planta baja —explicó don Simone— están la capilla, el refectorio, la cocina, dos retretes, un despacho y el salón donde las pobres huérfanas aprenden costura. ¿Queréis visitar las habitaciones?

Don Alterio no tenía ganas y fingió no haber oído.

—¿Qué edad tienen?

—Van de los dieciséis a los veinte. Son todas muchachas de buena familia, hijas de pequeños comerciantes, empleados, sastres y barberos a las que la desventura ha dejado huérfanas y sin parientes ni sostén.

—¿A cuántas mantenéis actualmente?

—Ahora son apenas unas veinticinco, pero, con la generosa donación que habéis tenido la bondad de hacerme llegar a través del consejo, podré mantener hasta unas cuarenta.

Y mientras lo decía, se lamió los labios.

—¿Y dónde duermen?

—Veinte en la primera planta y cinco en la segunda, que por ahora está casi deshabitada. Pero las celdas para las que vendrán ya están listas.

—¿En la tercera quién está?

—Las dos vigilantes, las cuatro criadas y la maestra de costura. Y luego hay otras habitaciones donde está todo lo necesario para el mantenimiento de la casa y de las muchachas.

—¿A qué se debe este silencio?

Don Simone sonrió.

—La norma de la casa es que se come al atardecer, luego se va a la capilla a rezar e inmediatamente después todas a dormir. El despertar aquí es a las cuatro de la mañana. Después de rezar se ponen a trabajar. ¿Queréis subir?

Don Alterio estaba un poco desilusionado. Según los rumores que le habían llegado desde varias partes, el asunto debería haber ido de otra manera.

—Pero si ya duermen...

—Es lo mismo, creedme.

Don Alterio subió la escalera seguido por don Simone.

Se encontró en un corredor mal iluminado, como el de un convento. Había veintidós puertas, once de cada lado. Llegaron a otra escalera que llevaba a la planta de arriba.

—¿Queréis mirar en las celdas?

—Habría que abrir las puertas y...

—Cada puerta tiene una mirilla, y dentro de la celda las muchachas tienen la obligación de mantener una vela siempre encendida. Mirad, mirad, es un bonito espectáculo.

Don Alterio acercó el ojo a la mirilla de la primera puerta. La vela daba bastante luz.

Era una celda espartana: una camita, una mesilla, un reclinatorio, un trípode con el barreño y la palangana con el agua para lavarse, un cubo para el agua sucia, una silla y un perchero de pared.

Una jovencita de dieciocho años dormía sobre la sábana por el gran calor que hacía. El camisón se le había enrollado hasta debajo de la barriga y mostraba un par de muslos que daban unas súbitas ganas de acariciarlos.

Después, don Alterio se deleitó con un culo veinteañero, con un par de tetas blancas y duras como el mármol, con un monte de Venus que parecía hecho de terciopelo...

Habría seguido mirando dentro de las veinte celdas y también en los dos retretes si don Simone no le hubiera dicho:

—Llaman de arriba.

Subiendo la escalera, se volvió para anunciarle:

—Ahora conoceréis a las cinco más hermosas.

Aquí las celdas estaban iluminadas por tres velas. Dentro de la primera había una

rubia de carnes muy abundantes, luego venían tres celdas vacías y en la quinta dormía una rusa que debía de tener las carnes hechas de piedra ferruginosa. Después de otras tres celdas vacías había... había una maravilla de Dios.

Don Alterio se quedó mirándola, atónito.

Era una chica de dieciocho años, alta, de pelo negro, cabellos largos por encima de los hombros, las piernas que no acababan nunca, que estaba plantada en medio de la celda con las piernas abiertas. Habiendo entendido que alguien la estaba mirando desde fuera, se levantó lentamente el camisón y permaneció desnuda llevándose las manos a las caderas. Desafiante.

—¿Queréis ver las últimas dos?

—No.

—¿Os gusta esta?

—Sí.

—Es una a la que podéis pedirle cualquier cosa. No hace historias y nunca dice que no.

—Mejor así. ¿Os debo pagar?

Don Simone se escandalizó.

—¿Qué se os pasa por la cabeza? ¿Bromeáis? ¿Acaso es una puta? Es una pobre huérfana, hija de un mayordomo del príncipe de Lampedusa, se llama Cilistina Anzillotta, yo la recogí por indicación del barón...

—Está bien, está bien —zanjó don Alterio.

—Entonces aquí tenéis la llave de la puerta. Os lo ruego: cuando terminéis, encerradla dentro. Esta muchacha es un demonio, es capaz de escaparse. Yo voy a pasar un rato con la rubia. Al final, mirad por la mirilla de la celda. Si estoy, llamad y salgo. Si no estoy, os espero abajo.

Dos horas y media después, don Alterio salió de la celda y cerró la puerta con llave. Jadeaba, la muchacha lo había dejado molido. Don Simone no estaba en la celda de la rubia. Lo encontró esperándolo abajo.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—¿Necesitáis algo más?

—No, gracias. Ah, os quería preguntar una cosa.

—Hablad.

—¿Podría volver pasado mañana?

Con Cilistina se habría quedado toda la noche. Se le había metido en la sangre. Pero no podía en absoluto. En casa lo aguardaba su mujer, Matilde, que se habría molestado si no lo veía volver.

—Señor duque, vos sois siempre bienvenido. Solo os recuerdo que cuanto antes reciba las donaciones, mejor para todos.

A la misma hora en que don Alterio Pignato visitaba con gran satisfacción la obra pía de don Simone Trecca, cinco consejeros se encontraban reunidos en casa del gran capitán de justicia.

Habían llegado a escondidas, sin hacerse notar, a pie, con el sombrero sobre los ojos y la capa enrollada y levantada hasta la boca, imprevistamente convocados por el príncipe de Ficarazzi.

Solo faltaba don Alterio, que estaba ilocalizable.

—Voy de inmediato al grano para no haceros perder tiempo —espetó el príncipe—. Os he incomodado porque esta noche estuve pensando largamente en aquello que ocurrió ayer en el Sacro Regio Consejo y he llegado a algunas conclusiones.

Todos se persuadieron de que el príncipe quería volver a la cuestión del testamento de don Ángel. Pero ya no había nada que hacer, así que...

—Debéis comprender, señor príncipe —comenzó el obispo—, que el difunto virrey, expresando su voluntad de...

—No quería hablaros de eso. Para mí es agua pasada —lo interrumpió el gran capitán.

—Y, entonces, ¿a qué os referís? —preguntó don Severino Lomascio.

—A la embriaguez —dijo el príncipe.

Los consejeros se miraron, desconcertados.

—¿Qué embriaguez? Nadie se embriagó —comentó estupefacto don Arcangelo Laferla.

—¡Todos nos embriagamos! ¡Todos! —rebatía el príncipe levantando la voz y enfervorizándose—. ¡Nos embriagamos de la extraordinaria belleza de doña Eleonora y ya no entendimos nada! ¡Faltó poco para que la subiéramos a un altar como a una santa!

—Es verdad —dijo don Cono Giallombardo—. Pero fue un gesto espontáneo, un homenaje...

—Que si no estamos atentos, puede costarnos muy caro —concluyó el príncipe.

—¿En qué sentido? —preguntó con cautela el obispo mientras pensaba extrañado que aquel se estaba revelando como menos embobado de lo que había estimado.

—En el sentido de que esta mujer, si quiere, en un santiamén puede reducirnos a marionetas en sus manos.

—Efectivamente... —admitió el obispo después de un momento de pensativo silencio.

—Pero ¿qué podemos hacer para defendernos? —interrogó don Cono—. ¡Uno se queda atónito admirando la belleza! ¡No es que podamos estar en el consejo con los ojos cerrados para no verla!

El príncipe tomó otra vez la palabra.

—Ahora me explico. Dejando claro que yo considero a doña Eleonora una mujer

peligrosa, que tiene en la cabeza la idea exacta de lo que quiere hacer, y lo que quiere hacer ella no creo que sea lo mismo que queremos hacer nosotros, dejando claro esto, digo que lo primero que debemos pensar es en cómo mantener también con ella la misma libertad de movimiento que nos tomamos cuando don Ángel cayó enfermo.

—¿Y cómo hacemos para decir que no a su voluntad? Su voluntad es ley —espetó don Severino Lomascio, que, al ser juez de la monarquía, entendía de estos asuntos.

—Se necesitará tiempo, pero lo conseguiremos. Entretanto, nosotros seis debemos tener, delante de ella, una sola y única opinión —dijo el príncipe—. Os hago una propuesta. Cada martes, es decir, el día anterior al consejo, nos reunimos y discutimos los asuntos del día siguiente. Y llegamos al consejo habiendo alcanzado un acuerdo. De este acuerdo no debemos movernos ni un centímetro. Puede suceder que una ley pase solo por voluntad de doña Eleonora, pero con la opinión negativa de todo el consejo.

—¿Y qué ganamos con eso? Total, la ley se aprobaría de todas maneras —espetó don Cono.

—Pero ¿no habéis visto que la ciudad está dividida a medias entre quienes son contrarios a una virreina y quienes son favorables? Debemos aprovecharnos de esta situación. Debemos hacer saber a los que están en contra de una virreina que nosotros, los consejeros, no estamos de acuerdo con ella. Es preciso que toda la población se ponga de nuestra parte.

—Es difícil —dijo don Cono.

—¿Por qué?

—Porque, según me parece haber entendido, las mujeres palermitanas están festejando la idea de que nos mande una mujer.

—Mi mujer, no —dijo don Arcangelo—. Al enterarse de lo hermosa que era doña Eleonora, me ha hecho una escena de celos.

—La mía también —coincidió don Severino Lomascio.

El príncipe los llamó al orden.

—Hablamos de cosas serias, por favor, por eso, considerada la situación, propondremos que todas las sesiones sean públicas.

—¿Y después? —preguntó el obispo.

—Después, un incendio aquí, una pequeña sublevación allá, dos o tres muertos al azar, y podremos escribir una bonita carta a su majestad en España en la cual digamos que la situación es grave y que doña Eleonora, con su tozudez, la está empeorando. ¿Qué os parece?

—A mí me parece razonable —dijo el obispo.

Los otros se declararon de la misma opinión.

—Pero, entretanto, ojo, doña Eleonora —prosiguió el príncipe— debe ser tratada como se merece.

—¿Es decir? —preguntó don Cono.

—Debe ser tratada con respeto, devoción y admiración. Debe tener la impresión de que estamos siempre arrodillados ante ella. He dado orden al maestro de ceremonias de que en cada reunión, comenzando por mañana, a los pies de los tres escalones del trono debe haber siempre seis grandes ramos de flores, uno por consejero.

—¿Y quién los pagará? —preguntó don Severino Lomascio, que era un poco agarrado.

—Los pagaremos por turno. Gastando diez, podemos ganar mil —dijo el príncipe.

Después de media hora, la reunión concluyó.

Los consejeros no se percataron de nada, pero en cuanto todos hubieron entrado en el salón y se sentaron en sus sitios, complaciéndose de los maravillosos ramos a los pies de los tres escalones, el palacio fue rodeado por completo por soldados españoles armados, a las órdenes de un capitán. Y se impidió la entrada a todo el mundo.

Luego apareció doña Eleonora y los presentes se pusieron de pie. Atravesó el salón como si volara a un palmo del suelo y se detuvo al ver las flores. Se volvió para mirar a los consejeros y sonrió.

Los seis consejeros ondularon a la vez como las copas de los árboles por el paso del viento.

«Si continúa sonriendo así, estamos jodidos», pensó al instante don Cono.

—Muchas gracias —espetó doña Eleonora.

¡Qué voz! ¡Música celestial! Una melodía, un canto angelical...

Doña Eleonora fue a sentarse en el trono cuya superficie había sido puesta otra vez perfectamente horizontal.

Pero, antes de que el protonotario pidiera permiso para declarar abierta la sesión, ocurrió algo extraño.

Un ruido seco, como un disparo, vino de la puerta. Todos se volvieron. Eran los tacones del general Miguel Blasco de Timpa, comandante del ejército español en la isla, los que habían hecho el estallido.

Estaba erguido en el saludo marcial, y miraba fijo al trono con los ojos temerosos del guerrero habituado a no tener piedad o consideración por nadie.

Doña Eleonora le hizo señas de que avanzara.

El general avanzó con paso militar, el sable de jinete y las condecoraciones que tintineaban, y se puso a los pies de los tres escalones, pero un poco de lado.

Se plantó como un palo, con las piernas abiertas y los brazos cruzados.

Los consejeros se miraron el uno al otro, un poco preocupados.

¿Qué era esta novedad? Nunca había ocurrido que el comandante del ejército participara en un Sacro Regio Consejo. No le correspondía. ¿Qué significaba?

Doña Eleonora no lo explicó.

En cambio, apuntó, muda, el índice hacia el protonotario y aquel declaró abierta la sesión. Inmediatamente se levantó el secretario, pero doña Eleonora lo detuvo alzando una mano y diciendo que ante todo quería hacer una declaración de apertura.

Hablando despacio para que no hubiera equívocos sobre lo que estaba diciendo, afirmó que tenía buenas razones para considerar que su pobre marido, durante el último Sacro Regio Consejo, no había estado prácticamente en condiciones de comprender qué sucedía a su alrededor.

Precisó que aquella misma mañana, desde que se había levantado, don Ángel se había desvanecido dos veces, y esto podían testimoniarlo sus ayudas de cámara personales.

Añadió que ella le había suplicado que aplazara el consejo, pero no había habido manera.

Por eso consideraba su deber hacer que todas las medidas adoptadas durante el último consejo fueran anuladas y discutidas de nuevo desde el principio en la sesión recién abierta.

Los primeros que comprendieron qué significaban las palabras de doña Eleonora fueron el obispo, don Cono y don Severino.

Saltaron para ponerse en pie y se pusieron a dar voces como locos diciendo que eran medidas aprobadas por el virrey y que no se podía dar marcha atrás.

—¡Lo hecho, hecho está! —chillaba el obispo.

—¡Somos hombres de una sola palabra! —espetaba con desdén don Severino.

—¡No se da marcha atrás! —Insistía inquieto don Cono.

Los otros consejeros, que finalmente habían comprendido, también se levantaron armando un gran bullicio. A continuación, los seis, sin darse cuenta, avanzaron hacia el trono. Desde luego no tenían la intención de poner las manos sobre doña Eleonora, lo hicieron instintivamente, quizá se aproximaron a ella para hacerse escuchar mejor.

Fue entonces cuando el general Miguel Blasco de Timpa saltó. Con dos poderosas patadas alejó los ramos de flores para tener el campo de maniobra libre, y, mientras llevaba la mano derecha a la empuñadura del sable, con dos dedos de la mano izquierda lanzaba un agudísimo silbido de pastor de ovejas que aturdió a los consejeros. De golpe, aparecieron doce soldados armados que corrieron a ponerse entre el general y los consejeros.

Estos, aterrados, levantando los brazos como para rendirse, volvieron a la carrera a sus sitios sin chistar.

El general dio una orden y los soldados se desplazaron poniéndose detrás del trono del rey. En ese momento, el secretario, temblando como una hoja, pidió la palabra. Cuando la tuvo, dijo que una parte de las medidas ya se había notificado a los interesados porque las había considerado válidas. ¿Cómo debía comportarse ahora?

Doña Eleonora, después de habérselo pensado un poco, dijo que en su opinión las notificaciones debían ser respetadas. ¿Los consejeros estaban de acuerdo?

—Sí, sí —espetaron los consejeros a coro.

Y entonces no quedaba más que ver las medidas no notificadas y volver a ponerlas en discusión. ¿Cuáles eran?

Resultó que eran todas aquellas de cuando don Ángel estaba muerto y habían fingido que no lo estaba.

La discusión duró tres horas seguidas.

A todas las deliberaciones doña Eleonora dio una opinión desfavorable, pero el consejo entero las aprobó. Estaba ocurriendo lo que había previsto el príncipe de Ficarazzi.

De todos modos, como la voluntad de doña Eleonora era soberana, todas las medidas fueron anuladas.

En este momento, doña Eleonora propuso continuar la sesión el día siguiente.

El obispo mostró su oposición, sosteniendo que él tenía un deber hacia la corona, pero que tenía uno superior hacia Dios y la Iglesia. Al día siguiente, por la mañana, estaba comprometido en una función en la catedral.

Dado que el día anterior habían hecho el pacto de que todos debían mostrar la misma opinión en el consejo, el príncipe de Ficarazzi estimó oportuno declarar que tampoco él podría estar presente porque ya había adquirido un compromiso en Catania. De inmediato, con una excusa o con otra, los restantes consejeros comunicaron que la reunión de la mañana siguiente era imposible. Entonces, doña Eleonora les preguntó cuántos días podían dedicar al consejo, aparte del miércoles. En nombre de todos los consejeros, el príncipe de Ficarazzi respondió que el miércoles era el único día disponible.

Doña Eleonora replicó que no era suficiente, había demasiadas cosas que hacer.

El príncipe de Ficarazzi bajó los brazos. En su interior, disfrutaba por la dificultad en que la estaban metiendo.

Doña Eleonora les rogó que reconsideraran seriamente sus posiciones. ¿Podían dedicar al menos tres días al consejo?

—No —dijo el príncipe.

—¿Ni siquiera dos? —preguntó doña Eleonora.

—No —espetó el príncipe.

Doña Eleonora se dirigió al secretario, le ordenó que consignara en acta que ninguno de los consejeros se había declarado a total disposición de la virreina.

Luego dijo:

—Se levanta la sesión.

Se puso de pie y salió deprisa, seguida por el general y por los soldados. Los consejeros se quedaron un momento, desconcertados. Luego, el príncipe se acercó al protonotario seguido por los otros consejeros.

—¿Por qué quiso levantar acta de que no estamos a su total disposición? —preguntó.

—Porque así, con todo respeto, os ha dado por culo —fue la inesperada respuesta.

Los consejeros enmudecieron.

5

Guerra abierta entre doña Eleonora y los consejeros

—¿Por qué? —preguntó en cuanto se recuperó el gran capitán, cubierto por un sudor frío.

—¿Por qué? —espetaron los otros a coro.

Mirando aquellas caras ansiosas, don Gerlando Musumarra se lo pasó pipa.

—Porque la ley, excelencias ilustrísimas, habla claro. Si la hubierais leído, no habríais actuado tan mal. Los que aceptan el grandísimo honor de formar parte del consejo deben estar siempre a disposición del virrey, noche y día.

—¿De verdad? —preguntó el príncipe.

—De verdad. Siempre listos para la llamada. Peor que los soldados. Es la condición esencial. Todos vosotros habéis declarado que no lo estáis y, por eso, ella ahora tiene la potestad absoluta de sustituiros a gusto, cuando y como quiera. Habéis hecho una...

Fue interrumpido por el maestro de ceremonias.

—Doña Eleonora os quiere ver de inmediato.

—¿A mí? —preguntó sorprendido el protonotario.

—A vos, a vos.

—Perdonadme —espetó don Gerlando encaminándose a la carrera.

—Quedémonos aquí para hablar cinco minutos —propuso el obispo—, porque tengo la impresión de que la situación es más grave de lo que podíamos pensar.

—De acuerdo —dijeron los otros.

Cuando se acababan de sentar entró un capitán. Saludó golpeando los tacones sin mirar a la cara de nadie.

—¿Qué deseáis? —lo interrogó el príncipe.

—Por orden de la virreina todo el palacio, incluida la sala del consejo, debe ser despejado de inmediato.

Los consejeros murmuraron, pero era inútil protestar. No podían más que obedecer.

Se levantaron despacio, bajaron lentamente, apostada, con la cabeza gacha y en silencio, la escalinata, llegaron al patio donde los esperaban sus carrozas.

—Esta tarde, una hora después de la caída del sol, nos vemos en mi casa —dijo en voz baja y mirando aquí y allá, con cautela, el gran capitán a los otros en el momento de despedirse.

En torno a la mesa dispuesta eran tres.

Doña Eleonora había querido que el protonotario y el general De Timpa se quedaran a comer con ella. Todo lo que dijo durante la comida entusiasmó al general y espantó bastante al protonotario.

No es que la marquesa hubiera manifestado la intención de actuar contra la ley, es más, no quería incumplirla por ninguna razón, antes de hacer algo deseaba saber por él si legítimamente lo podía hacer o no. Pero, y esto espantaba al protonotario, no había duda de que los propósitos de doña Eleonora de seguro habrían traído graves consecuencias cuyos desarrollos no se podían prever.

En cambio, el general, que había olido aires de batalla, parecía un caballo de raza impaciente por montar una hermosa yegua. Y luego también él estaba seducido por la marquesa. Finalmente, encontraba una mujer que, además de tener en grado sumo todos los atributos femeninos, también poseía un buen par de cojones.

Al final, doña Eleonora les dio las gracias, los despidió y pasó al salón privado donde la esperaba, impaciente y cada vez más enamorado, don Serafino, el protomédico.

—¿Puedo contar con su confianza? —fue lo primero que dijo al entrar.

Don Serafino no respondió. Por otra parte, no habría podido, tenía la garganta cerrada. Se arrodilló, con los ojos humedecidos, le cogió la mano y se la besó.

Entonces, doña Eleonora le dijo qué quería de él. Don Serafino escuchó con atención y prometió que, dentro del tiempo establecido, habría hecho lo que se le solicitaba.

Después de una hora fue despedido porque la princesa de Trabia, la primera de las nobles palermitanas, había pedido audiencia. Y doña Eleonora la había recibido de inmediato porque tener el apoyo de al menos una parte de los nobles palermitanos era importante para poder hacer lo que tenía en mente.

Pero se esperaba cualquier cosa menos encontrarse ante una vieja tan decrepita. Los años la habían reducido a una especie de pájaro desplumado, estaba toda enflaquecida, empequeñecida, retorcida. Pero en medio de aquel montón de arrugas en que se había convertido su cara se abrían dos ojos de mirada aún cortante como una navaja. Caminaba apoyándose en dos bastones y se ofendía si alguien le hacía muestras de querer ayudarla.

No llevaba ninguna joya. Y hay que decir que las joyas de los príncipes de Trabia eran una leyenda.

—Sois tan hermosa como dicen —espetó la princesa, sentándose—. Y según parece también una excepción.

Tenía una voz aún clara, amable pero firme, propia de quien está habituada a mandar.

—¿Por qué soy una excepción?

—Porque no siempre belleza e inteligencia van del bracete. Y yo oigo que vos sois una muchacha inteligente. Me complazco por vos y por nuestro país.

Doña Eleonora le cogió una mano y se la estrechó entre las suyas. Había comprendido que la princesa decía lo que pensaba, era alguien que lo que tenía en el corazón lo tenía también en los labios.

—Por casualidad, ¿tu abuela era la baronesa Fabiana Contarello di Comiso, que luego se casó con el marqués Ardigò di Nocita y luego los dos se fueron a España?

—Sí.

—Yo conocí a tu abuela y durante algunos años fuimos grandes amigas. ¿Aún vive?

—Murió cuando yo tenía cinco años.

—Tu abuela había venido a verme aquí, a Palermo, cuando estalló la revuelta del cuarenta y siete. Tuvo que quedarse todo un mes conmigo, sin poder volver a su casa.

Imprevistamente, le dio un violento ataque de tos. Doña Eleonora temió que el frágil pecho de la princesa se rompiera de golpe.

Se levantó para llevarle un poco de agua, pero la anciana le hizo señas de que se quedara sentada.

—No estoy tosiendo, me estoy riendo.

—¿Por qué se ríe?

—Un recuerdo de hace muchísimos años.

Se dejó llevar por sus recuerdos, durante un momento la navaja de luz de sus ojos perdió fuerza. Luego volvió a hablar.

—Mira, antes de que estallara la revuelta, el hambre en la ciudad era tanta que las putas...

—¿Putas? —la interrumpió desconcertada doña Eleonora, que no había entendido la palabra.

—Las prostitutas. Ya no tenían clientes, las desdichadas, y se morían de hambre y de privaciones. O eran violadas y asesinadas. Como está volviendo a suceder. De todos modos, unas treinta de estas mujeres se habían refugiado en el jardín de nuestra villa. Entonces, yo decidí darles de comer, a mediodía y a la noche. Le pedí a tu abuela Fabiana que me ayudara, pero ella estaba espantada. No quería tener nada que ver, su confesor la había convencido de que las putas tenían cola como el diablo. Pero yo, habla que te habla, la persuadí de que eran igual que nosotras y finalmente me ayudó.

Doña Eleonora se quedó un momento pensativa y luego dijo:

—Efectivamente, he visto mucha prostitución.

—Y crece cada día que pasa. Mi yerno me dice que a menudo se encuentran viejas putas muertas de hambre, en medio de la calle, como carroñas de perros. Muchas mujeres de buena familia se vendieron por necesidad, pero a escondidas. ¡Ah, si fuera joven! ¡Cuántas cosas podría hacer por estas pobrecillas! Lo hablo contigo, porque eres mujer y comprendes.

Fue entonces cuando doña Eleonora tuvo claro por qué la princesa había ido a verla.

El obispo Turro Mendoza, caminando arriba y abajo porque los nervios le impedían estar un minuto quieto, echaba humo por las narices como un toro furioso en la arena y agitaba en el aire una carta compuesta por una sola línea.

La misma que habían recibido, llevada por un soldado una hora antes, todos los consejeros.

El Sacro Regio Consejo está convocado mañana a las diez de la mañana.

Firmado:

LA VIRREINA ELEONORA DE GUZMÁN

—¡Cosas de locos! ¡Cosas de locos! —repetía.

—¡Nos provoca aposta! —espetó la voz de don Severino.

—¡Como si no le hubiéramos dicho y redicho que mañana no podíamos en absoluto! —espetó indignado don Alterio.

—¡Lo que tiene en mente es obvio! —intervino el príncipe de Ficarazzi—. Nos está echando un pulso.

—¿Es decir...? —preguntó el obispo.

—Es decir, que si mañana por la mañana no nos presentamos, ella nos declarará relevados.

—Ergo, debemos presentarnos —espetó don Cono.

—Ergo, ¡un carajo! ¡No saquéis conclusiones tan rápido! Estamos aquí reunidos para reflexionar —dijo el príncipe.

—Hay poco que reflexionar —se entrometió don Arcangelo—. O vamos o no vamos. *Tertium non datur*.

—Mi opinión es seguir haciendo como hemos hecho esta mañana. Hablar y actuar todos al unísono —rebató el príncipe.

—Siendo sinceros, no es que hayamos obtenido un buen resultado —hizo notar don Severino—. Ella nos ha cogido de la mano y nos ha llevado a donde quería. Y nosotros, todos juntos como ovejas, no hemos entendido nada y hemos caído en la trampa.

—De todos modos —intervino don Arcangelo meditabundo—, nos presentemos o no mañana, antes o después la señora marquesa nos liquidará a todos.

—Y ese puede ser un gran error. Siempre que nosotros permanezcamos unidos —dijo el príncipe.

—Explicaos mejor —ordenó don Alterio.

—Con anterioridad se ha dado el caso de que algún consejero fuera sustituido, pero que todo el consejo fuera cambiado no ha ocurrido nunca. Tenemos de nuestra

parte la fuerza del número.

—No entiendo —protestó don Alterio, más confundido que persuadido.

—¿Seis cabezas no razonan mejor que una sola? Nosotros seis podemos siempre decir que esta mujer está loca o actúa como tal.

—Pero ¿a quién se lo decimos?

—A su majestad el rey. En cuanto ella nos destituya, nosotros le escribimos al rey. Le hacemos saber que esta medida puede empeorar una situación que ya es grave y someter a sangre y fuego toda Sicilia. En mi opinión, su majestad la reclamará de inmediato a España. Si formamos parte del consejo es porque somos personas que valemos nuestro peso en oro. No somos el último mono. Nosotros sostenemos aquí a la monarquía española. Los virreyes van y vienen. Nosotros permanecemos.

—Casi me habéis convencido —dijo el obispo—. Pero hay un problema que tenemos que resolver de inmediato. ¿Qué hacemos con la llamada de mañana? Yo tengo una propuesta.

—Hacedla.

—Mañana nos presentamos.

Los consejeros se quedaron atónitos.

—¿Qué intentáis decir? ¿Que nos bajemos los pantalones? —preguntó don Severino peleón.

—No. Qué pantalones ni pantalones. Oídmelo. Mañana entramos en el salón, nos sentamos y cuando ella llegue no nos levantamos, permanecemos inmóviles como estatuas. Sin hablar, sin movernos en toda la sesión. Nuestros cuerpos están presentes, nuestro pensamiento no. Y veréis que si ella quiere entender, entenderá.

Los consejeros no pudieron contenerse y batieron las manos con entusiasmo. El príncipe lo abrazó.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, los consejeros se sentaron y buscaron con las nalgas la posición más cómoda posible porque debían permanecer así quietos durante algunas horas.

El protonotario y el secretario ocuparon su sitio.

Pasaron una decena de minutos y no sucedió nada. ¿Qué era este retraso? Nunca había ocurrido. Luego se presentó el maestro de ceremonias, que se detuvo a un paso dentro del salón.

—Excelencias señores consejeros.

Ninguno de los consejeros amagó volverse para mirarlo. Sus caras permanecieron de perfil. Solo el protonotario y el secretario miraban. No era normal.

—Excelencias señores consejeros —repitió el maestro de ceremonias.

Nada. Era como hablar a seis estatuas.

Entonces, el maestro de ceremonias se lo pensó y dijo lo que debía decir.

—La señora marquesa se excusa, pero se ve obligada a retrasar la apertura de la

sesión una media hora.

Esperó una reacción que no se produjo. Entonces salió y corrió a informar a doña Eleonora de cómo se estaban comportando los seis consejeros.

La marquesa sonrió.

La media hora pasó y no ocurrió nada. Luego, después de un cuarto de hora, volvió a presentarse el maestro de ceremonias.

—La señora marquesa pide perdón a sus excelencias, pero se ve obligada, por motivos ajenos a su voluntad, a aplazar la sesión a esta tarde a la caída del sol.

Cinco consejeros permanecieron inmóviles, solo uno, don Alterio, se puso de pie, protestando.

—¡No! ¡Esto no se hace! ¡Yo esta tarde tengo un compromiso al que no puedo renunciar de ninguna manera!

La unidad deseada por el gran capitán se había roto. Había que recomponerla de inmediato, en caso contrario sería como una grieta que hacía entrar agua dentro de la nave, amenazando con hundirla. El príncipe se dirigió al maestro de ceremonias y dijo:

—Informad a la marquesa de que esta tarde todo el consejo está imposibilitado.

En cuanto el maestro de ceremonias salió, los consejeros pudieron finalmente hacer una pausa. El príncipe se sonó la nariz, don Severino fue a mear, el obispo se rascó el culo, que le picaba, don Cono y don Alterio se pusieron a pasear para estirar las piernas.

El maestro de ceremonias volvió después de un momento.

—La señora marquesa, considerando que la culpa de la fallida sesión es toda suya, desea que sean sus excelencias los que establezcan la fecha del próximo consejo. Volveré a pasar para conocer vuestra respuesta.

El gran capitán le rogó al protonotario que saliera del salón porque los consejeros debían hacer una consulta.

Luego, cuando estuvieron solos, entre los consejeros todo fueron abrazos y besos, apretones de manos y palmadas en la espalda.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —exclamaba el obispo.

—¿No os había dicho que la unión hace la fuerza? —se vanagloriaba el gran capitán.

Don Alterio se frotaba las manos y decía, feliz y contento:

—¡Ahora la señora se ha dado cuenta de quién manda!

—Entonces, ¿qué día establecemos? —preguntó don Severino.

—Yo —espetó el príncipe— soy de la opinión de que las cosas deben seguir como están. Por tanto, continuemos reuniendo el consejo cada miércoles. ¿Estáis de acuerdo?

Los demás consejeros dijeron estar de acuerdo. Entonces, el príncipe hizo entrar de nuevo al protonotario y al secretario.

A continuación volvió el maestro de ceremonias.

—Haced saber a la señora marquesa que los consejeros han establecido que el próximo consejo se reúna el miércoles que viene a las diez. Traednos la respuesta.

El maestro de ceremonias volvió casi de inmediato.

—La señora marquesa dice que está bien.

Los consejeros se miraron complacidos: la marquesa se había rendido, la victoria era completa, en todos los frentes.

—¿Quién levantará la sesión? —preguntó el príncipe.

—Nadie —respondió el protonotario—. Dado que esta sesión nunca se ha abierto.

Al oscurecer, la carroza sin la enseña del linaje de los Batticani se detuvo, como dos tardes antes, delante del palacete de las afueras y don Alterio dijo al cochero que volviera a buscarlo pasadas tres horas.

Don Simone le abrió la puerta, sonriente.

—Señor duque, vos sois siempre bienvenido.

Don Alterio entró, la puerta se cerró. Había el mismo silencio de la otra vez.

—Supe que la viuda del virrey os está dando algunos disgustos.

—Eh, sí —espetó don Alterio.

No tenía ganas de hablar, de perder tiempo, solo quería volver a encontrarse lo antes posible entre las piernas de Cilistina y permanecer allí.

La noche anterior había sido una tortura, no había podido conciliar el sueño debido al gran deseo que tenía de ella. Sentía que en las venas le corría, en vez de sangre, fuego vivo. Estaba tan agitado que en un momento dado su mujer le había preguntado qué le pasaba.

—Me ha caído mal la perdiz.

Y había seguido moviéndose hasta que su doña Matilde, enfadada, lo había echado de la cama. Se le había hecho de día caminando arriba y abajo por la habitación.

—¿Queréis hacerme el inmenso honor de venir un momento a mi despacho? —le preguntó don Simone.

No podía negarse. Lo siguió.

El despacho era una habitación tenebrosa, con un ventanuco, llena de papeles.

—Aquí tengo la contabilidad de la obra pía —dijo don Simone—. Por desgracia, el dinero nunca es suficiente. Las jóvenes son jóvenes y siempre tienen un gran apetito.

Suspiró y luego preguntó:

—¿Queréis probar un vasito de un rosolí especial que me traen los monjes de Santo Spirito? Fray Giovanni, su superior, viene a menudo a visitar a las muchachas y a darles consuelo.

Pero ¿por qué don Simone le estaba haciendo perder el tiempo? ¿Adónde quería ir a parar con todas aquellas ceremonias? ¿Por qué la hacía tan larga? Lo mejor era

aceptar el vaso y acabarla lo antes posible.

—Sí, gracias —dijo.

El rosolí daba ganas de vomitar. Mientras se lo bebía gota a gota, don Simone cogió un folio y se lo mostró.

—Aquí —dijo— hay una primera lista de muchachas habilitadas para formar parte de la obra pía. Ya son unas veinte. Y os aseguro que tres o cuatro son aún mejores de lo que habéis visto.

—¿Cómo hacéis para elegir las?

—Me las señalan los curas, los párrocos, las abadesas, las monjas, los frailes... Yo solo me fío de gentes que tienen buen ojo para las mujeres. Y luego yo examino una a una para ver si tienen los... los requisitos necesarios.

Se lamió los labios, ante el recuerdo de los exámenes que había hecho a las jóvenes.

—¿Queréis subir, señor duque? —interrogó.

—Sí.

La escalera a don Alterio le pareció interminable, los pasillos también. Finalmente, se encontró delante de la celda de Cilistina.

—Os espera —dijo don Simone.

—La llave —espetó don Alterio y estiró la mano temblorosa como si tuviera fiebres tercianas.

Don Simone miró el manajo de llaves que tenía en la cintura y frunció la frente.

—No la encuentro.

Don Alterio pegó con un pie en el suelo. Faltaba muy poco para hacerlo estallar.

—Mirad mejor.

Don Simone las examinó una a una. Tardó una eternidad.

—No está. ¿Dónde puedo haberla dejado?

Luego se dio con una mano en la frente.

—Ah, esta mañana cuando... Debe de estar en mi despacho. La voy a buscar. Voy y vuelvo.

Don Alterio no se contuvo de observar por la mirilla.

Cilistina estaba desnuda sobre la cama, con las piernas abiertas, las manos detrás de la cabeza y le sonreía. Abstraído en mirarla, no supo cuánto tiempo tardó don Simone en volver.

—Lo siento, pero ahora no la encuentro —dijo con una sonrisita maligna.

—¿Qué significa ahora? —preguntó don Alterio, con un escalofrío.

—Significa que solo la encontraré cuando hagáis que las donaciones anuladas por doña Eleonora sean nuevamente aprobadas. ¿Está claro?

A don Alterio le dieron unas súbitas ganas de matarlo con sus propias manos. El grandísimo cornudo había hecho todo aquel teatro para hacerlo desvivirse más por Cilistina. Pero ¿qué podía hacer? Nada.

—Claro —dijo apretando los dientes.

6

La obra pía de las vírgenes en peligro

Tras una noche aún más infame, amarga y asquerosa que la anterior, don Alterio, después de horas y horas perdidas razonando sobre lo que podía hacer hasta sentir que le estallaba la cabeza, a las siete de la mañana llegó finalmente a la única conclusión posible para evitar acabar loco, furioso o tirándose por una ventana.

La solución era ir a hablar de inmediato con doña Eleonora y tratar de persuadirla de que diera un paso atrás.

A costa de lo que fuera, a costa de venderse a ella en cuerpo y alma, abandonando a sus amigos del consejo. Era necesario para su propia vida que la marquesa acogiera la solicitud de subsidio semestral a la obra pía de don Simone y diera, esta vez, una opinión favorable, tragándose la denegación por ella misma decretada.

No sería fácil, esto era más que seguro, pero no podía hacer otra cosa. O, al menos, no veía otro camino.

Pero quizá, pensó en cierto momento, ¿no sería mejor escribirle una carta?

Reflexionó largamente sobre ello y luego decidió que era mejor que no: los papeles escritos son siempre peligrosos. ¿Cómo decían los latinos? *Verba volant scripta manent*.

Nada, estaba perdiendo el tiempo.

La única solución era sacar valor de la desesperación y presentarse en palacio.

Pero ¿resistiría la mirada inquisitiva de doña Eleonora? ¿Lograría contarle mentira tras mentira manteniendo siempre en la cara una expresión franca y leal?

De todos modos, era un movimiento extremadamente arriesgado que podía costarle muy caro.

Por dos motivos. El primero era porque no podía imaginar cómo reaccionaría doña Eleonora, quizá lo hiciera echar del palacio a patadas. El segundo era cómo se lo tomarían los otros consejeros si se enteraban. De seguro, lo considerarían una traición. Había poco que decir: yendo solo donde doña Eleonora, y sin haberlos advertido, él incumplía el pacto de actuar todos de acuerdo, como si fueran una sola persona.

Pero el deseo de Cilistina, de sus carnes ardientes, de su boca de terciopelo, de sus muslos de seda, de sus tetas ferruginosas fue más fuerte que cualquier duda.

Se vistió, salió, decidió no coger la carroza y hacer el camino a pie. El aire fresco de la mañana le sentaría bien.

A las nueve estaba en el palacio y dijo al maestro de ceremonias que necesitaba ser

recibido con urgencia por doña Eleonora y añadió que le hiciera saber que su solicitud era a título personal, no tenía nada que ver con las cuestiones del consejo.

La marquesa le hizo responder que lo recibiría en el salón al cabo de media hora. Se había quedado asombrada y curiosa por aquella visita, además matutina, que no esperaba.

Don Alterio se acomodó y se puso a repasar todo aquello que quería decir y cómo debía decirlo.

El corazón le latía con fuerza, la cabeza le dolía por la falta de sueño.

Pero cuando tuvo delante a doña Eleonora, recién levantada, y era precisamente entonces cuando su belleza brillaba más que la estrella de la mañana, perdió por completo el uso de la palabra y solo consiguió emitir una especie de gruñido canino e inclinarse tan profundamente que casi perdió el equilibrio, corriendo el riesgo de caer hacia delante y darse un buen porrazo.

—Le escucho —espetó la marquesa con la cara seria, sentándose y haciéndolo sentar.

Don Alterio se recuperó, tuvo la lúcida conciencia de que en aquel preciso momento se estaba jugando el todo por el todo.

De golpe, como por milagro, las palabras le comenzaron a venir a la cabeza, ordenadas, precisas y seguras.

—¿Recordáis, marquesa, que, entre todas las medidas que tomamos la mañana en que falleció nuestro virrey y que vos habéis anulado a continuación, había una que concernía al marqués de la Trigonella, don Simone Trecca?

—No recuerdo —espetó doña Eleonora seca.

Por un momento, le dieron ganas de dejarlo todo y marcharse, pero consiguió resistir.

—Se trataba de un subsidio semestral que...

La marquesa lo interrumpió.

—¿El marqués está necesitado?

—No, él personalmente no.

—¿Quién, entonces?

Parecía impaciente.

—El subsidio no es para él, sino para una obra...

La marquesa lo detuvo alzando la maravillosa y larguísima mano, que hablaba mejor que una boca. El dedo índice permaneció tenso mientras los otros dedos se doblaban, y luego hizo un breve movimiento a derecha e izquierda, armonioso y ligero, que venía a significar que no.

—Siento mucho no poder ayudaros. Pero yo no doy marcha atrás.

Don Alterio, desesperado, cerró los ojos, los abrió, cogió aire en los pulmones, encontró la fuerza de reaccionar. Le salió una voz alterada, entre desdeñada y conmovida.

—Pero así veinticinco pobres huérfanas se encontrarán en la calle, sin un techo,

sin nada que comer, indefensas, expuestas a todas las insidias...

Doña Eleonora puso una expresión dubitativa.

—¿Por qué habla usted de huérfanas?

—¡Claro que hablo de huérfanas! La obra pía que don Simone Trecca, a sus expensas, prestad atención, ha creado movido solo por la compasión y la caridad cristiana, está dedicada a la salvación, del cuerpo y del alma, de jovencísimas huérfanas destinadas, de otro modo, a una segura perdición. Eran todas vírgenes en peligro, como las llama don Simone, que él ha puesto a salvo gastando sus bienes.

Don Alterio se complació consigo mismo.

En efecto, había notado que la marquesa lo miraba fijo, ahora estaba muy atenta. Se veía que el tema le interesaba.

—No había entendido de qué se trataba —espetó después de un rato, pensativa, como si se reprochara a sí misma.

A don Alterio le costó no ponerse a bailar. Batió el hierro cuando aún estaba caliente.

—Si se le niega el subsidio, don Simone no solo deberá renunciar a socorrer a otra huerfanita, cosa que tenía en mente hacer, sino que se verá obligado, ya os lo he dicho, a cerrar la obra pía. ¿Y qué será de esas pobrecillas?

En este punto la marquesa, después de haberse quedado de nuevo en silencio, dijo algo que él nunca habría esperado.

—Quiero conocerlo.

—¿Al marqués? Hoy mismo os lo...

—No. Quiero visitar esta obra pía.

Don Alterio se sintió morir.

Si doña Eleonora ponía los pies en el palacete, se daría cuenta de que las vírgenes en peligro hacía rato que habían caído en el peligro. Y mandaría a la cárcel a él y a don Simone.

Le vino un sudor frío y no supo qué decirle.

Pero fue doña Eleonora misma quien lo sacó del aprieto. Dijo que quería ir a la obra pía a la hora de comer. Don Alterio iría al día siguiente antes del mediodía al patio. Usaría la carroza que ella empleaba cuando salía a escondidas del palacio. Don Alterio haría de guía.

Nada más salir, el duque de Batticani se precipitó a casa de don Simone y, jadeando por la corrida, le contó lo que había hecho y la peligrosa decisión de doña Eleonora.

A pesar de la preocupación de don Alterio, el marqués no se desanimó en absoluto.

—Os agradezco vuestra generosísima premura. Nos vemos mañana a mediodía —dijo.

Don Alterio lo miró, asombrado.

—Pero ¿no habéis comprendido que doña Eleonora se dará cuenta de inmediato de cómo están las cosas? Y vos cómo hacéis para...

—No os inquietéis. Fiaos de mí.

Don Alterio se rindió, estaba agotado.

Ante todo, don Simone corrió donde un maestro marmolista y le hizo un encargo. La entrega debía hacerse al día siguiente por la mañana, como máximo a las ocho.

—¡Pero deberé pasarme toda la noche trabajando! —protestó el maestro marmolista.

—Pasáosla. Os pagaré bien.

Luego, fue a hablar con la madre Teresa, la abadesa del convento de Santa Lucía, una de las personas que le señalaban a las huerfanitas necesitadas, pero provistas de todo aquello que él buscaba, y que, sabiendo perfectamente cuál era su fin, recibían a cambio un pago en metálico.

—Yo le puedo dar dieciocho —dijo la abadesa.

—Pero también necesito cuatro monjas que no hagan preguntas.

—Aquí ninguna monja hace preguntas.

—¿Puedo ver a estas dieciocho?

—Poneos cómodo.

Las dieciocho huerfanitas mantenidas por el convento fueron todas de su agrado.

Las otras siete le fueron puestas a disposición por el padre Aglianò, que tenía en el hospicio a algunas pobrecitas disminuidas o lisiadas. Estas incluso superaron sus expectativas.

Cuando anoecía, las veinticinco muchachas que habitaban en el palacete fueron amontonadas junto con las guardias y las criadas en seis carrozas y expedidas a la casa de campo de don Simone. Que las huérfanas se las arreglaran para dormir en el suelo por una noche, total, eran jóvenes, no les pasaría nada.

Sus celdas fueron ocupadas por las veinticinco huérfanas proporcionadas por la abadesa y por el padre Aglianò.

Las cuatro monjas se acomodaron en la última planta, donde solo había quedado la maestra de costura.

De madrugada, después de que se hubiera hecho una gran limpieza general, don Simone dirigió los ensayos del teatro que debían hacer ante doña Eleonora. Mientras tanto, en la cocina, tres cocineros hechos venir aposta para aquella ocasión preparaban platos dignos de un rey.

Lo primero que notó don Alterio cuando llegaron fue la inscripción grabada en el mármol y pegada al lado del portón:

OBRA PÍA
DE LAS VÍRGENES EN PELIGRO

—¡Qué honor! ¡Qué honor! —iba repitiendo don Simone, caminando y saltando como un grillo mientras guiaba a doña Eleonora y a don Alterio hacia el refectorio.

—Las huérfanas estaban comiendo...

Entraron. Las huérfanas se levantaron y se pusieron a cantar bajo la dirección de una monja.

*¡Viva, viva doña Eleonora
que con su visita nos honora!
¡Nosotras somos pobres huérfanas
pero le deseamos las cosas más bonitas!
¡Larga vida a nuestra virreina
con la que la paz reina!*

Mientras cantaban, don Alterio las miraba asombrado.

Pero ¿adónde habían ido a parar las hermosas jóvenes que había visto dormir? Delante de él había veinticinco pobrecillas, jóvenes sí, pero una era desdentada, la segunda era enana, la tercera medía más de dos metros, la cuarta tenía los ojos torcidos, a la quinta le faltaba un brazo, la sexta babeaba como una vieja, la séptima tenía temblores, la octava moqueaba...

No podían mirarse demasiado sin sentir asco. Doña Eleonora, en cambio, estaba claramente enternecida y conmovida. Después de la canción, quiso probar la menestra, que encontró excelente, del plato de una huérfana.

A continuación fue a la cocina y después visitó la capilla, la sala de costura, todas las celdas y también la última planta.

En el momento de despedirse, dijo a don Simone que estaba satisfecha y que habría provisión en consecuencia. Este se arrodilló delante de ella, como si adorase a la Virgen, e intentó cogerle una mano para besársela, pero doña Eleonora se la puso con rapidez detrás de la espalda.

Cuando se encontró nuevamente en la carroza con don Alterio, permaneció un rato en silencio. Luego, apenas llegaron al patio del palacio, solo le dijo:

—Muchas gracias. El miércoles, en el consejo, ordenaré restablecer el subsidio para el marqués de la Trigonella.

Faltó poco para que a don Alterio, de la enorme alegría, no le diera un ataque.

Pero, antes de que don Alterio se encaminara para subir a la carroza, le volvió a hablar.

—Lo espero dentro de dos horas.

¡Por Dios! Don Alterio pasó de golpe del paraíso al infierno.

¿Qué quería a cambio aquella mujer?

—Me gustaría conocer la situación actual del erario público y del dinero a

disposición personal de la virreina.

Don Alterio respiró aliviado. Solo quería saber algo que concernía a su cargo de gran tesorero. Menos mal, el asunto le haría perder poco tiempo.

Cuando doña Eleonora, dos horas después, recibió el informe de don Alterio, que se despidió de inmediato, ella dio órdenes de hacer entrar en el despacho de la virreina, donde ahora ella se había puesto a trabajar, al protonotario.

Le explicó con pelos y señales todo lo que se proponía decir en el consejo del miércoles. El protonotario solamente hizo algunas observaciones.

Pero cuando doña Eleonora llegó a la propuesta de retractarse de su opinión negativa dada al subsidio para el marqués de la Trigonella, el protonotario torció la boca.

—¿No estáis de acuerdo?

—Con todo respeto, no.

—¿No estáis de acuerdo sobre el subsidio o sobre la forma?

—Quiero precisar que yo no sé nada de esta obra pía y no conozco personalmente al señor marqués. Pero es mi deber advertiros que la forma podría ser peligrosa.

—¿Por qué?

—*In primis*, porque la anulación ya está transcrita en las actas y una reconsideración no sería ni legal ni seria. *In secundis*, porque entonces todos los demás consejeros podrían, con todo derecho, pretender que hicierais lo mismo con ellos.

Tenía toda la razón. Doña Eleonora puso cara de desilusión, parecía una niña a la que le habían negado un caramelo.

—¡Pero yo quiero ayudar al marqués!

El protonotario, al verla poner aquella cara, sintió que se le revolvía la sangre. Debía alegrarla otra vez. Pensó un poco y luego dijo que había una solución segura.

Doña Eleonora preguntó cuál. El protonotario respondió que la única era que ella cogiese el dinero para el subsidio de aquel destinado a sus gastos personales y de representación. Además, debía tratarse de un acto *motu proprio*, porque en este caso ella solo tenía el deber de ponerlo simplemente en conocimiento del consejo, sin necesidad de pedir su aprobación.

Doña Eleonora sonrió. Había previsto la respuesta del protonotario. Por eso había querido saber del gran tesorero de cuánto disponía.

Había bastante dinero, porque en sus dos años de virreinato, don Ángel había gastado poco y nada.

La princesa de Trabia estaría contenta cuando supiera lo que ella había hecho por las huérfanas.

Y en tanto tenía otra idea que desde hacía algunos días le rondaba por la cabeza. Hablaría con don Serafino cuando acudiera a hacerle la habitual visita vespertina.

Apenas había salido el protonotario, el maestro de ceremonias le entregó una carta que llegaba de España. Llevaba el sello real.

La había esperado con ansiedad y ahora estaba aquí, delante de ella.

Después de haberle dado las condolencias y confirmado la voluntad testamentaria de su marido, su majestad le hacía saber que, acogiendo la solicitud de don Ángel, renovada por ella, y apartándose de la norma que quería que los visitantes fueran uno cada seis años, había previsto mandar, como regio visitador general, a don Francisco Peyró. El cual desembarcaría el jueves siguiente.

Era precisamente la persona adecuada, la que hacía falta.

Doña Eleonora sintió que el corazón se le llenaba de alegría y se puso a cantar en voz baja.

Don Francisco Peyró, como regio visitador general, ya había estado en Palermo cuatro años antes, y aún se tenía un vivo y espantoso recuerdo de aquello que había hecho.

Era un cincuentón de aspecto gris y desaliñado en el vestir, taciturno y melancólico; parecía un empleaducho de tercer orden. Y en cambio se había demostrado un hombre muy peligroso; honrado, concienzudo, escrupuloso e implacable.

Cada regio visitador general, que recibía órdenes solamente de su majestad y respondía solamente ante él de lo que hacía, tenía plenos poderes sobre cualquier máxima autoridad, menos el virrey; por eso todas las puertas debían serle abiertas, todos los registros dejados ver, todas las cuentas puestas a su disposición.

Valiéndose de su poder, don Francisco había querido examinarlo todo, incluso la contabilidad de la Santa Inquisición, durante días y días, y al fin había castigado, sin mirar a la cara a nadie, a todos los que habían cometido hasta el más mínimo error.

Por tanto, sin pensárselo dos veces, había puesto en chirona al poderosísimo e intocable don Federico Abbatellis, conde de Cammarata y gran maestro Portulano, tras haber probado que se había aprovechado largamente del dinero de la corona.

Y había hecho dimitir de su cargo de gran tesorero a don Vincenzo Nicolò Leofante, otro intocable, con la acusación de tener demasiada manga ancha con los amigos.

En resumen, había hecho más daño que una fiera y cuando había vuelto a España, un centenar de personas, entre autoridades, vicarios, recaudadores y contables habían acabado entre rejas.

Don Serafino se presentó con un ramito de flores silvestres que había cogido él mismo. Lo entregó a doña Eleonora sin decir una palabra.

Ella le dio las gracias y se sonrojó un poco.

Al verla sonrojarse, don Serafino, que estaba, a su vez, ruborizado por la

emoción, se puso de color violeta.

Luego, doña Eleonora dijo:

—Estoy un poco cansada.

¿¡Estaba cansada!?! A don Serafino aquellas palabras le hicieron el mismo efecto que si hubiera dicho que se sentía a punto de morir. Saltó y se puso en pie, empezó a preguntar:

—¿Qué sentís? ¿Os duele la cabeza? ¿El pecho? ¿Las piernas? ¿Queréis acostaros? ¿Queréis que me marche?

Doña Eleonora le sonrió.

—Calmaos. Solo estoy un poco cansada. Y no os vayáis, vuestra presencia me consuela.

Don Serafino volvió a sentarse. Y permaneció fascinado mirando a doña Eleonora, que ahora tenía los ojos cerrados.

Don Serafino pensó que, si se hubiera muerto en aquel preciso momento, habría muerto feliz.

Luego, ella abrió los ojos y preguntó:

—¿Habéis encontrado a esa persona?

—Sí.

Estaba tan fascinado que le costaba hablar.

—¿Habéis hablado con él?

—Sí.

—¿Ha aceptado?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Don Valerio Montano.

—Me gustaría verlo mañana.

Doña Eleonora dispara el cañonazo y gana la guerra

Hacia las cuatro de la tarde de aquel mismo día en el palacete ya convertido en sede oficial de la obra pía de las vírgenes en peligro, todo volvió a ser como antes. Las veinticinco huérfanas prestadas fueron devueltas al convento y al hospicio, las veinticinco muchachas de antes recuperaron sus celdas, las guardianas y las criadas sus habitaciones. Y una hora después de la puesta del sol, se presentó don Alterio.

Entre la tensión nerviosa padecida y el deseo ya incontenible por Cilistina, estaba pálido, le habían salido ojeras y tenía la barba descuidada. También se sentía un poco afiebrado. Había dicho a su mujer que tenía una reunión importante y que volvería por la mañana. Esta vez se lo podía tomar con tranquilidad.

—¿No os sentís bien? —fue la primera pregunta que le hizo don Simone en cuanto lo vio.

—Me siento perfectamente.

Y se sentiría mucho mejor algunos minutos después. Solo bastaba que aquel no comenzara con sus habituales ceremonias. Don Simone lo miró, sonriente.

—¿Tenéis la amabilidad de venir un momento conmigo a mi despacho?

¡Uf, qué lata! Pero debía resignarse.

—Está bien.

—Esta vez también yo me bebo un vasito de rosolí, ¡tenemos que brindar por la fortuna de la obra pía!

Don Alterio debió tragarse el licor.

—Habéis hecho un trabajo muy bueno —dijo don Simone—. No me lo esperaba, de verdad. Y ahora aquí sois amo y señor, os lo digo en serio. ¿Qué puedo hacer para compensaros?

—Lo sabéis.

Don Simone lo miró, malicioso.

—¿Queréis siempre a Cilistina? ¿O tal vez preferís cambiar? ¿Quizá por una sola vez?

—Quiero a Cilistina.

—Me lo esperaba. ¿Y sabéis qué os digo? Os la regalo —dijo don Simone—. Es vuestra.

Sacó una llave del bolsillo y se la entregó.

—La encontré. Es la de la celda de Cilistina. Soy un hombre de palabra. Quedáosla. Así podréis venir cuándo y cómo queráis, aunque yo no esté.

Don Alterio no aguantaba más.

—¿Puedo subir?

—¿No os he dicho que sois amo y señor?

Don Alterio subió los escalones de dos en dos.

Y aquella noche estuvo tan empeñado que no oyó el tráfago que había.

Para festejar el acontecimiento, habían acudido el marqués Pullara, el marqués Bendicò, el barón Torregrossa y el canónigo Bonsignore, todas personas que frecuentaban la obra pía desde su fundación.

Pero, mientras se estaba vistiendo para marcharse, al amanecer, Cilistina, que lo miraba tumbada en la cama, le dijo en voz baja algo que no entendió.

—¿Eh? —preguntó.

Cilistina le hizo señas de que se acercara, alargó un poco la mano, lo tiró hacia sí hasta que tuvo la oreja de don Alterio al alcance de su boca.

—Debéis ayudarme —murmuró.

—¿Qué necesitas?

Y se llevó la mano al bolsillo donde tenía el dinero dispuesto a darle todo lo que quisiera.

—Estoy embarazada.

—¿Eh? —espetó aturdido.

—Estoy embarazada.

Cogido por sorpresa, don Alterio se puso malo. La noticia no le causó placer, porque ahora consideraba a Cilistina algo suyo. Pero de seguro que no había sido él quien la había dejado embarazada.

—¿Quién ha sido?

—Y yo qué sé. Antes de vuestra excelencia hubo muchos.

Don Alterio tragó con amargura. Por otra parte, ¿acaso no sabía cuál era el oficio de las huérfanas de aquella obra pía? Don Simone se servía de ellas para tener amistades poderosas que lo favorecían en los numerosos negocios más o menos lícitos que desarrollaba.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Haciéndome salir de aquí.

—¿Y adónde quieres ir?

—No lo sé, pero tengo que huir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque si me quedo aquí, el marqués me hará matar.

Don Alterio se quedó estupefacto.

—¿Qué estás diciendo?

—Así es. Ya no estoy segura. Hace ocho meses, Saveria se quedó embarazada. Y el marqués la hizo desaparecer. Y lo mismo hizo con Assunta hace tres meses.

—Pero ¿por qué piensas que fueron asesinadas? Quizá el marqués las haya llevado a un sitio en que...

—No, señor. Aquí todas estamos convencidas. Las hizo matar y enterrar aquí

cerca, en el campo.

—¿Por quién?

—Usted no los conoce. Son dos delincuentes, Pippo Nasca y Totò 'Mpallomeni. El marqués cada tanto se sirve de ellos. Este los compensa, aparte de con dinero, poniendo a dos de nosotras a su disposición. Y Pippo Nasca, mientras follaba con Ninuzza, le dio a entender qué había pasado con Saveria y Assunta. Escuchadme; si me salváis, os juro que seré vuestra sierva durante toda la vida.

—¿Se lo dijiste a alguien?

—No, señor. ¿Acaso estoy loca? Solo a Teresina, la rubia que está en la primera celda, que es amiga mía.

Don Alterio no podía quedarse más, debía regresar a casa. Y, encima, verla asustada le hacía nacer de nuevo el deseo. Si se quedaba un minuto más, acabaría metiéndose en la cama.

—Está bien, me lo pensaré.

—¿Cuándo regresaréis?

—Mañana por la tarde.

¡Menuda lata! No creía que el marqués hubiera hecho matar a las dos muchachas, pero de seguro las había hecho desaparecer para no tener problemas. Y, por tanto, también a Cilistina la haría desaparecer cuando supiera que estaba embarazada. Por eso, *mutandis mutandi*, debía sacar fuera a Cilistina. Pero, una vez fuera, ¿dónde la metería? ¡Ah, eso es! Podía mandarla al Scavuzzo, donde tenía una casa de campo en la cual su mujer nunca ponía el pie porque no le gustaba. Pero el Scavuzzo estaba lejos, podría ir como máximo dos días a la semana. Siempre es mejor que nada.

Después de haber dormido toda la mañana, don Alterio comió y fue a ver a don Simone. Había tenido una idea que podría resolver el problema de Cilistina.

—¿A qué debo el honor? —le preguntó el marqués, haciéndolo acomodar en el salón.

—Debo pedirlos un gran favor.

—Hablad.

—Quiero a Cilistina.

Don Simone lo miró, extrañado.

—¿Y no la tenéis ya?

—La quiero siempre conmigo. La puedo tener en la casa que tengo en el Scavuzzo. En su lugar, podéis coger a otra.

—Si fuera por mí... —dijo el marqués.

—¿No depende de vos?

—Hasta ayer sí. Pero ¿no oísteis ayer lo que me dijo doña Eleonora?

—No.

—Me dijo que quería la lista de las huérfanas recogidas, y que yo era responsable

de ellas y que las muchachas podían dejar la obra solo si alguien las quería adoptar, y, en cualquier caso, la solicitud de adopción se le debía entregar a ella, que decidiría si la aceptaba o no. Y yo precisamente esta mañana le he hecho llegar la lista. Y no creo que vuestra esposa esté de acuerdo con vos en adoptarla.

A don Alterio solo le quedó blasfemar.

Y blasfemó más cuando, de vuelta a casa, encontró una solicitud de doña Eleonora que quería saber antes de la tarde hasta qué punto el tesoro real podía resistir una menor entrada fiscal. Pero no se dignó a explicarle por qué quería saberlo.

No fue tan sencillo, don Alterio debió llamar en su ayuda al vicetesorero, que llegó con un montón de papeles. Luego hubo que llamar también al ayudante del vicetesorero.

En resumen, salió de su despacho por la noche, pero, después de haber mandado la respuesta a doña Eleonora, se hizo acompañar a la obra pía.

A las nueve y media, los consejeros ya estaban en el salón.

Decidieron casi de inmediato que dejarían la palabra a doña Eleonora, así sería más fácil entender qué le pasaba por la cabeza y actuar en consecuencia.

Abierta la sesión, doña Eleonora miró extrañada al secretario y este comunicó que los consejeros no habían hecho escribir ninguna cuestión en el orden del día.

Doña Eleonora entendió la maniobra de los consejeros, pero les siguió el juego.

Dijo entonces que sometería a la opinión del consejo dos leyes que había decidido promulgar después de haber oído la opinión de algunas personas interesadas.

Los consejeros se intercambiaron una mirada inquieta y recelosa: ¿quiénes eran esas personas con las cuales había hablado?

Si las cosas estaban así y ella a escondidas tenía encuentros, recibía informaciones, consejos y sugerencias de extraños, quería decir que era una mosca muerta a la que, de ahora en adelante, había que mantener bajo la más estricta vigilancia.

Pero la verdad era que doña Eleonora estaba contando una mentira. Aparte del protomédico, no veía a nadie más, pero había leído decenas y decenas de cartas que habían llegado a su marido desde hacía mucho tiempo y que nunca habían recibido respuesta. Y también había tomado nota de muchas medidas que don Ángel tenía en mente aplicar si la enfermedad y la muerte no se lo hubieran impedido.

La primera ley, explicó, no era una novedad. La había querido en 1514 el virrey Ugo Moncada, luego había sido retirada unos cuarenta años antes y ahora ella quería reponerla.

Era la ley llamada de los «padres honestos», es decir, los padres de familia que tenían un mínimo de doce hijos, sin distinciones entre ricos y pobres, a los cuales se les quitaba la obligación de pago de ciertos pesados tributos y ciertas tasas menores. Pero ella, y esto era lo nuevo, reducía el número de hijos a ocho.

¿Tenían alguna observación que hacer los señores consejeros?

El príncipe de Ficarazzi hizo entonces una pregunta: dado que la falta de pago de aquellos tributos y tasas significarían menores ingresos para el fisco, ¿no sería más sabio conocer antes qué pensaba el gran tesorero?

Doña Eleonora le dirigió una sonrisa dulce como la miel y dijo que, al ser una mujer sabia, ya había previsto hablar con el gran tesorero.

Todos los consejeros se volvieron entonces a mirar a don Alterio: ¿cómo no les había informado que había sido llamado a palacio? ¿No habían hecho un pacto preciso?

Don Alterio bajó los brazos y dio a entender que se había olvidado por completo. Y era verdad, dado que aquellos días en la cabeza no tenía otro pensamiento que Cilistina.

Pero los consejeros siguieron mirándolo, de vez en cuando, con sospecha.

Doña Eleonora pasó a hablar de la segunda ley. Y esta sí era una gran novedad. En toda Sicilia, pero en especial en las grandes ciudades, a menudo había litigios no solo entre las distintas maestranzas, sino también dentro de cada maestranza. Litigios que casi siempre acababan con riñas que provocaban muertos y heridos. Con esta ley, cada maestranza, de la de los plateros a la de los carniceros, de los carroceros, de los mercaderes, de los gallineros, de los colchoneros y así sucesivamente, debía hacerse representar por un cónsul libremente elegido. Todos los cónsules dependerían de un magistrado de comercio, que tendría el poder de juzgar de manera absoluta sobre todos los litigios que le fueran sometidos. Su sentencia tendría el mismo valor que la de un tribunal.

Los consejeros se quedaron asombrados, no esperaban que la marquesa se saliera con una ley tan complicada. El primero en entender que este nuevo magistrado podría hacer y deshacer sobre media Sicilia fue el obispo Turro Mendoza.

Este dijo que encontraba que era una buena ley, solo que había que pensar mucho en torno a quién elegir para aquel cargo de grandísima responsabilidad.

Doña Eleonora le sonrió como había hecho con el príncipe y dijo que había pensado en ello largamente y que había encontrado el hombre que, según ella, era el adecuado.

—¿Podemos conocer su nombre? —preguntó el gran capitán.

—Claro. Don Valerio Montano.

Los consejeros se quedaron atónitos.

Don Valerio Montano, barón de Sant'Alessio, era un cincuentón conocido en toda Palermo como persona honradísima, escrupulosa y justa, que hacía vida retirada y nunca había aceptado un cargo público. Sobre él no había nada que decir, pero había mucho que decir a quien había dado su nombre a la marquesa.

—¿Y don Valerio ha aceptado? —espetó, aún asombrado, don Cono.

—Me ha dicho que sí él en persona.

Pero ¿cuánto maniobraba esta mosca muerta que poco a poco estaba sacando las

uñas para arañar? Había que detenerla definitivamente antes de que hiciera más daño. Como primera medida habría que poner personas de confianza delante del portón del palacio, para saber quién entraba y quién salía.

Por último, doña Eleonora llevó a conocimiento del consejo que, *motu proprio*, había decidido dar un subsidio semestral a la loable y generosa «obra pía de las vírgenes en peligro» del marqués don Simone Trecca, sacando el dinero necesario del que estaba a disposición de la virreina para sus gastos personales.

Añadió que, antes de concederle materialmente el subsidio, había hecho hacer un cierto control. Pero no explicó cuál.

Luego miró a su alrededor y, visto que nadie hablaba, dijo:

—La sesión ha terminado.

Se levantó y todos la imitaron.

Una vez bajados los tres escalones, doña Eleonora se detuvo, puso cara de desconcertada y luego, tocándose despacio la frente como si hubiera recordado algo, espetó:

—Perdón, me olvidaba. Mañana llega a Palermo un visitador general.

Los consejeros, en un primer momento, se quedaron aturridos, mirándose preocupados y confusos.

—Pero aún no han pasado seis años desde la última visita —inquirió el gran capitán.

—Lo sé, pero su majestad ha recibido mi solicitud de enviarlo antes de tiempo.

Por eso había sido ella quien había puesto a todos en peligro. La mosca muerta estaba haciendo la puñeta a todos. Pero no quería decir nada. Muchos visitadores generales después de un día se habían demostrado capaces de cerrar un ojo y también los dos.

—¿Por qué no nos habéis advertido antes?

—No ha sido posible comunicároslo antes —respondió angelical doña Eleonora—, porque vosotros habéis establecido la reunión del consejo para hoy.

He aquí por qué no había protestado, para poder advertirles solo en el último minuto de la llegada del visitador.

—¿Sabéis quién es? —preguntó el obispo.

—Sí, lo sé. Me parece que se llama..., se llama... Ah, sí. Don Francisco Peyró.

Y salió, mientras que los consejeros, al oír aquel nombre, caían en sus sillones uno a uno como bolos abatidos por una bola.

El primero en recuperarse fue el obispo, que ordenó al secretario que trajera agua fresca para los consejeros. Y todos, cuando llegó, se tragaron medio litro por cabeza como si tuvieran sed desde hacía días.

Había que hacer frente a la novedad sin perder un minuto.

—Si el protonotario y el secretario quieren hacernos el favor de salir... —pidió, otra vez, el obispo.

—Madre santa, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó el gran capitán.

—¡Estamos perdidos! —se lamentó don Cono.

—¡Jodidos! —precisó don Severino.

—La intención de la marquesa es clara —afirmó el gran capitán—. Llamando a Peyró es como si hubiera llamado al verdugo. Ese tarda poco y nada en mandarnos a todos a chirona. Y cuando estemos todos en chirona, la marquesa pone en nuestro lugar a personas de su confianza, y adiós muy buenas.

—A mí —dijo don Cono—, me desagrada perder el cargo, pero no tengo fuerzas para acabar en chirona.

—¿Por qué, yo sí? —espetó el gran capitán.

—Habría una solución —dijo don Arcangelo, que hasta entonces no había abierto la boca.

—¿Cuál?

—Matarlo en cuanto desembarque.

—Y de inmediato la marquesa se dará cuenta de que fuimos nosotros —objetó don Severino.

—Pero yo pensaba en hacerlo parecer un accidente. Por ejemplo, suscitar una falsa riña entre los marineros del puerto y uno, como por error... —comenzó a precisar don Arcangelo.

—No estoy de acuerdo —lo interrumpió el obispo—. No por el asesinato, claro, sino porque una cosa así debe prepararse bien y se necesita un tiempo que no tenemos.

—Y, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el gran capitán volviendo al punto de partida.

Cayó el silencio. A nadie se le ocurría cómo salir de aquella situación. Se sentían como ratones enjaulados.

En aquel momento entró el protonotario.

—Si sus excelencias ya no me necesitan...

Fue el obispo quien tuvo la idea.

—Esperad un momento. Debo haceros una pregunta.

—A vuestras órdenes.

Los otros consejeros rodearon al obispo, esperanzados.

—La pregunta que os hago es hipotética, no se refiere a nosotros, los consejeros, porque tenemos la conciencia tranquila y, por tanto, el visitador general no nos asusta. Pero, siempre hablando de manera hipotética, si un consejero se encontrara, digamos así, en dificultades y quisiera librarse...

—No he entendido bien —dijo el protonotario.

Que, en cambio, había entendido bien, solo que quería disfrutar un poco.

El obispo respiró hondo y continuó.

—Pongamos que un consejero ha hecho algo que no debía hacer, como favores a un amigo, recibiendo un beneficio en dinero o en regalías, o se ha aprovechado de algo que no era suyo, ¿qué puede hacer para evitar que el gran visitador le ponga

grilletes?

—¡Ahora habéis sido claro! —exclamó el protonotario—. Dejadme reflexionar un momento.

Se sentó en su sitio, se cogió la cabeza entre las manos mientras los consejeros estaban tiesos delante de él, en silencio.

Luego, el protonotario se quitó las manos de la cabeza y preguntó al obispo:

—¿Siempre hablando de manera hipotética?

—¡Desde luego! —respondió Turro Mendoza.

El protonotario volvió a cogerse la cabeza entre las manos y estuvo así un buen rato. Para no molestarlo, los consejeros respiraban lentamente. Luego, el protonotario los miró uno a uno y dijo:

—Habría una solución.

—¿Cuál? —preguntaron los seis a coro.

—La ley habla claro. Está escrito que el visitador general no tiene ningún poder contra un consejero que, aunque hubiera actuado mal, haya dimitido antes de su llegada. Siempre hablando hipotéticamente, si comunicáis a la marquesa esta tarde que abandonáis el cargo, el visitador no podrá actuar contra vosotros. Y ahora, pidiendo perdón, debo marcharme.

Se levantó y salió.

8

Llega el gran visitador general que, sin embargo, no es Peyró

Cayó un pesadísimo silencio. Las palabras del protonotario habían llegado, rápidas, a los cerebros de los seis consejeros, pero los cerebros se negaban a comprender hasta el fondo su significado. Luego, finalmente, también el significado se hizo claro y explotó dentro de la cabeza de todos, atronándolos.

—¡Ay! ¡Virgen Santa, qué dolor! —gritó de pronto don Severino Lomascio llevándose una mano al corazón y cayendo como un saco vacío sobre el sillón más cercano.

Se retorció por el dolor en el pecho y le faltaba el aire. Quizá le había dado una apoplejía, pero nadie se preocupó por él.

Con todo respeto, cada uno tenía que pensar en cómo salvar su culo.

—Por mi parte, no voy a reflexionar ni un momento y os declaro que estoy absolutamente decidido a no renunciar ni muerto —espetó el obispo, con resolución.

Don Alterio se lo pensó menos que nada y luego se asoció yendo a ponerse al lado de Turro Mendoza.

—Y yo tampoco —dijo.

—A mí, en cambio, solo me queda presentar la dimisión —afirmó don Arcangelo Laferla, con el rostro ennegrecido—. Entre ir a chirona y perder el cargo, hay poco que elegir.

—Yo estoy de acuerdo —dijo don Cono Giallombardo.

—Y yo..., yo... dimito con vosotros —añadió don Severino Lomascio mientras seguía retorciéndose.

—Me complace mucho, se ve que solo vosotros dos en el Sacro Regio Consejo tenéis la conciencia como una patena —fue el comentario agridulce y un poco amenazante del gran capitán dirigiéndose al obispo y a don Alterio.

—No se trata de tener la conciencia limpia —rebatía el obispo—. Todos sabemos que para limpiar nuestras conciencias no bastarían cien quintales de lejía, pero estoy convencido de que don Francisco Peyró, por más que sea un hombre decidido, no tendrá el valor de ponerse contra la Santa Madre Iglesia.

—Tenéis escasa memoria —intervino don Cono—, os recuerdo que hace cuatro años Peyró fue a comprobar las cuentas de la Santa Inquisición y, al no haberlas encontrado en orden, hizo dimitir, reclamar a España y arrestar a don Néstor Benítez, que era nada menos que el vice del gran inquisidor. Imaginémonos qué miedo podéis darle vos que sois un simple obispo.

—¡Joder, es verdad! —dijo Turro Mendoza, acordándose. Su única justificación

era que cuatro años antes era obispo, sí, pero en Viterbo.

—¿Y vos, don Alterio? ¿Por quién os sentís protegido? ¿Queréis decírnoslo? ¿Tal vez por doña Eleonora en persona, dado que la veis en secreto? —inquirió el gran capitán.

Don Alterio, espantado de que saliera a la luz su visita privada a favor de don Simone Trecca y de la obra pía, reaccionó levantando la voz.

—¡Yo fui llamado por la marquesa en calidad de gran tesorero! ¡Solo hablamos de números! ¡Y si no os lo dije, y os pido otra vez perdón, fue porque me olvidé!

—Admitamos al menos que esa distracción es extraña.

—Es porque estos días tengo... un enfermo en la familia.

—Pero también vos, egregio don Alterio, sea como fuere, debéis dimitir —sostuvo el gran capitán.

—¿Por qué?

—Por la simple razón de que no podemos aparecer delante de toda Sicilia cinco deshonestos y un solo honesto. ¿Está claro?

—Pero ¿qué tiene que ver ese razonamiento?

—Tiene que ver, tiene que ver. De todos modos, si vos no dimitís, don Francisco Peyró será debidamente informado de que también vos, que os proclamáis tan honesto, tenéis el carbón mojado.

—Yo nunca me he aprovechado de un...

—Lo sabemos. Pero ¿qué favores a vuestros amiguetes os habéis negado a hacer? ¿Necesitáis que os diga los nombres?

—No —dijo don Alterio.

Y bajó los brazos, resignado.

—Está bien, dimito.

—Os hago una propuesta que me parece buena —intervino en ese momento el obispo, que se había apartado para pensársela—. En vez de presentar a la marquesa seis cartas de dimisión, una por cada uno de nosotros, presentémosle una sola, pero firmada por los seis.

—¿Por qué? —preguntó el príncipe.

—Porque en la carta escribiremos que el único y verdadero motivo de nuestra irrevocable, porque así debe ser, irrevocable, dimisión es la insoportable ofensa hecha a nuestra honestidad por la marquesa a través de la llamada al visitador. Al llamarlo, ella quiere manifestar que no se fía de nosotros, y para nosotros esta falta de confianza es una ofensa. Así, ninguno podrá pensar que dimitimos porque estamos asustados por la llegada del gran visitador.

Inmediatamente, todos se declararon entusiasmados con la propuesta.

—Escribámosla enseguida —dijo el príncipe.

—¿No es mejor pensársela un poco? —objetó el obispo.

—No, la escribimos y se la hacemos llegar ahora mismo. Así ella entenderá qué fuerte y súbito es nuestro desdén.

—Está bien —consintió el obispo.

—¿Quién la escribe? —preguntó don Severino, que se había recuperado y ahora conseguía estar de pie.

—La escribiré yo —se ofreció el gran capitán.

Y fue a sentarse a la mesa del protonotario y del secretario, donde había papel, pluma y tinta.

—¿Por qué no la escribimos en español? En mi opinión, le hará más efecto —propuso don Cono.

—¿Alguien lo conoce bien? —preguntó el príncipe.

Resultó que todos se apañaban para hablarlo, pero para escribirlo...

Para hacerlo breve, perdieron una hora antes de comenzar y tres en terminarla. Luego la entregaron al maestro de ceremonias.

Cuando doña Eleonora recibió la carta de los seis consejeros y la leyó, estaba en compañía de don Severino.

—¡Hemos vencido! ¡Hemos hecho limpieza! —exclamó.

Y, llevada por el entusiasmo, sin darse cuenta, aferró la mano derecha del protomédico entre las suyas y se la apretó al pecho.

Ante ese gesto de gran confianza, la cara de don Serafino, en un instante, pasó de violeta a amarillo y de amarillo a un blanco cadavérico. Luego, las piernas le flaquearon, durante un momento logró mantenerse derecho, después ya no lo consiguió y cayó al suelo, desvanecido.

—¡Un médico! ¡Un médico! —se puso a vociferar espantadísima doña Eleonora.

Acudió Estrella. Pero por suerte no hubo necesidad de que fuera a buscarlo porque un minuto después don Serafino abrió los ojos y pidió perdón, avergonzadísimo.

—Me habéis asustado —dijo doña Eleonora, mirándolo amorosa—. Si me falta el único amigo verdadero que tengo...

Haciendo un esfuerzo supremo, don Serafino consiguió, esta vez, no entrar incluso en catalepsia.

Aquella misma noche, don Alterio se precipitó a la obra pía con hambre atrasada de Cilistina.

Pero antes de salir, doña Matilde le había hecho perder el tiempo montándole un grandísimo follón apenas había sabido que había dimitido del cargo. ¡Cómo se jactaba de ser la mujer del gran tesorero! Y ahora, por culpa de la zorra española... Y tanto hizo y tanto dijo que don Alterio llegó a la obra pía pasadas las nueve...

Como de costumbre, despidió la carroza y llamó. Pero nadie le salió a abrir.

¿Cómo era posible, si aún no eran las diez?

Llamó y volvió a llamar hasta que se persuadió de que era inútil. Pero por ninguna razón del mundo quería renunciar a pasar la noche con Cilistina.

Entonces quiso comprobar si todos dormían y, doblando la esquina, fue hasta la parte de atrás del palacete y se dirigió hacia el ventanuco del despacho del marqués. Tenía los postigos cerrados, pero se filtraba un hilo de luz. Sin pensárselo ni un minuto, se agachó, tanteó con la mano, aferró una gran piedra y la tiró con todas las fuerzas contra la madera de la ventanita. El golpe fue fuerte.

—¿Qué coño sucede? —preguntó desde el interior el marqués.

Sin responder, lanzó otra gran piedra.

La ventanita la abrió don Simone, que se echó inmediatamente hacia atrás sujetando un puñal en la mano.

—¿Quién sois? —preguntó el marqués, que no conseguía reconocer la sombra que veía fuera.

—Soy yo —dijo don Alterio.

—¡Señor duque! ¡Excelencia! Esperad a que vaya a abrir el portón —dijo de inmediato el marqués.

—No es necesario —espetó don Alterio.

Y, apoyándose con las manos en el alféizar, saltó dentro. El deseo de Cilistina le hacía recuperar las fuerzas de sus veinte años.

Apenas estuvo dentro, vio que en el despacho había otra persona. Era un tipo mal vestido, con una cara que era mejor evitar de noche y también de día. Estaba sentado, inmóvil, con ojos fijos de serpiente, sin ninguna expresión.

—Este es un amigo de confianza, Totò 'Mpallomeni —espetó el marqués—. Perdonad el contratiempo, pero, como era tarde, estaba convencido de que ya no vendríais. Por eso...

—Buenas noches —zanjó don Alterio, que no quería perder más tiempo del que ya había perdido.

Y salió fuera. Don Simone corrió detrás de él.

—¡Esperad! ¿Adónde vais?

—¿Adónde queréis que vaya? —respondió don Alterio, mientras seguía caminando a toda prisa.

—Esperad —insistió don Simone aferrándolo por una manga.

Don Alterio se sacudió, desdeñoso, de la mano y prosiguió.

—¡Debo deciros algo importante!

—Me lo decís mañana.

—Escuchad, señor duque...

En tanto habían llegado a los pies de la escalera y don Alterio debió detenerse porque había un hombre que estaba bajando.

El hombre, al pasar, preguntó al marqués:

—¿Dónde está Totò?

—Te espera en mi despacho.

Cuando don Alterio comenzó a subir la escalera, se percató de que el marqués había renunciado a tocarle los cojones yéndose detrás del otro hombre.

Antes de abrir la puerta, le dieron ganas de mirar por la mirilla. Se extrañó.

Cilistina estaba de pie, desnuda, pálida y asustada, cerca del trípode con la bacía, y trataba de limpiarse con un paño mojado la sangre que tenía en el hombro.

Abrió y entró. Cilistina se puso de espaldas al muro. Trató de sonreírle, pero le salió una mueca de dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Cómo, nada? ¿Y toda esta sangre?

—¡Os digo que no ha sido nada!

Don Alterio miró la cama y vio que también la sábana estaba manchada de sangre.

—Déjame verte los hombros.

Cilistina fingió no haber oído.

—Te digo que me dejes ver los hombros.

La muchacha no se movió. Entonces, don Alterio la aferró por la cintura y la obligó a girarse.

Tenía la espalda completamente cubierta por una decena de heridas pequeñas y poco profundas, hechas con la punta de un puñal para provocar más dolor que daño.

—¿Quién fue?

—Dejadlo correr.

—Dime quién fue o no te ayudo.

Cilistina se decidió, de mala gana.

—Fue Pippo Nasca. Esta tarde me quería y el marqués no logró hacerle cambiar de idea. Pippo estaba hecho una bestia. Luego pensó que vos ya no vendrías y entonces...

Era el hombre con el que se había cruzado a los pies de la escalera. He aquí por qué el marqués quería hacerle perder tiempo, para evitar que lo sorprendiera mientras estaba con Cilistina.

—¿Por qué usó el puñal?

—A Pippo, cuando folla, le gusta hacerlo así.

Don Alterio, que en apariencia parecía mantenerse calmado, se sentía arrastrado por una rabia furiosa. Ahora la muchacha era algo suyo, y el marqués no podía hacer lo que quería. Había que poner las cosas en su sitio.

—Ahora sigue limpiándote, que yo voy a hablar con el marqués.

—¡No, señor, por caridad!

—¿Por qué no quieres que...?

—¡Porque luego, cuando su excelencia se marche, el marqués me hará romper los huesos! ¡Vuestra excelencia no se imagina de lo que es capaz ese hombre! Vuestra excelencia solo debe pensar en cómo sacarme de aquí.

Aquella noche, don Alterio la pasó haciendo de enfermero. Y devanándose los sesos pensando en cómo liberar a la muchacha. Pero, por más que se esforzaba, no se le ocurría nada. Fue mientras volvía a casa que recordó las palabras de doña Eleonora al consejo cuando había anunciado el subsidio en la obra pía.

Había dicho que lo daría después de hacer una inspección. ¿En qué consistiría esta inspección?

Si lo sabía antes de que se hiciera, podría tener una carta en la manga para jugar contra don Simone y, a cambio de la información, podría obtener la libertad de Cilistina.

¿Qué hacer?

Doña Eleonora nunca había visto en persona a don Francisco Peyró. Solo había oído hablar de él. Tenía curiosidad por conocerlo. Cuando el maestro de ceremonias le comunicó que el gran visitador general había llegado y pedía audiencia, dijo que lo recibiría de inmediato en el salón, quería hablarle cara a cara antes de la primera audiencia oficial.

El gran visitador general podía ser tan grande y general como quisiera, pero seguía siendo un hombre. Un hombre que, ante la vista de la enorme belleza de doña Eleonora, sintió que el corazón le había dejado de latir.

Hizo una inclinación profunda, se encorvó sobre una rodilla y dijo:

—Señora, reciba todo el honor de la persona de nuestro amado rey.

—Levántese, por favor, don Francisco.

El visitador se alzó, mirándola estupefacto.

—¿Cómo me ha llamado?

—Don Francisco.

—¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿No se llama así?

—No. Yo me llamo Esteban.

Esta vez la estupefacta fue la marquesa.

—Pero ¿no es usted el gran visitador general?

—¡Claro que soy yo! Aquí está la carta de su majestad.

Doña Eleonora la cogió y la leyó. Su majestad le hacía saber que, por desgracia, don Francisco Peyró, en el momento de la partida, había caído enfermo y en su lugar había pensado, para no perder el tiempo, en mandar a don Esteban de la Tierna, persona rigurosa y valiente, que si no era como don Francisco poco le faltaba.

Doña Eleonora quiso que don Esteban se quedara a comer con ella. Los otros dos invitados eran don Serafino y don Valerio Montano, nuevo magistrado de comercio.

También después de cenar, se quedaron hablando largamente.

La marquesa quería que don Serafino y don Valerio reflexionaran sobre los nombres de las personas que podían convertirse en consejeros en vez de los

dimitidos. Al final, doña Eleonora quiso quedarse sola con don Serafino. Deseaba preguntarle algo concerniente a la obra pía de las vírgenes en peligro.

En Palermo, en cuanto los pregoneros anunciaron las dos nuevas leyes de doña Eleonora y se supo que había sido capaz de hacer dimitir a aquellos asquerosos e insaciables consejeros, tres cuartas partes de la gente que era contraria a una virreina cambió de opinión. Esa era una mujer que sabía lo que hacía y ponía los puntos sobre las íes.

El obispo Turro Mendoza, el príncipe de Ficarazzi y don Cono, encontrándose los tres por casualidad en una boda, se apartaron para hablar de la situación.

—¿Habéis tenido novedades? —preguntó el obispo.

—Hay tantas... —indicó el príncipe.

—Me refería al hecho de que la marquesa nos dio un susto de muerte diciéndonos que el visitador era don Francisco Peyró y, en cambio, vino un tal Esteban de la Tierna.

—Ya conocía la novedad —espetó don Cono—. Fue porque don Francisco se enfermó cuando estaba a punto de partir.

El príncipe de Ficarazzi se puso a reír. Luego, mirando a los otros dos, abrió la boca, la cubrió con la mano en forma de alcachofa, la agitó adelante y atrás varias veces.

—¡Sois unos ingenuos! —dijo.

—¿No fue así? —preguntó el obispo.

—No.

—¿Y cómo fue?

—¿Cómo es que no os dais cuenta? La señora marquesa sabía desde siempre que llegaría este De la Tierna. Pero a nosotros, en el consejo, nos contó que vendría don Francisco. Y nosotros, por el miedo, hemos huido. Era lo que ella quería. En resumen, egregios, hemos dejado que una mujer nos diera por culo.

—Si las cosas son así, ¡es un verdadero demonio! —comentó el obispo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó don Cono.

—Yo he recogido unas cuantas informaciones —dijo el príncipe—. Sobre este visitador hay opiniones diversas. Hay quien dice que es un hombre, digamos así, razonable, y otros que dicen que con él no hay nada que hacer. Yo querría ver en persona si...

—Total, contra nosotros ya no puede hacer nada de nada —lo interrumpió el obispo.

—Cuidado. No puede hacer nada como exconsejero, pero sí como obispo. ¿Está en orden la contabilidad de la catedral? ¿De la diócesis? Si doña Eleonora tiene la pulga detrás de la oreja... Y luego hay una cosa muy importante que el protonotario no nos dijo, pero que he leído.

—¿Cuál? —planteó el obispo.

—Es verdad que el visitador no puede proceder contra un exconsejero, pero tiene derecho a pedir la restitución de todo, absolutamente de todo, el dinero indebidamente percibido. Si aquel se niega, el visitador tiene el poder de expropiarlo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió don Cono.

—Que, si a doña Eleonora le da el ataque, puede dejarnos a los seis con harapos en el culo.

—¡Madre santa! —espetó don Cono, empalideciendo.

—¡Virgen bendita! —exclamó el obispo.

—Es inútil apelar a madres y vírgenes —dijo el príncipe—. Hay que pasar a la acción y sin perder tiempo. Tengo una idea.

Los otros dos lo miraron con gran interés.

—Mañana invitaré a comer a casa a este don Esteban. Le quiero explicar que nosotros no la tenemos tomada personalmente con él, sino con la marquesa que lo llamó. Así, mientras hablamos, veo qué tipo de hombre es y si es tratable.

—¿Y si no es tratable? —preguntó don Cono.

—Hacemos una novena en la catedral —dijo el obispo, con amargura.

Mientras estaba a punto de salir de casa para ir a su despacho de exgran tesorero a buscar los papeles personales que había dejado allí, don Alterio tuvo un ligero mareo.

Entre la historia de Cilistina, la dimisión y el follón de su mujer, ya no podía más.

La cosa no habría tenido ninguna consecuencia si no hubiera sido porque don Alterio se encontraba en aquel preciso momento en el primero de los catorce escalones que llevaban al patio, y que estaba comenzando a bajar.

Tras perder el equilibrio, rodó hasta el final de la escalera.

Y allí se quedó, pegando gritos de dolor. No podía mover el pie izquierdo y perdía sangre de una herida en la cabeza.

Para aumentar el follón, doña Matilde corrió, lo vio y, al bajar la escalera, puso un pie en falso y le cayó encima con sus más de cien kilos, y luego se desmayó.

9

Las penas de don Alterio y el problema del príncipe de Ficarazzi

Fue llamado a la carrera el protomédico que, antes de que los sirvientes de don Alterio supieran que había ido al Cassaro y lo encontraran, necesitó la mano de Dios.

Don Serafino lo visitó para asegurarse de que no se hubiera hecho daño en otras partes del cuerpo, luego le aplicó un emplasto de hierbas en el pie que había sufrido una simple dislocación y se lo vendó, y le vendó también la cabeza, cuya herida era por suerte leve.

Considerando la caída, había tenido bastante suerte.

Don Alterio quería que se quedara un poco a charlar, pero el protomédico le dijo que no podía porque debía volver a toda prisa al Cassaro para buscar a una comadrona, que estaba allí y que conocía, para llevarla a palacio, donde doña Eleonora la necesitaba.

Don Alterio se quedó sin aliento.

—¿Doña Eleonora está embarazada?

—¡Pero si es viuda!

—Bah, pero don Ángel, en sus últimos días de vida...

—¡Por favor!

—Y, entonces, ¿por qué?

—A vos os lo puedo contar dado que, me lo dijo la misma marquesa, habéis ido a verla para convencerla de que diera un subsidio a don Simone Trecca para su obra pía.

Don Alterio se alarmó.

—¿Os dijo solo a vos que fui a hablar con ella?

—Ciertamente. Doña Eleonora sabe con quién puede hablar.

Don Alterio se tranquilizó.

—Y, entonces, ¿esa comadrona? —preguntó.

—Esa comadrona —continuó don Serafino—, que se llama Sidora Bonifacio, tiene una grandísima experiencia y es la más honrada y confiable que conozco.

—¿Y por qué necesita una comadrona así?

—Porque debe verificar que todas las muchachas huérfanas que están acogidas en la obra pía de don Simone son no solo vírgenes, sino que tampoco han recibido ofensa en otras partes del cuerpo. ¿He sido claro?

—Clarísimo.

—La marquesa lo ha querido así y así debe ser. Es la condición indispensable que pone para la concesión del subsidio. En esto no transige.

Don Alterio quiso profundizar. El asunto le interesaba mucho, podía representar un punto a su favor.

—Satisface una curiosidad. Total, estamos entre hombres —espetó don Alterio—. Para la virginidad, está bien. Es fácil establecer si existe o no existe. Pero ¿cómo se hace para saber si ha habido ofensa en otra parte?

—Hay una manera antigua que no es muy científica, pero es la única, y Sidonia Bonifacio sabe practicarla.

—¿Y cómo es?

—Se coge un huevo, se cuece hasta que está duro, luego la mitad se ennegrece con el humo de una vela, a continuación se introduce despacio la mitad ahumada en la parte presumiblemente ofendida y se retira de nuevo con delicadeza.

—¿Y qué se ve?

—Se ve si los pliegues internos han sido forzados.

—Ahora entiendo, gracias —espetó don Alterio, al cual se le habían pasado todos los dolores.

Y continuó:

—¿Cuándo podré caminar otra vez?

—Volveré por la mañana, os reharé los emplastos y espero que pasado mañana podáis caminar, siempre apoyándoos en un bastón.

Pero, aunque fuera caminando a cuatro patas, como un perro, don Alterio habría ido a ver a aquel grandísimo cornudo del marqués y a imponerle sus condiciones.

Ahora tenía la sartén por el mango y sabría cómo usarla. La libertad de Cilistina, llegados a este punto, era algo seguro.

Al día siguiente por la mañana, don Serafino le encontró el pie completamente deshinchado, hasta el punto de que no le aplicó otro emplasto. Solo le hizo un vendaje ligero. Y le redujo también el vendaje de la cabeza. Le dijo que se podía levantar y, por ser el primer día, pasear media hora.

—¿Cuándo podré salir?

—Mañana.

—¿Encontró a la comadrona?

—No, está fuera de Palermo. La llamaron para un parto de la hija del barón Pennisi. Volverá dentro de dos días.

Justo aquello que quería oír.

Y mientras el protomédico se marchaba, comprendió de golpe que no podría pasar otra noche sin estrechar a Cilistina entre sus brazos.

Entonces decidió ir, al atardecer, a la obra pía, aunque fuera apoyándose en un bastón y con el sombrero calado en la cabeza para que no se le viera el vendaje, estar con la muchacha y solo al día siguiente reunirse con don Simone.

Total, dado que la comadrona no vería a doña Eleonora antes de dos días, tenía

tiempo.

Pero el diablo metió la cola bajo la forma que le era más congenial: el fuego.

Ya doña Matilde, apenas había oído que aquella misma tarde, después de comer, debía salir por fuerza, había armado un lío, un gran e interminable rompimiento de cojones mientras estaban en la mesa.

—Pero ¿adónde vas con esa pierna? ¡Y con la cabeza rota! Pero ¿no ves que no te aguantas en pie? ¿No quieres entender que ya no eres un niño?

Don Alterio hacía como si nada y seguía comiendo, con el único pensamiento de que dentro de poco saldría de casa para correr donde Cilistina.

Cuando apenas había terminado y se estaba levantando de la mesa, entró a la carrera Pippino, el mayordomo.

—Se incendió la cocina.

Don Alterio corrió y no pudo más que ver lo altas que estaban las llamas. Entre los siervos de la casa y una veintena de siervos de los palacios cercanos estuvieron casi hasta la medianoche intentando controlar el incendio, que en tanto había prendido también en las dos habitaciones de al lado.

Y don Alterio aquella noche debió quedarse con la boca seca.

Y dado que doña Matilde se había persuadido de que alguien había echado el mal de ojo sobre la casa, lo obligó también a él a pasarse dos horas arrodillado rezando.

Pero a la tarde siguiente, una hora después de la caída del sol, llamó al portón de la obra pía. Y mientras llamaba, ya había sacado la llave de la celda de Cilistina, esta vez no permitiría que don Simone le hiciera perder un momento con sus ceremonias.

El portón se abrió. Y él se encontró ante la cara de delincuente de Totò 'Mpallomeni.

Se quedó un momento estupefacto.

—Buenas tardes, excelencia —espetó Totò.

—Buenas tardes —respondió don Alterio.

Entró apartándolo y se encaminó hacia la escalera. 'Mpallomeni lo persiguió, lo adelantó y se le paró delante.

—El marqués quiere hablar con vos.

—Déjame pasar.

—El marqués os quiere explicar...

—No tiene nada que explicarme.

—Excelencia, mirad que...

—Deja de tocarme las pelotas, bastardo.

El otro no se movió. Solo le hizo una sonrisita burlona, como si lo desafiara a pasar.

Y de pronto don Alterio pensó que se estaba repitiendo la misma escena de la otra tarde. Solo que en el lugar del marqués ahora estaba 'Mpallomeni. De seguro que le hacían perder el tiempo porque en aquel momento Pippo Nasca estaba follando con Cilistina y se divertía torturándola con el puñal.

Por un momento tuvo aquella visión delante de los ojos. Luego lo vio todo rojo.

Cuando volvió a ver normal, Totò 'Mpallomeni estaba tumbado en el suelo y se lamentaba manteniéndose las dos manos sobre el bajo vientre. La patada recibida había sido imprevista y violenta. El simultáneo bastonazo que le había dado en medio de la cabeza había sido tan fuerte que lo había aturdido totalmente. No tuvo la fuerza de reaccionar ni siquiera cuando don Alterio se agachó, le sacó el puñal del cinturón y corrió hacia la escalera.

La puerta de la celda de Cilistina estaba totalmente abierta y dentro no había nadie.

El colchón estaba enrollado sobre las tablas de madera, faltaban las sábanas, en el perchero no había ni una prenda. Parecía deshabitada desde siempre.

Se quedó atónito mirando el cuartucho vacío.

Cien pensamientos confusos le atravesaron la cabeza, y cada uno era peor que el otro.

Su última esperanza era que la hubieran cambiado de celda, pero inmediatamente después se persuadió de que no tenían ninguna razón para hacer aquel cambio. Seguro que el marqués había sabido que Cilistina estaba embarazada y la había hecho desaparecer. Como a las otras dos.

Pero quizá no la había hecho matar, no podía creer que el marqués fuera capaz de llegar a tanto, esta historia de los asesinatos solo podía ser una fantasía de las muchachas.

Comenzó a bajar la escalera lentamente, reflexionando y tratando de calmarse.

Debía sopesar las palabras, controlar los gestos, mantenerse siempre lúcido. La rabia era su enemiga, le habría hecho decir y hacer cosas equivocadas, todas en perjuicio de Cilistina.

Cuando entró en el despacho del marqués lo encontró solo, Totò 'Mpallomeni no estaba, pero era probable que estuviera escondido en alguna parte, dispuesto a correr a la llamada del marqués.

«Prudencia, Alterio —se recomendó—. Considera que la suerte de Cilistina está en tus manos».

Tiró con desprecio el puñal sobre la mesita.

—Devolvedlo al propietario.

Y se sentó delante de don Simone sin pronunciar palabra.

Don Simone habló sin levantar la vista del puñal.

—Quería evitaros esta sorpresa desagradable —dijo—. Pero su excelencia no ha querido oír a 'Mpallomeni... Mal hecho, ¿sabéis? Aquel desgraciado por orden mía trataba...

—¿Dónde está Cilistina? —zanjó, esforzándose por mantener la voz lo más calma posible.

El marqués bajó los brazos y no abrió la boca.

—¿Dónde está? —repitió.

—¿Me creéis si os digo que no lo sé?

—No.

—Sin embargo, es así.

—¿Por qué no se encuentra en su celda?

—Se escapó.

—¿Cómo ha sucedido?

—Por la tarde, una criada que se llama Filippa cierra las celdas. Esta mañana, las otras criadas se dieron cuenta de que la celda de Cilistina tenía la puerta abierta y estaba vacía. Fueron a buscar a Filippa y tampoco ella estaba. Se ha escapado con Cilistina.

—¿Y cómo Cilistina pudo convencerla? Desde luego no con dinero, dado que no lo tenía.

—Parece que Filippa estaba enamorada.

Era una historia que no se sostenía. Don Alterio fingió creérsela.

—¿La habéis hecho buscar?

—Claro. Pippo Nasca y Totò 'Mpallomeni no han hecho otra cosa desde el amanecer. Nadie las ha visto.

—¿Sabéis si tenía parientes lejanos?

—Sí, una prima a los pies del monte Pellegrino.

—Se podría...

—Ya lo he hecho, mandé a Pippo Nasca. No saben nada. Satisfacedme una curiosidad. ¿Vos le habíais dicho a Cilistina quién erais?

—No.

—Por tanto, no debemos tomar en consideración que podáis encontrárosela delante del portón de casa.

Hizo una pausa y continuó.

—Entiendo que estabais muy apegado a Cilistina, pero... tenéis que serenaros, señor duque. Tengo la impresión de que ya no encontraremos a esta muchacha.

Fue por la rápida mirada de reojo que el marqués le hizo después de haber dicho estas palabras que don Alterio tuvo la certeza absoluta de que Cilistina había sido asesinada. Tuvo la fuerza necesaria para mantenerse impasible. Si hubiera reaccionado mal acusando al marqués de ser un asesino, aquel habría sido muy capaz de hacerlo matar también a él.

—De todos modos —continuó don Simone—, no debéis pensar que mi deuda con vos acaba aquí. Aún falta para saldarla. Si queréis subir y coger a otra...

De pronto, don Alterio pensó que tal vez alguna muchacha habría oído algo que podía serle útil para saber qué había sucedido verdaderamente con Cilistina.

—Casi, casi... —dijo.

—¡Bien! ¡Así se hace! Venid conmigo que os hago elegir.

—Ya la he elegido. Quiero a la rusa de la segunda planta.

La rusa era la que estaba en la celda más cercana a la de Cilistina. Don Simone puso cara de disgusto.

—Justo esta tarde está comprometida con una persona que conocéis bien. Un compañero del consejo.

Solo podía ser don Cono Giallombardo. Por lo demás, había sido él quien le había hablado de la obra pía y le había explicado cómo funcionaba.

—Olvidémoslo —espetó don Alterio.

—Siento haberos hecho hacer un viaje en vano, señor duque. Oíd, el domingo por la tarde estoy preparando una buena comilona para festejar la concesión del subsidio. Vendrán don Cono Giallombardo, el conde Ciaravolo, el marqués Pullara, el marqués Bendicò, el barón Torregrossa y el canónigo Bonsignore. Si queréis hacerme este grandísimo honor, seremos número par. Y ocho de las más hermosas huérfanas de la obra pía. Luego, quien quiera continuar la velada solo con la muchacha es muy dueño.

Don Alterio fingió pensárselo un poco.

—Está bien, vendré.

—¿Vuestra carroza está fuera?

—No. Volverá dentro de dos horas.

—Entonces os hago acompañar con la mía.

—Gracias. Quisiera que me hicierais un favor. Deberíais decirle a 'Mpallomeni y a Nasca que continúen buscando, cuando sea posible, a Cilistina. Si la encuentran, o me dan noticias, estoy dispuesto a pagarles generosamente.

—Se lo diré. Pero no creo que...

Tampoco él creía que Nasca y 'Mpallomeni hubieran podido darle novedades sobre Cilistina. Como máximo le podían decir dónde la habían enterrado. Él lo había comentado solo para convencer al marqués de que se había tragado la historia de la fuga.

El príncipe de Ficarazzi no tuvo tiempo de invitar a don Esteban de la Tierna porque fue don Esteban quien lo invitó a él. Pero no a comer, sino a palacio para una conversación inmediata. Tan inmediata que el oficial y los dos soldados que le habían llevado el billete de convocatoria esperaron a que estuviera listo, lo cargaron en la carroza con la cual habían llegado y lo llevaron a un sótano del palacio donde el gran visitador había dispuesto su despacho. El visitador estaba sentado detrás de una mesa cubierta de papeles y tanto a izquierda como a derecha tenía a un hombre. Eran dos ayudantes que había traído consigo de España. Apenas lo vio, don Esteban se levantó, fue a su encuentro sonriente, lo hizo acomodarse en un sillón delante de la mesa.

El príncipe, al verlo tan afable, se tranquilizó.

Don Esteban, después de disculparse por haberlo molestado, dijo, señalando los papeles, que habían examinado las medidas tomadas por el príncipe en calidad de gran capitán de justicia y las habían encontrado más que justas, sacrosantas.

El príncipe, en su interior, respiró aliviado. Estaba seguro de no haber dejado rastro de sus fechorías, pero nunca se sabía.

Don Esteban continuó diciendo que había solo una cosa que no estaba clara. Pero se trataba de una tontería que, de seguro, el señor príncipe podría explicarle.

—Estoy a su disposición.

¿Recordaba el señor príncipe los hechos de Roccalumera, ocurridos cuatro meses después de que hubiera llegado el difunto virrey don Ángel?

El príncipe respondió que no se acordaba de eso con precisión. Recordaba vagamente que se había tratado de una revuelta de la población contra el...

Y, entonces, lo interrumpió don Esteban, si el señor príncipe le permitía, le recordaría el asunto puesto que tenía delante el informe que él, el gran capitán, había hecho al difunto virrey. ¿Estaba de acuerdo?

El príncipe dijo que estaba totalmente de acuerdo.

Por tanto, según el informe, la población de Roccalumera, con un gran mercader de paños a la cabeza, un tal Angelo Butera, se había levantado contra el conde don Vincenzo Aricò di Santa Novella, señor de aquel pueblo, porque su hijo, Jacopo, de veintiún años, había apaleado mortalmente, sin razón, solo por el placer de hacerlo, a un viejo aldeano. Pero el señor príncipe, llegado al lugar, dominada con mano dura la revuelta, había declarado que las cosas habían sido de otra manera. Es decir, que el aldeano había muerto porque había caído al fondo de un barranco y que Angelo Butera se lo había inventado todo, azuzando a la población contra don Vincenzo y su hijo por una costosa partida de paños orientales que Jacopo, después de haberla ordenado, se había negado a pagar por no encontrarla de su agrado, en cuanto no era de primera calidad como habían acordado. En consecuencia, había hecho arrestar al mercader, que aún se encontraba en la cárcel. ¿Había sido así?

Claro que había sido así. Ahora lo recordaba perfectamente.

Por tanto, ¿el señor príncipe lo confirmaba?

Lo confirmaba.

He aquí, entonces, que don Esteban debía darle una noticia. ¿Sabía que Jacopo, el hijo veinteañero de don Vincenzo Aricò, había sido asesinado en Catania, cuatro meses después de aquel hecho?

El príncipe lo había sabido.

¿Y sabía que don Vincenzo había muerto de dolor, ante la pérdida de su único hijo, tres meses después?

También eso lo había sabido el señor príncipe.

Pero quizá no sabía que don Vincenzo Aricò, en su lecho de muerte, había escrito una carta a don Ángel, carta que este no había ni siquiera leído, puesto que se

encontraba muy enfermo. Pero la había leído doña Eleonora.

¿Y quería saber el señor príncipe, siempre que la cosa no lo fastidiara, qué decía la carta?

El señor príncipe quería saberlo, pero por pura y simple curiosidad, dado que había dimitido y, según la ley, no podía ser procesado por ningún error cometido mientras ocupaba el cargo.

—La carta es esta —espetó don Esteban cogiéndola de encima de la mesa y mostrándosela—. Don Vincenzo confiesa que la revuelta había estallado porque su hijo Jacopo había raptado y hecho matar, después de haber abusado prolongadamente de ella, a la hija del mercader Angelo Butera. Y que vos, señor príncipe, habíais acordado con él una historia distinta, recibiendo a cambio tres grandes bolsas de monedas de oro. Don Vincenzo, junto con la carta, ha adjuntado el testimonio del mayordomo, Nino Scileci, que había ido a buscar las bolsas con las monedas y estaba en la habitación cuando os fueron entregadas. Tengo la obligación de haceros saber, señor príncipe, que este mayordomo ayer por la tarde confirmó de viva voz, en nuestra presencia, lo que había escrito. Y nos ha entregado una bolsa vacía igual a aquellas en vuestro poder. En conclusión, no os puedo mandar a chirona como merecéis, pero os puedo pedir la restitución del triple del valor de las tres bolsas de monedas de oro.

—¿Por qué el triple? —consiguió preguntar con un hilo de voz el príncipe, más muerto que vivo.

Don Esteban hizo una sonrisita.

—Es verdad. Vos aún no lo sabéis. Es una nueva ley promulgada precisamente esta mañana por doña Eleonora que modifica la anterior. Prevé también el arresto de quien intente sustraerse al pago. Podéis volver a casa. Tenéis una semana para pagar. Mañana por la mañana os haré saber el importe exacto. Debemos hacer algunos cálculos. Y os lo repito: no intentéis fugaros, seríais cogido y arrestado. Podéis marcharos.

No se levantó, ni siquiera lo miró.

El príncipe salió del palacio caminando como un borracho y apoyándose con la mano en las paredes para no caer. Ni siquiera vendiendo el castillo de Ficarazzi, el feudo de Petraglia y el palacio que tenía en Palermo habría podido reunir todo el dinero necesario. Había entrado rico en palacio una hora antes y ahora salía de él peor que un apestado.

10

Un domingo memorable

Fue solo hacia las primeras luces de la mañana, cuando se sosegó ante la idea de que Cilistina estaba perdida para siempre, cuando don Alterio tuvo el lúcido pensamiento de aquello que debía y quería hacer. Y todo lo que debía y quería hacer se podía resumir en una sola palabra: venganza. Pero no conseguía entender, aunque no tenía la más mínima importancia, si quería venganza por el asesinato de Cilistina o porque su orgullo había sido herido por don Simone.

E inmediatamente después, como liberado de un peso, se precipitó en un abismo de sueño.

Se despertó porque doña Matilde lo sacudió diciéndole que era la hora de comer. Abrió los ojos con esfuerzo.

—No tengo apetito.

—¿No te sientes bien?

¡Qué lata!

—Me encuentro bien.

—Y, entonces, ¿por qué quieres quedarte acostado?

Blasfemó mentalmente porque, si lo oía su mujer, lo habría obligado a arrodillarse de inmediato y pedir perdón al Señor.

—Vaya, ahora me levanto. ¿Vino el sastre con el traje nuevo?

—Sí, esta mañana.

—Hazme preparar agua caliente.

Cuando Pippino le dijo que el agua estaba lista, fue al retrete y permaneció una hora lavándose centímetro a centímetro. Cuando terminó, sintió la necesidad de darse otra lavadita.

Se puso el traje nuevo y luego salió. Dijo al cochero que cogiera la carroza más elegante, aquella con la insignia del ducado en oro, y lo llevara a palacio. Cuando subió, bajó las cortinas para pensar palabra por palabra lo que debía decir a doña Eleonora.

De pronto, la carroza se detuvo. Quizá había algún obstáculo, pensó.

Pero un instante después la puerta se abrió, un hombre entró a la carrera, se sentó a su lado, cerró la puerta.

Era don Severino Lomascio, pálido y espantado.

—Estaba pasando con mi carroza, reconocí la vuestra y la hice parar —dijo.

Don Alterio se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Qué os sucede?

—Estoy escapando de Palermo.

—¿Por qué?

—Me buscan.

—¿Quiénes?

—Los guardias del gran visitador. Me buscan porque esta mañana no me he presentado a su llamada.

—¿Y por qué no os habéis presentado?

Don Severino lo miró, desconcertado.

—¿Qué pregunta me hacéis! ¿No sabéis nada?

—No, ¿qué tengo que saber?

—¿No sabéis que ayer, en dos horas, don Esteban volvió pobre y loco al príncipe de Ficarazzi?

Esta vez fue don Alterio el desconcertado.

—¿De veras?!

Don Severino le contó la historia.

—Pero escapando no resolveréis nada. Ese os expropia estéis o no estéis.

—Entretanto, esta misma mañana he vendido dos feudos y mi casa de aquí a don Onofrio Sucata, y me he hecho dar dinero en metálico. He perdido bastante, pero siempre es mejor que nada. Voy a esconderme en un sitio apartado, cerca de Girgenti, donde no me encontrarán ni con perros. ¿Y vos qué haréis?

—Cuando me llame, lo veré.

—Buena suerte —le auguró don Severino Lomascio bajando de la carroza.

—Gracias. La necesitaré —se dijo a sí mismo don Alterio, mientras la carroza volvía a partir.

Faltaba poco para las diez, estaban en el salón de los apartamentos privados, doña Eleonora sentada en un sillón y don Alterio de pie delante de ella.

La marquesa lo había invitado a retirarse, pero él se había negado, permaneciendo tieso delante de ella, como un militar. Aunque sus piernas temblaban un poco.

—Si lo he entendido bien —espetó doña Eleonora, que durante el cuarto de hora que aquel había hablado había mantenido la misma expresión de casi indiferencia—, cuando vinisteis a convencerme de que diera el subsidio a la obra pía, ya sabíais a qué horrible fin debían servir las huérfanas ahí acogidas.

—Sí, lo sabía.

—Y cuando me acompañasteis a la obra pía y os disteis cuenta del engaño de don Simone, ¿no abristeis la boca?

—Así es.

—¿Y habéis hecho todo esto porque habéis caído en una malsana pasión por una de las huérfanas acogidas?

—Por desgracia, sí.

—¿Y sospecháis que el marqués ha ordenado matar a dos huérfanas, y a la chica

de la que estabais enamorado, porque estaban embarazadas?

—Tengo razones para considerar que ha sido así.

—¿Y que el domingo por la noche hará una fiesta particular en la obra pía invitando a ocho personalidades, que son parroquianos habituales?

—Sí.

—¿Sabéis qué irremediables consecuencias pueden tener vuestras palabras para vos mismo?

—Lo sé perfectamente.

—¿Tenéis remordimientos por lo que habéis cometido?

—No.

Doña Eleonora permaneció largo rato en silencio. Luego dijo:

—Os hago una pregunta a la que será duro responder, ya lo sé. Sin embargo, necesito una respuesta sincera.

—Decidme.

—La primera vez que el consejo votó el subsidio para el marqués, ¿ya todos vosotros sabíais que mi esposo, el virrey, estaba muerto?

Don Alterio tenía la garganta seca, ahora la sintió como si estuviera en el desierto. Quería decir que sí, pero la voz no le salió.

Bajó la cabeza en señal afirmativa.

—La última pregunta; de vuestra respuesta depende mi decisión. ¿Por qué estáis haciendo esto?

Don Alterio se pasó la lengua por los labios secos. Podría inventarse ciento y una razones, las más diversas, pero con aquella mujer era mejor ser sincero.

—Por venganza —dijo.

Entonces, doña Eleonora se levantó lentamente.

Ahora estaba algo pálida, pero su voz era la de siempre, calmada y armoniosa. Miró a los ojos a don Alterio.

¿Puede existir una llama negra, hecha de relámpagos oscuros y violentos? Por un momento, don Alterio vio fulgurar una llama así de misteriosa y ardiente en las pupilas de la marquesa. Y se espantó como nunca se había espantado en su vida.

—Entiendo lo que sentís —dijo doña Eleonora—. Porque yo también actúo movida por la venganza. Vosotros, los del consejo, os habéis burlado de un muerto, os habéis aprovechado indignamente del cadáver de mi esposo. Jamás lo perdonaré. Mi venganza contra vos sería negar vuestra venganza.

Ante estas últimas palabras, don Alterio se sintió morir. Por tanto, todo había sido inútil. ¿Se había arruinado para nada?

—Pero no lo haré —continuó la marquesa—. Tendréis vuestra venganza. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que el domingo por la noche participéis en esa fiesta.

—Yo, perdonadme, no quiero volver a poner el pie allí.

—Sí.

—¿Por qué?

—No creo que los presuntos caballeros que participarán en la fiesta con las ocho huérfanas puedan ser acusados de nada. El único arrestado será el marqués. Pero yo, con toda mi fuerza, quiero exponeros a los ocho a la ignominia general, de manera que vuestros ilustres nombres queden enfangados para siempre.

—Como queráis —dijo don Alterio.

Por la tarde corrió el rumor de que don Severino Lomascio había sido arrestado mientras estaba huyendo y, por eso, había sido encarcelado. Se supo también que don Arcangelo Laferla, exgran almirante, después de haber sido sometido a un duro interrogatorio durante tres horas por don Esteban, el gran visitador, había quedado reducido a pedir limosna. Todas sus propiedades, y eran muchas, fueron expropiadas.

Con ocasión de la primera reunión de todos los cónsules de las maestranzas, don Valerio Montano anunció la nueva ley que quería aprobar doña Eleonora.

La ley, llamada de los «tres tercios», establecía que quien encargaba un trabajo cualquiera a los miembros de las maestranzas debía pagar un tercio de los gastos estimados al comienzo de la obra, un tercio a la mitad y el último tercio al final. Así ya no era posible que los nobles, los ricos y los pudientes pagaran la obra hecha cuando querían o la pagaran a medias o incluso no la pagaran, como ocurría a menudo.

Los cónsules, entusiasmados, habían organizado una gran manifestación de agradecimiento, el domingo por la mañana, a las diez, delante del palacio.

Y dado que entre las maestranzas había muchos padres honestos, se corrió la voz y todos los padres honestos de Palermo decidieron participar en el agradecimiento.

Siempre en el mismo día, doña Eleonora recibió en el salón del consejo a las seis personas que habían aceptado ser los nuevos consejeros. Los habían elegido uno a uno don Serafino y don Valerio, y se trataba de hombres sobre cuya honestidad y rectitud no había nada que decir.

Eran monseñor don Benedetto Arosio, obispo de Patti; don Filippo Arcadipane, príncipe de Militello, gran capitán de justicia; don Sebastiano Consolo, duque de Scianò, gran tesorero; don Gaetano Currò, marqués de la Fiumara, juez de la monarquía; don Michele Galizio, conde de Sciacca, gran almirante, y don Artidoro Giummarra, barón de San Michele, gran maestro racional. El protonotario y el secretario, confirmados, asistieron al acto de obediencia de los seis consejeros.

Se estableció que el consejo se reuniría dos veces por semana, los martes y viernes.

A las cuatro de la tarde, las setenta y dos maestranzas de la ciudad y ciento ochenta padres honestos, con sus mujeres e hijos, se encontraron reunidos en la explanada anterior al palacio.

Nunca se había visto tanta gente y, cosa extraña, nunca había ocurrido, tan contenta.

Había algunas pancartas sostenidas por dos varas. La más grande decía:

¡RENACE PALERMO! ¡HA LLEGADO LA HORA!
¡DAMOS GRACIAS A NUESTRA SEÑORA!

Había quien decía en voz alta «¡Viva doña Eleonora!», y quien gritaba «¡Estamos todos contigo!», pero poco a poco las diversas voces se convirtieron en un coro: «¡Asómate! ¡Asómate!».

Doña Eleonora, que estaba mirando a escondidas por una ventana entornada, no tenía ningunas ganas de hacerse ver. Fue el maestro de ceremonias quien la convenció:

—Si no lo hacéis, no se irán nunca.

Doña Eleonora abrió la ventana y se asomó.

En cuanto la gente la vio, enmudeció, fulminada por su belleza.

De golpe, se hizo un silencio absoluto. En efecto, alguno que no veía bien, preguntó, espantado:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Y un instante después estalló un estruendo. Que hizo temblar la tierra.

Tembló también el obispo Turro Mendoza cuando le contaron lo que había sucedido delante del palacio. Ahora la marquesa tenía a Palermo en su mano. Y, de seguro, era cuestión de días, sería llamado por el gran visitador, que le quitaría la púrpura.

Entonces tomó una decisión improvisada. Y también peligrosa. Pero, total, perdido por perdido...

Y fue así que en la misa de mediodía los fieles que abarrotaban la catedral, con una cierta sorpresa porque no era ninguna festividad, lo vieron subir al púlpito.

El obispo empezó diciendo que quería abrir los ojos a la buena gente que estaba cayendo en una peligrosa trampa preparada por el maligno. Dijo que el maligno se representa con la cola y los cuernos, pero que a menudo y de buena gana cambiaba de aspecto y podía aparecer bajo el semblante de un gentilhomme cualquiera, de una mujer de grandísima belleza, de figura angelical.

Y no solo este diablo convertido en mujer poseía el poder de la belleza, sino que además aparecía como una persona de buenos sentimientos, generosa y dispuesta a hacer el bien.

—Una mujer así es como si os ofreciera un cesto de frutos frescos y sabrosos. Vosotros, pobrecillos, ¿cómo podéis saber que es un engaño? Agradecéis, alargáis la mano, cogéis uno. ¡Qué bueno! Queréis otro. Alargáis de nuevo la mano y no os dais cuenta de que esta vez una serpiente venenosa escondida en el cesto os muerde un dedo. No hacéis caso, pero el veneno ya ha entrado en vosotros y no hay remedio.

Ahora vosotros, mis fieles, podéis preguntarme: ¿cómo es que hablas así de alguien que hace el bien?

»Y entonces os pregunto: ¿cómo es que esta persona, desde que ha llegado aquí, y han pasado más de dos años, nunca, digo nunca, ha sentido la necesidad de un confesor? ¿Os parece justo? Os lo pregunto a vosotros que os confesáis y comulgáis habitualmente.

»Y, aún, ¿cómo es que el pobre virrey tenía buena salud, pero desde el día que llegó ella comenzó a sentirse mal?

»Y, por último, ¿por qué tiene a su marido muerto en una habitación del palacio y no quiere que se le dé cristiana sepultura? ¿No sabéis cuánto sufre el alma de un muerto...?

Se interrumpió durante un instante porque una idea le había atravesado la mente como un rayo, luego prosiguió y concluyó:

—¿... cuánto sufre el alma de un muerto abandonado sin una plegaria, sin una misa? Sobre estas cosas os quería hacer reflexionar. Y vosotros, como buenos creyentes, haced reflexionar también a vuestros amigos que no se encuentren aquí.

Acabado el sermón, fue a la sacristía y dijo a su sacristán que fuera a llamar con urgencia a don Ascioffa, el cura de la capilla del palacio.

Que acudiera sin perder un minuto. Lo esperaba en el obispado.

Llegado a su despacho, hizo venir a don Scipione Mezzatesta, un cura joven del que se había servido para ciertos asuntos de los que era mejor no hablar. Si se hubieran sabido, los dos habrían acabado en el Santo Oficio.

Le explicó lo que quería de él. Y don Scipione le respondió que estaba disponible, como de costumbre.

Con don Ascioffa el obispo fue rápido y expeditivo.

—¿Ha visto hoy en la capilla a doña Eleonora?

—No, excelencia, nunca ha puesto el pie.

—¿Habéis intentado convencerla, no digo de comulgar, sino a acudir los domingos a oír la santa misa?

—Nunca, excelencia.

—¿Por qué?

—Porque con esa mujer no hay manera.

—Y tampoco con vos hay manera, don Ascioffa. Desde este momento sois trasladado aquí. En vuestro lugar, en la capilla, irá don Scipione Mezzatesta.

Al atardecer, a escondidas, unos cuarenta soldados a la orden del capitán Miguel Ortiz llegaron a las inmediaciones de la obra pía y se apostaron.

El capitán encontró un sitio desde el que se podía tener vigilado el portón y se puso a contar las carrozas que llegaban y volvían a partir vacías. Cuando llegó a siete, supo que todos los invitados estaban presentes, dado que el marqués se hallaba dentro

desde hacía tiempo.

Ahora no había más que esperar.

Cuando había pasado más de una hora y ya era noche cerrada, llegaron dos carrozas que se detuvieron a poca distancia. De la primera bajó el gran capitán de justicia en persona, don Filippo Arcadipane. En la segunda estaban la comadrona Sidora Bonifacio con dos ayudantes, Maria y Cuncetta. Maria sostenía un canasto en el cual había treinta huevos duros y cinco velas.

En tanto, dentro, en el refectorio, la grande y animada comilona se desarrollaba en el jolgorio y el esparcimiento general. Porque también don Alterio fingía participar, aunque tenía la muerte en el corazón.

Cada invitado tenía al lado a una muchacha que se preocupaba de ir a buscarle los platos a la cocina y de tenerle el vaso siempre lleno de vino.

Don Simone había tenido una buena idea. Había hecho vestir a las ocho muchachas de monjas, sin que debajo tuvieran nada. En cada hábito se habían hecho cuatro agujeros: de dos salían las tetas, por el tercero de delante se alcanzaba con facilidad el vello púbico y el valle subyacente, y por el cuarto, que se encontraba detrás y era el más grande, se podía acariciar con toda comodidad la luna llena.

—¿Cómo queréis actuar? —preguntó don Filippo al capitán.

Aquel respondió que ante todo tenían que rodear el palacete para evitar fugas y luego llamar.

—¿Y si no abren?

Entonces desfondarían el portón.

—¡Pero así ya no es una sorpresa! ¡Tienen tiempo para recomponerse! —espetó don Filippo—. ¿No es mejor mandar a un soldado experto y ver si hay un modo de entrar en la casa sin desfondar el portón?

El capitán aceptó y mandó a un sargento que era un lobo de guerra.

Volvió después de media hora trayendo una buena noticia. Es decir, que el portón estaba medio abierto y que delante estaban de guardia dos hombres.

Y dijo al capitán que, si le daba tres soldados escogidos por él, le garantizaba que los dos hombres de guardia serían cogidos y puestos en condiciones de no dar la alarma.

Y así fue que Pippo Nasca y Totò 'Mpallomeni se encontraron en un visto y no visto fuera de combate tras dos fuertes golpes en la cabeza que les parecieron caídos del cielo.

Diez minutos después, don Filippo Arcadipane, el capitán y diez soldados armados entraban por el portón principal del palacio.

—Todos quietos —espetó don Filippo poniendo los pies en el refectorio.

Palabras inútiles, porque todos estaban paralizados. Don Simone mientras tenía entre los dientes un cuarto de pollo, el barón Torregrossa mientras estaba agachado besando las tetas de la muchacha que tenía sentada al lado, el canónigo Bonsignore dirigiendo su atención a la luna llena de una muchacha obligada a comer de pie...

El primero en reaccionar fue don Cono Giallombardo.

—Esta es una fiesta privada. ¡No tenéis ningún derecho de arrestarme!

En ese momento, se despertaron todos.

—¡Vos no sabéis quién soy yo! —chilló el conde Ciaravolo.

—¡No estamos haciendo nada contra la ley! —vociferó el marqués Pullara.

—¡Es un abuso! ¡No tenéis derecho! —avisó el marqués Bendicò.

—En efecto, hasta hace un momento no habría tenido ningún derecho —replicó con frialdad el gran capitán—. Solo habría podido arrestar al marqués Trecca, porque tiene una casa de tolerancia haciéndola pasar por una obra pía. Pero ahora estoy en condiciones de arrestaros a todos.

—¿Por qué? —espetó don Cono.

—¿Quién lo dice? —preguntó pendenciero el barón Torregrossa.

—Lo dice la ley. Habéis sido sorprendidos cometiendo un acto de voluntaria y manifiesta blasfemia empleando obscenamente y con fines licenciosos hábitos de religiosa. Además, cada falsa monja lleva en el cuello un crucifijo.

Era verdad. Todos enmudecieron.

—No tenéis elección: os dejáis arrestar por mí u os entrego al Santo Oficio —continuó don Filippo.

Los ocho no tuvieron ni la más mínima duda y no presentaron ninguna resistencia cuando los soldados les ataron las muñecas a la espalda.

Entretanto, el capitán acompañaba a las muchachas a sus celdas.

Diez soldados al mando de un sargento se quedaron en el palacete. También se quedó don Filippo.

Los arrestados, incluidos Totò 'Mpallomeni y Pippo Nasca, en medio de los militares, se encaminaron a pie hacia la cárcel.

Don Alterio, mientras caminaba, lloraba. No era un llanto de vergüenza o de desesperación, sino un llanto liberador, como de gran alivio.

Luego entraron en el palacete la comadrona, las dos ayudantes y el cesto con los treinta huevos. La comadrona comenzó las visitas.

Cuando bajó, una hora después, dijo que no había encontrado a ninguna huérfana aún virgen. Por eso no había necesitado los huevos.

El gran capitán le hizo firmar un folio y se marchó, así como la comadrona y las dos ayudantes. Los diez soldados se quedaron de guardia.

Tres horas después, Pippo Nasca y Totò 'Mpallomeni confesaron haber matado a tres huérfanas por orden de don Simone.

Y también dijeron dónde las habían sepultado.

11

Aparece el fantasma de don Ángel y hace mucho daño

La primera sesión del nuevo consejo se abrió puntualmente a las diez de la mañana del martes.

Primero habló el gran capitán de justicia, que contó lo que había sucedido en el palacete de la obra pía y por qué había debido arrestar a todos. Tras las confesiones de los dos sicarios, había mandado a los guardias a buscar los cuerpos de las tres muchachas. Los encontró a pocos metros de la obra pía. Los cadáveres habían sido puestos en ataúdes y enterrados en tierra consagrada.

Por la mañana, el tribunal había decretado la confiscación de los bienes y la condena a cinco años de todos los presentes, con la excepción de don Simone, que había sido condenado a muerte por triple homicidio, junto con Nasca y 'Mpallomeni.

Las veinticuatro vírgenes habían sido llevadas, después de una precisa orden de doña Eleonora, al convento de Santa Teresa.

Siempre en la tarde del día anterior habían sido arrestados, después de la amplia confesión de don Simone, los cómplices que le señalaban las huérfanas más hermosas para enviarlas al burdel. Se trataba de la madre Teresa, abadesa del convento de Santa Lucía, de sor Martina, responsable del orfanato anexo al convento del Sagrado Corazón, de don Aglianò, que tenía un hospicio para huérfanas, y de fray Agenore, vicesuperior de los franciscanos.

Acabó diciendo que el marqués había entregado una lista de los bienes indirectamente obtenidos con su infame comercio y que había resultado ser algo sorprendente.

Después de él, el gran maestro racional propuso que don Esteban, una vez acabado su trabajo con el exconsejero, se trasladara a Messina para someter a un duro interrogatorio al jefe del astillero.

Y que después de Messina fuera a Bivona para ver qué ocultaba don Aurelio Spanò, marqués de Puntamezza, que era casi seguro que se embolsaba la mitad del dinero de las tasas, como sostenían los bivonenses. Al final dijo que, a consecuencia de todas las incautaciones que se estaban haciendo del dinero y de las propiedades de los corruptos, los ingresos quizá permitirían aliviar un poco las tasas.

Doña Eleonora, que se había interesado mucho por este tema, pidió explicaciones al gran tesorero. Y aquel respondió que efectivamente el dinero estaba entrando en las arcas estatales con creces.

Luego, la marquesa ordenó que el arresto y la condena de don Simone y de sus amigos fueran puestos en conocimiento de la población a través de pregoneros que

recorrerían todas las calles de la ciudad.

Luego comunicó que todo lo que tenía en mente hacer lo explicaría en el próximo consejo del viernes.

Y levantó la sesión.

No quería que se le hiciera tarde porque había invitado a comer a la princesa de Trabia y a don Serafino. Quería hablar largamente con ellos de los proyectos que tenía en mente.

Por la tarde, cuando el portón del palacio se cerraba, era costumbre que, además de los guardias de afuera, que estaban a diez pasos el uno del otro en torno a los muros, dentro permanecieran doce soldados escogidos, que cambiaban cada semana, y que estaban bajo el mando del teniente Ramírez, que era fijo.

De estos doce soldados, tres prestaban servicio delante de los apartamentos privados de la virreina, uno delante de la puerta, el segundo a mitad del corredor y el tercero al principio de la escalera que llevaba a la planta baja.

Después de una hora, habitualmente, visto y considerado que dentro del palacio nunca ocurría nada, el que estaba al principio de la escalera se tumbaba en el suelo y se dormía.

También los otros dos se dormían, pero de pie como los caballos, con los hombros apoyados en el muro.

Aquella semana, los soldados destinados a la guardia de los apartamentos se llamaban Osorio, el de delante de la puerta, Vanasco, el que estaba a mitad del corredor, y Martínez, al principio de la escalera.

Fue mientras estaba profundamente dormido, ayudado por la semioscuridad que ofrecía la lejana y única tea que iluminaba el corredor, que Osorio despertó de golpe por algo que primero no comprendió.

¿Era una voz humana o una bestia?

Aguzó el oído y después de un momento se persuadió de que era la voz de un hombre que se lamentaba.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Ahhh!

¿Y qué hacía un hombre dentro de los apartamentos privados, donde resultaba que deberían haber solo mujeres, es decir, doña Eleonora y las cuatro criadas?

Visto que los lamentos continuaban, fue hacia Vanasco, que dormía, y lo despertó.

—Ven conmigo.

—¿Qué pasa?

—Escucha.

Vanasco se le acercó y también él oyó los lamentos.

Tal vez alguien había entrado en los apartamentos por otra puerta. Pero esta puerta daba directamente a la habitación donde estaba el catafalco de don Ángel.

A la carrera, fueron adonde estaba Martínez y lo despertaron.

—¿Has visto pasar a alguien?

—¿A alguien? —repitió Martínez aún medio dormido.

—Sí, a un hombre.

—No —dijo Martínez.

El cual, tan dormido como estaba, no habría visto pasar ni a un ejército entero.

Los tres fueron a escuchar si los lamentos continuaban.

Continuaban.

—Voy a llamar al señor teniente —espetó Osorio inquieto—. No os mováis de aquí.

El teniente Ramírez llegó a la carrera con una tea encendida en la mano. Y también él oyó los lamentos que se hacían cada vez más espantosos.

Ahora todos estaban impresionados.

—Ve a despertar al maestro de ceremonias, que venga con la llave de los apartamentos privados.

La otra llave estaba en poder de Estrella, la mayordoma.

El maestro de ceremonias llegó en camión y abrió. Entraron todos en la antecámara.

Y de inmediato quedó claro que los lamentos venían de la habitación donde estaba el cadáver de don Ángel.

A todos se les pusieron los pelos de punta, comenzaron a temblar, estaban espantadísimos.

—¿Quién tiene la llave de esa habitación? —preguntó Ramírez.

—La tiene doña Eleonora.

—¿No hay ninguna otra puerta?

—Sí, hay otra que da al rellano. Pero siempre está cerrada —respondió el maestro de ceremonias.

—¿Y quién tiene la llave?

—No sabría...

Entonces, el teniente se acercó a la puerta cerrada y preguntó:

—¿Quién sois?

No hubo respuesta. Pero los lamentos se hicieron terribles.

El teniente, con voz temblorosa, volvió a preguntar:

—¿Necesitáis ayuda?

—¡Síiiiiii! —respondió una voz cavernosa que parecía venir de lo más profundo de la tierra.

La antorcha cayó de la mano del teniente aterrorizado y se apagó; todos se precipitaron en la oscuridad.

Y todos, empujándose, huyeron hacia el corredor. Y aquí se quedaron, sin aliento, apretados el uno contra el otro.

Y en aquel preciso momento los lamentos terminaron.

Todos pararon la oreja, pero ya no oyeron nada.

A la mañana siguiente, el maestro de ceremonias y el teniente Ramírez pidieron respetuosamente a doña Eleonora si podían tener la llave de la habitación donde estaba el cadáver.

—Esta noche hemos oído a un hombre que se lamentaba ahí dentro —dijo el maestro de ceremonias.

—Y que pedía ayuda —precisó el teniente.

—¿Estáis seguros?

—Segurísimos.

—Voy con vosotros.

Dentro todo estaba en perfecto orden. Los candelabros tenían siempre las grandes velas encendidas. El teniente Ramírez fue a comprobar la otra puerta.

Parecía que no se había abierto desde hacía años.

El maestro de ceremonias y el teniente se quedaron abatidos. Pero peor se quedaron por la mirada que les dirigió doña Eleonora.

Aquella misma mañana, el soldado Osorio, que se entendía con la criada de palacio encargada de hacer las compras, le confesó el gran miedo que había pasado. Y aquella, que era muy chismosa, se lo contó a todo el mercado.

La noche siguiente no ocurrió nada. El jaleo se produjo, en cambio, en la noche del jueves al viernes.

Media hora después de la medianoche, los dos soldados de guardia en la primera planta, que se llamaban Rojo y Sánchez y que dormían de pie apoyados el uno en el otro, se despertaron por un repentino escalofrío.

Dado que era una noche despacible de agua y de viento, se vio que una ráfaga había abierto alguna ventana. Y un momento después, quizá debido a otra ráfaga, la única antorcha pegada al muro se apagó.

Se sintieron de inmediato inquietos, porque sabían lo que había ocurrido tres noches antes.

Pero no llegaron a tiempo de volver a encender la antorcha porque un lamento de alma en pena los paralizó.

Y luego, a la luz de un relámpago, vieron algo espantoso.

Un fantasma, con los brazos levantados, estaba yendo hacia ellos, amenazante, emitiendo aquel lamento que no se podía escuchar sin un espanto de muerte.

—¡Una aparición! —gritó Rojo.

—¡Un fantasma! —vociferó Sánchez.

Y los dos escaparon dando voces a la desesperada, voces tan altas que despertaron a medio palacio.

El único camino que tenían abierto era el de la escalera. Se dirigieron hacia allí y pasaron a la carrera por delante de Martínez, atontado por el sueño.

—¡Una aparición!

—¡Un fantasma!

Martínez se puso a correr detrás de ellos dando también voces.

Luego, los tres soldados se encontraron delante de Vanasco, el más valiente de todos, que los dejó pasar, pero se quedó quieto en su puesto con el sable desenvainado esperando la llegada del fantasma.

Osorio acudió también y se puso a su lado.

Y el fantasma blanco apareció encima del corredor. Pero no estaba solo.

Aguantar a dos fantasmas era demasiado. También Vanasco y Osorio dieron la espalda y se pusieron a correr, con los tres que los precedían, hacia el fondo del corredor.

—¡Dos apariciones!

—¡Dos fantasmas!

Y así no pudieron darse cuenta de que había ocurrido algo extraño. Es decir, que el primer fantasma, al oír un gran lamento a sus espaldas, se había vuelto y, al ver el segundo fantasma, había caído al suelo, desvanecido.

Porque el primer fantasma no era propiamente un fantasma. Sino el maestro de ceremonias, que se había despertado por los gritos y se había levantado con el camisón blanco y la cofia blanca con la borla que se ponía de noche.

Superado el fantasma en el suelo, el segundo fantasma continuó avanzando emitiendo siempre sus lamentos de alma en pena.

Los soldados, ahora completamente trastornados por el espanto, ya no tenían a donde escapar, dado que solo quedaba una ventana.

Y fue en aquel preciso momento cuando Sánchez recordó que justo debajo de aquella ventana había una terraza. Pequeña y estrecha, pero existía.

Sin pensárselo dos veces, abrió la ventana y se tiró abajo. Los otros cuatro siguieron detrás, siempre dando voces:

—¡Dos apariciones!

—¡Dos fantasmas!

El griterío, en tanto, había despertado a doña Eleonora. Esta se levantó, salió de los apartamentos y fue al corredor, donde encontró al teniente sosteniendo por los hombros al maestro de ceremonias, que temblaba, tenía los ojos fuera de las órbitas y decía:

—¡Un fa... fantasma! ¡Un fa... fantasma!

Media hora después se supo que Sánchez, al saltar por la ventana, había tomado demasiado impulso y en vez de caer en la terraza había ido a parar veinte metros más abajo, a los pies del muro del palacio, muriendo en el acto.

Doña Eleonora decidió que no era oportuno celebrar el consejo al día siguiente. Lo que tenía que comunicar a los consejeros lo haría en el consejo del martes.

Y dado que hablar con el maestro de ceremonias no era posible, mandó llamar al vicemaestro y le dijo que, en cuanto amaneciera, advirtiese a los consejeros que el

consejo había sido aplazado.

Pero se le había pasado el sueño. Entonces fue al despacho para leer las cartas que le habían llegado. Porque ahora le estaban escribiendo desde toda Sicilia.

La historia del fantasma no le había hecho ni frío ni calor. Pero tenía la intención de hablar de ello por la mañana con el teniente Ramírez. Estaba persuadida de que se había tratado de una broma pesada entre soldados que, por desgracia, había acabado mal.

Pero con la primera luz del día, que entraba por la ventana, Estrella acudió para decirle que en la antecámara había un cura que quería hablarle con urgencia. Se levantó y fue a recibirle.

El cura, al que nunca había visto, era bastante joven, tenía los ojos desorbitados y estaba vestido con la estola, sosteniendo en una mano el cubo con el agua bendita y el aspersorio. No la saludó, se limitó a mirarla fijamente.

—¿Quién sois?

—Soy don Scipione Mezzatesta, el nuevo cura de la capilla del palacio. Don Ascioffa ha sido enviado a otra parte.

—¿Qué queréis?

—La llave de la habitación donde están los despojos de vuestro marido.

—¿Por qué?

—Creo que es mi obligación proceder a la inmediata bendición del difunto. El fantasma de esta noche claramente es él, que vaga lamentándose por no haber tenido aún cristiana sepultura.

Llamas negras aparecieron en los ojos de doña Eleonora.

—¡Fuera de aquí!

—Deberé comunicar a su excelencia el obispo que...

—¡Fuera de aquí!

El cura se dio la vuelta y salió.

Aquella misma mañana, el obispo mandó decir a todos los curas que advirtieran a los parroquianos que al día siguiente, sábado, a mediodía, los quería a todos en la catedral porque, después de la celebración de una misa por el alma sin paz de don Ángel, habría un sermón especial y que el domingo por la mañana habría una procesión solemne que, partiendo siempre de la catedral, llegaría a palacio.

A mediodía del sábado en la iglesia no cabía ni un alfiler. Una gran cantidad de gente, no habiendo podido acceder, se había quedado fuera.

Para subir al púlpito, el obispo debió abrirse paso entre las personas que estaban incluso encima de la escalerita.

Sabía que había iniciado con doña Eleonora una batalla que solo podría concluir

con la desaparición, de un modo u otro, de uno de los dos. Y había decidido hablar sin tapujos, tratando de usar palabras que tocaran el corazón.

Empezó afirmando que todo el oro de la tierra no lo habría persuadido de no decir las palabras que estaba a punto de decir. Además, aquellas palabras, si eran malinterpretadas, podían procurarle una acusación muy grave, la de haberse rebelado a quien representaba el poder de nuestro amado soberano, el rey de España.

Y, entonces, ¿por qué hablaba?

No para obedecer a una orden superior, sino solo para dar voz a su conciencia de pastor que debía hacer que todos los fieles siguieran los santos preceptos. Y entre estos santos preceptos había uno con el cual no podía transigir: enterrar a los muertos.

—Hermanos y hermanas míos, hijos e hijas míos, ¿alguna vez os ha pasado por la cabeza no dar sepultura a una persona querida? ¿A vuestro padre? ¿A vuestra madre? Nunca, estoy más que convencido. ¿Y, quien no quiere enterrar a los muertos, qué es? ¿Un hombre o una bestia? Una bestia, diréis vosotros. Pero, cuidado, hermanos y hermanas míos: puede haber personas que tienen aspecto humano y sentimientos de bestia. Y estas personas no pueden más que estar poseídas por el demonio o ser la encarnación del demonio mismo. Y aquí, en Palermo, lo digo con el corazón en lágrimas, hay una mujer que si no es el demonio, pertenece al demonio. ¿Entendéis de quién estoy hablando?

—Sí —espetó un millar de voces.

—Esta mujer —continuó el obispo— se niega a enterrar a su marido y lo tiene muerto en casa. ¿Por qué lo hace? Quizá, y tiemblo ante este pensamiento, ese muerto le sirve para ciertas prácticas diabólicas. Y la otra noche, como todos sabéis, la pobre alma del muerto se puso a dar vueltas por la habitación lamentándose y pidiendo ayuda. Porque su mujer no quiere darle la paz que le corresponde.

—¡Condenada sea esa mujer! —espetó una voz agudísima, casi histérica.

—¡Condenada! ¡Condenada! —repitieron a coro centenares de voces.

—¿Y queréis saber una cosa? —continuó el obispo—. ¡Ayer por la mañana se atrevió a echar al cura que quería bendecir al muerto para darle un poco de descanso!

Hubo un largo murmullo de escándalo y reprobación.

En este punto bastó con que una mujer se arrojara al suelo babeando por la boca para que otras decenas comenzaran a hacer lo mismo. Había quien, arrodillado, se golpeaba la mano sobre el pecho, quien se tiraba del pelo, quien se retorció, quien rodaba, quien ponía los ojos en blanco...

El obispo, con toda la fuerza de sus pulmones, dijo que la procesión solemne partiría a las nueve de la mañana siguiente y bajó del púlpito.

Estaba contento por el trabajo realizado.

Y dado que poco después el sermón del obispo se conoció en palacio, el teniente Ramírez, por las dudas, pidió y obtuvo que al día siguiente por la mañana los soldados de la guardia externa fueran triplicados.

Pero también el obispo tuvo una larga reunión con Mezzatesta y cuatro curas de

confianza en la cual fueron establecidos todos los detalles de la procesión y de la posprocesión.

A primera hora de la tarde, don Serafino se precipitó, preocupado, donde doña Eleonora para advertirle que en la ciudad había mucho fermento por el asunto del marido insepulto y del presunto fantasma. Y dado que no sabía nada de lo que había ocurrido, puesto que no iba a palacio desde el martes pasado, se lo hizo contar todo. A continuación permaneció en silencio y luego pidió a doña Eleonora la llave de la habitación del catafalco. La marquesa se la dio sin hacer preguntas.

El protomédico fue a hablar con el maestro de ceremonias.

—Querría preguntaros por el asunto de la otra noche.

—¿Cuándo vi el fantasma?

—El fantasma no me interesa.

—¿Y qué queréis saber, entonces?

—De dónde venían los lamentos.

—Sin duda, de la habitación donde está el ataúd del virrey.

—¿Es verdad que el teniente le preguntó al que se lamentaba si necesitaba ayuda?

—Ciertamente. Y aquel le dijo que sí. Yo mismo lo oí. Y la voz venía de allí.

—Me dijeron que en el otro lado hay una segunda puerta.

—Es verdad.

—¿Y quién tiene la llave?

—No lo sé.

Le dio las gracias al maestro de ceremonias, fue a abrir la puerta de la cámara mortuoria y la cerró a sus espaldas.

Don Serafino no creía en fantasmas. Los cuatro candelabros daban bastante luz. Miró a su alrededor.

Y se dio cuenta de que en la pared de la derecha había un gran hueco con los lados esculpidos como falsas columnas que sostenían un arco. Sin duda, aquella habitación, en el pasado, había sido una capilla.

Se acercó a la puerta del fondo, que era grande y vieja, y la examinó largamente, deteniéndose sobre todo en la cerradura.

Estaba comenzando a hacerse una idea, pero era preciso plantear algunas preguntas.

12

Procesiones, enfrentamientos, muertos que hablan, fantasmas y demás

Don Serafino descendió a la capilla que estaba en la planta baja. La puerta estaba solo entornada, la empujó y entró. Dentro no había ni un alma. Pasó a la sacristía y tampoco había nadie.

Se estaba marchando, proponiéndose volver más tarde, cuando desde la puerta que daba de la sacristía al pequeño apartamento reservado al cura de la capilla se oyó un ruido.

Fue hacia allí y se encontró delante de don Ascioffa, que estaba poniendo algunos objetos en un hato. Don Serafino lo conocía desde hacía años y lo estimaba. Siempre le había parecido que era alguien que no se entrometía, discreto, atento a hacer su trabajo de cura y nada más. Se saludaron con simpatía.

—He sabido que habéis sido sustituido —empezó don Serafino.

—En efecto. Hacía veinte años que estaba aquí. ¡Y he visto pasar virreyes! Y nunca uno que... Dejémoslo correr.

—Lo siento. Pero ¿por qué os han sustituido?

El padre Ascioffa bajó los brazos.

—Su excelencia el obispo no se ha dignado a darme explicaciones. Y yo solo puedo obedecer. Que se haga la voluntad del Señor. Me encontráis aquí por casualidad. He venido a buscar mis cosas.

—¿Y el nuevo cura dónde está?

—En el obispado con el obispo. Él y su excelencia, hablando con respeto, son culo y calzón. Están preparando esta procesión solemne. Pero yo me pregunto y digo: ¿qué tiene de malo que esa santa cristiana de la viuda lo quiera hacer enterrar en España? La función por el muerto la hice yo, yo le di la bendición. Por eso, considerando la cosa desde el punto de vista de la Iglesia, está todo en orden.

—¿Sabéis cuándo volverá vuestro sustituto?

—Y yo qué sé... Pero no creo que regrese antes de mañana después de comer.

—Satisfaceme una curiosidad. Vos debéis de saberlo, dado que hace más de veinte años que estáis en palacio. La habitación de los apartamentos privados donde está el ataúd de don Ángel, ¿antes para qué servía?

—Era la capilla. Luego, el año anterior a que llegase yo, terminaron de hacer esta iglesia, que es más grande, trajeron las cosas que estaban allí y se convirtió en una habitación como todas las demás.

—¿Cuántas puertas tenía la vieja capilla?

—Siempre hubo dos. El virrey y sus familiares entraban por la puerta que está en

los apartamentos privados; todos los demás, incluido el cura, se servían de la segunda puerta, la del rellano, que desde entonces ha permanecido siempre cerrada.

—¿Vos sabéis quién tiene la llave de esta segunda puerta?

—Claro. Está aquí.

Fue hacia un mueble cuya parte superior estaba llena de cajoncitos, abrió uno, sacó una gran llave que tenía atado con una cuerda un trozo de papel sobre el cual estaba escrito «Llave de la vieja capilla».

—¿Me la podéis prestar? Os la devuelvo de inmediato.

—Está bien, pero apresuraos porque me estoy yendo.

Subió, llegó a la segunda planta, se detuvo delante de la puerta, metió la llave, la giró, pero aquella no se movió, continuó bloqueada. Probó de nuevo a hacerla girar con más fuerza, nada que hacer.

Había dos posibilidades: la cerradura estaba demasiado oxidada para funcionar o no era la llave adecuada.

Pero podría ser que...

Se sacó la camisa fuera, cogió una punta, la enrolló bien y, poniéndose de puntillas, la metió dentro del agujero de la cerradura empujándola tan adentro como podía.

La retiró manchada.

No de óxido, sino de aceite.

Bajó, entregó la llave al cura. Y luego le hizo las preguntas que lógicamente debía hacer.

—¿Cómo se llama el cura que ha venido en vuestro lugar?

—Don Scipione Mezzatesta.

—¿Él conoce la historia de la vieja capilla?

—Sí, me dijo que se la había contado su excelencia el obispo. Es más, cuando vino aquí, quiso saber dónde estaba la llave.

—¿Y la probó?

—No, señor. ¿Para qué? Quiso verla y nada más.

Don Serafino se marchó de la capilla, contento.

Estaba más que seguro de que había dado en el blanco. Y quería ir a contárselo de inmediato a doña Eleonora. Se lo dijo, le explicó lo que pensaba hacer y la marquesa le dio carta blanca.

Delante de la catedral estaban reunidas unas dos mil personas, dentro estaban agolpadas casi mil. Los curas se habían empeñado a fondo, amenazando con excomuniones, enfermedades y castigos divinos. Y cada una de estas personas, en cuanto a vociferaciones, conjuros, insultos, imprecaciones y malos agüeros a la virreina, y todavía más invocaciones, lamentos, llantos, avemarías y padrenuestros valía por tres.

Unos treinta curas, oportunamente situados tanto dentro como fuera, distribuían crucifijos de distinto tamaño y centenares de calaveras de muerto de cartón con la inscripción en la frente ENTIÉRRAME, calaveras pegadas a la punta de una vara.

Las monjas y los frailes de todos los conventos de Palermo abrían la procesión rezando el rosario.

A continuación venían cien curas que cantaban la plegaria por las almas de los muertos.

Inmediatamente después avanzaba el baldaquín llevado por cuatro curas. Desde las ventanas y los balcones la gente echaba encima flores y rosas. Debajo del baldaquín caminaba despacio el obispo, con los paramentos dorados y sosteniendo delante de él con las dos manos levantadas el relicario de oro radiante con el Santísimo dentro.

Detrás, una fila de otros cien curas que recitaban las letanías del oficio de difuntos.

Luego tres mil personas vociferantes, hombres y mujeres, que agitaban en el aire crucifijos y calaveras de muertos continuamente solicitados e incitados por una treintena de curas mezclados entre ellos.

—¡Gritad más fuerte!

—¿No tenéis aire en los pulmones?

—¡Mantened altos los crucifijos y las calaveras!

—¿No tenéis fuerza en los brazos?

Cuando la procesión llegó a la gran explanada de delante del palacio, todos se dieron cuenta de que un triple cordón de soldados armados lo protegía.

Por eso, las monjas y los frailes que abrían la procesión se detuvieron a una cierta distancia. Lo único que hicieron fue levantar la voz, para que el rosario se escuchara incluso dentro del palacio.

Luego, después de un momento, se abrieron en abanico haciendo que aquellos que tenían los crucifijos y las calaveras se pusieran en primera fila y comenzaran a hacer un coro de varias voces.

Coro que habían estudiado mientras estaban dentro de la catedral.

Un grupo decía:

¡Vete de Palermo, diablo condenado!

¡Vete sola como has llegado!

Y un segundo continuaba:

*¡Entierra al muerto en tierra bendita,
mujer triste, mujer maldita!*

Luego, las voces se unificaban:

*¡Mujer, entierra al muerto
y luego vete al puerto!*

A continuación, cuando habían repetido el coro tres veces, se retiraron y en su sitio avanzó lentamente el obispo, solo, sin baldaquín, pero siempre con el Santísimo.

Todos los presentes se arrodillaron. El obispo recitó una plegaria que no acababa nunca y a continuación hizo tres veces el signo de la cruz en el aire con el relicario del Santísimo.

La procesión había terminado y el obispo, después de haber dado la bendición a la gente, regresó a la catedral, pero solo él y los cuatro curas que sostenían las varas del baldaquín.

En efecto, el asunto tenía una prolongación.

Todas las monjas, los frailes, los curas y las tres mil personas permanecieron en la explanada, donde se habían dispuesto cuatro altares improvisados. Y aquí, hasta la caída del sol, se recitaron continuas misas por la salvación del alma de don Ángel.

Y lo bueno fue que, por la tarde, media Palermo salió de casa para ver lo que estaba ocurriendo delante del palacio y después de un rato la explanada estaba abarrotada. También estallaron algunas riñas entre los recién llegados porque había quien estaba del lado del obispo y quienes sostenían que doña Eleonora podía enterrar a su marido cuando y donde quisiera.

Apenas cayó el sol y terminaron las misas, el obispo volvió a la explanada para dar inicio a la segunda parte de la gran protesta contra el fallido entierro del virrey, que consistía en una novena nocturna, a la luz de las teas, que continuaría sin interrupción hasta las cinco de la mañana.

Un poco antes de medianoche, el padre Scipione Mezzatesta, que había estado siempre incitando a los fieles, se acercó al obispo, le habló en voz baja, se despidió y volvió a palacio entrando por una puerta secundaria, que era la más cercana a la capilla.

A pesar del gran jaleo que había fuera, dentro estaba todo en calma.

La única novedad era que los soldados de guardia en la primera y en la segunda planta habían sido cambiados antes de tiempo y en su lugar había otros soldados que el teniente Ramírez había escogido uno a uno.

Pero también ellos, pasada la medianoche, fueron cogidos por el sueño y se durmieron.

Y fue así que el fantasma, que se materializó en la planta baja, pudo subir la

escalera y llegar, sin ser visto, hasta la ventana de la primera planta, que estaba abierta. Se asomó a ella agitando los brazos en el aire como quien pide desesperadamente ayuda.

Y dado que justo debajo de aquella ventana había una tea, algunas personas se reunieron y empezaron a gritar:

—¡El fantasma!

La voz corrió, repetida de boca en boca:

—¡El fantasma!

Y fue entonces cuando el obispo gritó:

—¿Lo veis? Es el alma sin descanso de don Ángel. ¡Ha sido esa mujer diabólica la que lo ha reducido así!

Todos cayeron de rodillas.

En tanto, el fantasma se había retirado y había subido a la segunda planta, deteniéndose delante de la puerta de la antigua capilla.

La abrió sin hacer ruido, entró, y apenas tuvo tiempo de sentir el hedor a muerto que había en la habitación —a pesar de que el protomédico primero y el sepulturero después habían hecho un buen trabajo—, antes de que alguien cerrara la puerta a sus espaldas.

Porque del ataúd salió de improviso una voz sepulcral, terrible, como para hacer morir de espanto.

—¿Quién eres tú que perturbas mi sueño eterno?

—¡Ahhhhh! —gritó asustado el fantasma.

Dio la espalda y escapó fuera de la habitación.

El soldado de guardia, que según las órdenes recibidas se había hecho el dormido, se levantó de sopetón y trató de retenerlo, pero el fantasma lo evitó y comenzó a bajar a la carrera la escalera. Pero en el cuarto peldaño tropezó y rodó hasta la planta baja.

Se levantó, se liberó de la sábana que lo ocultaba y se precipitó cojeando hacia la puerta secundaria, perseguido por los soldados y por don Serafino, que hacía una hora que lo esperaba escondido detrás del ataúd de don Ángel para hacerle aquella broma macabra.

El padre Scipione Mezzatesta había entendido que, si llegaba donde estaba el obispo, quizá podría salvarse del arresto. Apenas asomó a la explanada, siempre corriendo, se puso a vociferar:

—¡Soy el padre Mezzatesta! ¡Ayuda! ¡Ayudadme! ¡Quieren arrestarme!

En este momento, los soldados lo alcanzaron, lo cogieron, lo levantaron en el aire y se lo llevaron dentro. Allí lo esperaban don Serafino y el teniente Ramírez.

—Habéis sido astuto —le dijo don Serafino—. Habéis cogido la llave del cajoncito y la habéis sustituido por una similar, pegando también la inscripción. Pero os ha salido mal.

—Deseo hablar con el gran capitán de justicia —espetó de golpe calmado el padre Scipione.

—¿Por qué?

—Quiero decirle que todo lo que he hecho fue para obedecer una orden de su excelencia el obispo. Espero que me lo tenga en cuenta.

—Os comunico que estáis arrestado —concluyó Ramírez, como para dejar las cosas claras.

Entretanto, fuera, el rezo de la novena se había interrumpido.

Entre la aparición del fantasma y la noticia del arresto del padre Mezzatesta, una especie de mecha incendiaria había corrido a toda prisa por toda aquella gran masa de personas y la había hecho arder de furor y de ira.

Todos, temblando por las irresistibles ganas de desahogarse, esperaban la decisión del obispo, que, mientras, estaba apartado rodeado por algunos curas.

Turro Mendoza estaba muy preocupado porque, conociéndolo bien, sabía que el padre Mezzatesta no era de fiar, antes o después lo confesaría todo, revelando que la idea del falso fantasma no había nacido de su cabeza. Y no tendría escrúpulos en dar su nombre como único responsable de aquella tragicomedia. Por eso había que hacer ponerlo en libertad lo antes posible.

Ignoraba que el padre Mezzatesta ya había cantado para tratar de obtener una condena más leve y que cualquier intento de que no hablara era inútil.

Entonces, el obispo dijo a los curas que elevaran al máximo la exasperación y la histeria de los fieles y luego los mandaran al ataque de los soldados que protegían el palacio.

—¡Pero esos los masacrarán a gusto! —espetó uno de los curas—. ¡No tenemos armas!

—¡Nuestra arma es la fe! —replicó el obispo, con dureza.

—Está bien, pero con la fe solo podemos morir, ¡no podemos arrojarla contra la cabeza de un soldado! —contestó el mismo cura.

—Entonces ordenad que cada uno se arme de piedras, de maderas, de barras de hierro, de cualquier cosa que pueda hacer daño. ¡Romped las ramas de los árboles de la explanada y haced palos!

«¡Y ojalá que haya un muerto!», pensaba en tanto el obispo.

Así la furia de los fieles se haría imparable y sería imposible saber cómo terminaría.

El capitán al mando de la triple formación de los soldados de fuera, que se llamaba Villasevaglios, apenas vio que la gente se armaba de piedras y palos, comprendió que las cosas se estaban poniendo muy feas. Ya no se trataba de gritos y plegarias, sino de apaleamientos, y apaleamientos feroces. Entonces mandó a un teniente a hablar con doña Eleonora para saber cómo debía comportarse.

Recibió una orden precisa. La marquesa quería que, a toda costa, no hubiera ni muertos ni heridos entre la gente en caso del ataque al palacio. Los sables debían ser

usados, sí, pero de plano y nunca de punta o de filo.

De pronto, unas quinientas personas se lanzaron contra los soldados dando voces airadas:

—¡Libertad para Mezzatesta!

—¡Sacrilégio! ¡Fuera el diablo de Palermo!

El primer ataque fue rechazado. Cinco o seis soldados fueron llevados dentro con la cabeza rota por palazos o por pedradas.

Entre el primer y el segundo ataque pasó media hora. Don Valentino Puglia, que antes de hacerse cura había sido soldado y era un hombre de confianza del obispo, cogió el mando y organizó mejor a las casi tres mil personas enfurecidas y exaltadas, que ahora ya no solo querían el entierro de don Ángel y la liberación del padre Mezzatesta, sino también la expulsión de doña Eleonora de Palermo.

Mientras, habían llegado centenares de horcones, zapas y azadas recuperadas de las casas vecinas y habían sido distribuidas a los hombres más exaltados.

El segundo ataque fue más violento que el primero. A duras penas, los soldados consiguieron rechazar a los atacantes, pero el enfrentamiento fue largo y tan acalorado que los soldados perdieron otra decena de hombres heridos.

Estaba claro que ante un tercer asalto, al no poder usar las armas, deberían ceder. El capitán Villasevaglios, que había pedido refuerzos a toda prisa, se consumía cada minuto que pasaba, asustándose de que no llegasen a tiempo.

Pero era cada vez más débil la posibilidad de que no hubiera heridos entre los atacantes. No podía excluirse que algún soldado, viéndose perdido, usara el sable no como bastón, sino como una verdadera arma.

En este punto, don Serafino, dado que la situación se había vuelto peligrosa, trató de convencer a doña Eleonora de que abandonara el palacio y se quedara provisionalmente en el cuartel de los soldados o en uno de los veleros de guerra que estaban en el puerto, pero aquella no atendió a razones y no hubo manera de hacerle cambiar de idea.

Mientras don Valentino Puglia estaba dando la orden de volver a atacar, esta vez con dos mil personas y casi todas provistas de cosas que podían matar, ocurrió un hecho que nadie en el mundo habría esperado.

A la explanada llegaron a gran velocidad unos trescientos hombres, todos bastante jóvenes y corpulentos. Gritaban con todo el aire de sus pulmones:

¡Viva doña Eleonora!

¡Doña Eleonora es nuestra!

Eran los miembros de la maestranza de los estibadores del puerto, que comenzaron a coger a bofetadas y a patadas a los fieles. Con cada bofetada abatían a uno.

Y luego llegaron a la carrera unos quinientos de las otras maestranzas que habían

sido despertados de noche para acudir en ayuda de doña Eleonora.

Entonces, Villasevaglios ordenó el contraataque.

Así, los fieles se encontraron amenazados en el mismo momento tanto por delante como por detrás.

El primero en escapar fue el obispo.

Al faltar él, se desencadenó la descampada general.

Después de media hora, en la explanada no había casi nadie, porque los hombres de las maestranzas se habían vuelto a sus casas para tratar de recuperar un poco del sueño perdido y los soldados se habían puesto de nuevo a hacer la guardia en torno al palacio.

En la sobremesa del día siguiente, don Filippo Arcadipane pidió audiencia a doña Eleonora para informarle que, lo antes posible, iría a interrogar oficialmente al padre Scipione Mezzatesta.

Y dado que aquel había confesado, la tarde anterior, al protomédico y al teniente Ramírez que el asunto del falso fantasma había sido pensado por el obispo para ponerla en dificultades, había la posibilidad de que durante el interrogatorio, además de repetir la confesión, admitiera también que había sido el obispo el responsable de una acción aún más grave, es decir, aquella de haber encabezado una sublevación popular contra la persona que no solo representaba el poder absoluto, sino que era el *alter ego* de su majestad el rey.

Con anterioridad, todos aquellos que habían hecho lo mismo habían sido condenados a muerte.

En consecuencia, con la ley en la mano, él, como gran capitán de justicia, habría debido, como primera e inevitable medida, mandar de inmediato al obispo a la cárcel.

Pero de seguro este habría hecho desencadenar una grave reacción en la ciudad, donde la situación se había calmado solo en apariencia, pero anidaba bajo las cenizas.

Por eso, quería saber cómo debería proceder.

La respuesta de doña Eleonora fue que esperase para interrogar al padre Mezzatesta hasta la tarde del día siguiente, martes, dado que por la mañana se habría celebrado el Sacro Regio Consejo. Era una decisión que debía ser bien pensada y discutida por todos.

Mediada la tarde, el padre Mezzatesta, que hasta aquel momento había estado bastante tranquilo en la celda del cuerpo de guardia, se puso a vociferar que deseaba un cura porque quería confesarse y, al día siguiente, por la mañana temprano, tomar la comunión.

El teniente Ramírez, cuando un soldado se lo refirió, dudó si aceptar o no la solicitud del preso.

Habló de ello con el maestro de ceremonias, que fue a decírselo a doña Eleonora.

La marquesa consintió, pero recomendó que los soldados no lo perdieran de vista ni un momento.

13

Doña Eleonora y sus leyes

Una hora después en el cuerpo de guardia del palacio se presentó don Valentino Puglia, que había sido escogido personalmente por el obispo y que había recibido instrucciones secretas y detalladas sobre cómo comportarse con el preso.

El obispo estaba seguro de que Mezzatesta pondría precio a su silencio. Y no se equivocaba.

El encuentro entre el padre Mezzatesta y don Puglia duró más de dos horas, y a los soldados que estaban de guardia fuera de la puerta a menudo les dio la impresión, por las voces alteradas que oían, que se parecía más a una riña que a una confesión.

Al salir, don Puglia dijo al comandante del puesto que volvería al día siguiente, por la mañana, a las seis, y que celebraría la misa en la capilla. Por eso, poco después de las seis, el preso debería ser llevado allí, dado que debía comulgar.

A la carrera, don Puglia fue a referir al obispo lo que quería el padre Mezzatesta a cambio de no confirmar al capitán de justicia la confesión hecha a don Serafino y al teniente Ramírez. Estaba dispuesto a jurar que aquellas palabras las había dicho en un momento de rabia, que la idea del falso fantasma había sido suya, que el obispo no solo no tenía nada que ver, sino que además no sabía nada, pero a condición de que...

—Resumiendo —dijo el obispo—, Mezzatesta quiere que le garantice una pena mínima, pretende cinco mil escudos de inmediato y luego, una vez que salga de la cárcel, ser nombrado párroco de la iglesia del Sagrado Corazón, que es la más rica de la ciudad, la que recibe los mayores legados. ¿Es así?

—Exacto —espetó don Puglia.

—Entonces informadle que no puedo aceptar dos de estas tres demandas. Se debe conformar con los cinco mil escudos. Decídselo antes de darle la comunión.

—¿Y si no acepta?

El obispo agachó la cabeza, pensativo. Luego la levantó. Y, antes de hablar, miró a los ojos, largamente, a don Puglia. Que lo entendió todo de aquel discurso mudo.

—Si no acepta, dadle la comunión.

Cuando don Puglia llegó a la capilla eran las seis de la mañana. El cura se dispuso para la misa, introdujo la única hostia que había llevado dentro del cáliz y cerró el tabernáculo.

Después de un momento llegó el padre Mezzatesta entre dos soldados.

—Esta noche he cometido un pecado de pensamiento y debo confesarme de nuevo —dijo a don Puglia.

—Está bien —espetó el cura sentándose en el confesonario.

El padre Mezzatesta se arrodilló.

Don Puglia se asomó por el confesonario y rogó a los soldados que se alejaran hacia el fondo de la capilla.

Después de un momento, los soldados oyeron las voces airadas de los dos. Se alarmaron. Empezaron a acercarse, pero no llegaron a tiempo.

Porque el padre Mezzatesta se había levantado de repente, se había puesto delante de don Puglia y había comenzado a darle patadas. Don Puglia había reaccionado con un puñetazo que había hecho que la espalda del padre Mezzatesta golpease con fuerza contra la madera del confesonario.

E inmediatamente después el padre Mezzatesta, babeando, había caído desvanecido.

Cuando se despertó, parecía otro. Pidió perdón a don Puglia, se volvió a confesar, escuchó rezando la misa, se levantó para recibir la hostia consagrada y volvió a su sitio.

Al final se hizo llevar a la celda sin hacer historias, solo dijo a los soldados que le dolía mucho la cabeza a causa del porrazo.

Media hora después, un guardia, observando por la mirilla, lo vio tumbado en el suelo. Abrió, entró y lo tocó, pero ya no había nada que hacer. El padre Scipione Mezzatesta estaba muerto.

A don Serafino los soldados que habían asistido a la escena de la capilla le dijeron que estaban seguros de que la muerte se había debido al golpe en la cabeza.

Pero un golpe en la cabeza, y esto don Serafino lo sabía perfectamente dado que era un médico excelente, no provocaba la hinchazón del cuerpo ni ponía azules los labios.

Eso era una evidente señal de envenenamiento.

Un veneno que solo podía haberle sido suministrado con la comunión, con la hostia consagrada.

E incluso él, que no creía en nada, se quedó profundamente turbado.

En cambio, doña Eleonora, cuando él fue al despacho a contarle la conclusión a la que había llegado, se mantuvo absolutamente fría. Don Serafino no encontraba sosiego.

—Perdonadme, señora, quizá no me he explicado bien. El obispo ha...

Doña Eleonora lo detuvo levantando la mano.

—Mi querido don Serafino, he pasado toda mi juventud en un convento y he tenido relación con un solo hombre, mi esposo, pero sé reconocer y valorar a los hombres de forma instintiva. Y hasta ahora nunca me he equivocado. Desde el primer momento he considerado a Turro Mendoza un hombre capaz de terribles atrocidades e ignominias. Por eso vuestra historia no me sorprende.

—Señora, espero que os deis cuenta de que tenéis un enemigo que no vacilará en recurrir a...

Doña Eleonora levantó otra vez la mano.

—Lo sé. Y estoy pensando en cómo defenderme.

—¡Pero no podéis perder tiempo! ¿Por qué el gran visitador aún no lo ha llamado?

—Yo lo he decidido así.

—¿Por qué?

—Porque Turro Mendoza es tan rico que puede pagar sin problemas el triple de lo que ha cogido indebidamente. Solo sería un poquito menos rico, pero sin perder nada de su fuerza y con más sed de venganza. No, ese hombre es una serpiente y tenemos que aplastarle la cabeza.

Acabó de hablar y miró largamente a los ojos a don Serafino. El protomédico perdió peso de golpe, se volvió ligero como una hoja, se puso a volar en el aire.

—No os preocupéis por mí, amigo mío —dijo doña Eleonora con su voz angelical.

—No puedo evitarlo —se le escapó a don Serafino—. Porque, veréis, yo os...

El bellissimo, sutil, ahusado, suave y rosado dedo índice de doña Eleonora se dirigió rápido hacia su boca, la punta se posó sobre los labios.

—¡Silencio! —le ordenó ella en voz baja—. No cometáis el error de hablar. Y ahora marchaos, necesito prepararme para el Sacro Regio Consejo. Ah, por favor, venid a cenar esta noche. Y, por último, ¿podéis buscar a don Ascioffa y decirle que venga a visitarme a las cuatro de la tarde?

El Sacro Regio Consejo comenzó con puntualidad. Y durante todo el tiempo habló solo doña Eleonora.

Primero, comunicó al gran capitán de justicia la muerte imprevista del padre Scipione Mezzatesta, que, al no poder ser ya interrogado, prácticamente impedía toda posibilidad de acción contra el obispo.

Y no dijo una palabra sobre los hechos ocurridos el domingo y en la noche siguiente.

En cambio, dijo que había que proponer una ley muy importante que, si era aprobada, sería válida desde el día siguiente. Considerando que tanto el gran tesorero como el gran maestro racional le habían comunicado un gran aumento del dinero ingresado o por ingresar por el fisco, sobre todo después de los secuestros y expropiaciones hechas a los anteriores consejeros, había decidido quitar la tasa que gravaba sobre el trigo destinado a la panificación.

Si la propuesta era aceptada, esto significaría que desde el día siguiente en toda Sicilia el pan costaría casi la mitad de lo que costaba. Se beneficiarían las familias numerosas y los centenares de pobres a los cuales la limosna no alcanzaba para

comprar el pan. Los funcionarios, es decir, los inspectores de los mercados, deberían vigilar que los panaderos aplicaran el precio reducido.

¿Los consejeros estaban de acuerdo?

Los consejeros se mostraron entusiasmados.

Entonces, doña Eleonora dijo al protonotario y al secretario que escribieran enseguida la ley que ella firmaría de modo que ya desde el día siguiente por la mañana los pregoneros la hicieran conocer a todos.

Inmediatamente después dijo que tenía la firme intención de crear dos albergues destinados a acoger a las mujeres de Palermo que se encontraban en condiciones de vida muy difíciles.

El primero se alojaría en el antiguo asilo de Spedaletto, que antaño acogía a los enfermos pobres y que hacía tres años que estaba cerrado. Aquí se alojarían las vírgenes en peligro, es decir, «las jóvenes que, empujadas por la pobreza y la orfandad, vagaban durante la noche por la ciudad y dormían en las calles». Antes de ser admitidas en el albergue, estas jóvenes debían someterse a la visita de la comadrona Sidora Bonifacio, para establecer si aún eran vírgenes y que no habían sido ofendidas en ninguna otra parte del cuerpo. Pero en el albergue serían admitidas, aunque separadas de las primeras, también las vírgenes caídas en peligro, es decir, que habían recibido ofensa en cualquier parte de su cuerpo, pero contra su voluntad.

El segundo albergue, llamado de las «Magdalenas arrepentidas», se ubicaría en el antiguo convento de las hijas de la Virgen y alojaría a mujeres de la calle o echadas de los prostíbulos porque, dada su edad avanzada, ya no encontraban clientes y morían en las calles por culpa del hambre y las privaciones.

Estos dos albergues gravarían solo a medias sobre las arcas del reino, en cuanto la otra mitad estaría constituida por veinte mil escudos sacados de la regalía de aposento que Sicilia daba a cada nuevo virrey, recibida por don Ángel y de la cual no se había gastado nada. Para sus gastos personales, bastaría la renta mensual que recibía.

Los restantes cinco mil escudos del aposento se dividirían en cien partes de cincuenta escudos cada una e irían a constituirse en un fondo que debía servir para sufragar las dotes matrimoniales para cien muchachas que tuvieran padre y madre, pero fueran de familia pobre. Esta donación se llamaría «dote real».

Los consejeros se quedaron estupefactos. Nunca había habido un caso en que un virrey hubiera renunciado al rico aposento. Y ella no solo renunciaba a él, sino que además lo destinaba a hacer grandes obras de bien.

«Turro Mendoza dice que esta mujer es el diablo —pensó el obispo de Patti—, pero, si los diablos son así, estoy dispuesto a arder en el infierno».

Estos dos albergues, continuó doña Eleonora, como también la dote real, serían sometidos al control del juez de la monarquía. Este debería ocuparse del reclutamiento del personal y de la andadura cotidiana. Además de preparar el bando para la dote de las muchachas pobres. ¿Los consejeros tenían algo que objetar?

Los consejeros no tenían nada que objetar.

Luego, para concluir, doña Eleonora dijo que quería dar una sencilla información a los consejeros. Había recibido una solicitud de gracia por parte del marqués Simone Trecca, que había sido condenado a muerte. Pedía la transformación de la pena capital en cadena perpetua.

Ella había negado la gracia sin la más mínima vacilación y, es más, había sugerido al alcaide que el marqués fuera ajusticiado en último lugar, después de haber asistido a la ejecución de los dos asesinos que estaban a sus órdenes.

La información la dio con la habitual voz de ángel y sin particulares inflexiones, solo que ninguno de los presentes pudo mirarla a los ojos, donde las llamas ardían más negras que nunca.

Se levantó la sesión y se volvió a convocar para el viernes siguiente.

Antes de salir, doña Eleonora preguntó a don Benedetto Arosio, el obispo de Patti, si por la tarde, hacia las cuatro, podía ir a verla. El obispo se puso a su disposición.

La primera pregunta que doña Eleonora dirigió tanto a don Benedetto como al padre Ascioffa fue si todos los curas de Palermo habían participado en la procesión contra ella. Don Benedetto respondió que cinco curas habían ido a verlo para decirle que se habían hecho pasar por enfermos para no ir. Por su parte, el padre Ascioffa dijo que conocía a siete que habían desobedecido las órdenes del obispo.

—Son doce, como los apóstoles —comentó don Benedetto.

Entonces, doña Eleonora les explicó que necesitaba hablar con estos curas, que era con los que podía contar, para que señalaran de inmediato al ayudante del juez de la monarquía a todas aquellas muchachas o viejas prostitutas que veían abandonadas por las calles y que sobrevivían pidiendo limosna. Quería que dentro de una semana, como máximo, los dos albergues comenzaran a funcionar.

Todo debía hacerse, naturalmente, sin que Turro Mendoza se enterara.

Don Benedetto, después de un momento, pidió permiso para marcharse. En cuanto estuvo sola con el padre Ascioffa, doña Eleonora le dijo:

—Esta misma noche volved a vuestros apartamentos de la capilla.

—Pero el obispo...

—No creo que, por ahora, se atreva a oponerse a vuestra vuelta como párroco de palacio.

—A vuestras órdenes.

—Bueno. Una última cosa: ¿sabéis cuántos niños forman parte del coro de voces angélicas de la catedral?

—Sí, lo sé. Son veinte.

—¿Y sabéis si en los últimos días algunos niños han sido retirados del coro?

El padre Ascioffa la miró, desconcertado.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Por tanto, ha habido una retirada.

—Sí. Me lo han dicho en el obispado.

—Pero la retirada de un niño del coro no me parece un tema tan importante como para hablar de él en el obispado.

El padre Ascioffa pareció un poco incómodo.

—Es verdad. Pero este pequeño, perdonad, este niño, era el más hermoso de todos y el de mejor voz, y por eso...

—¿Solo por eso?

El padre Ascioffa se sintió aún más incómodo.

—Hablad.

—Perdonadme, señora, pero a mí no me gusta en absoluto contar maledicencias, insinuaciones...

—Es una orden.

El padre Ascioffa tragó dos veces antes de abrir la boca.

—Parece que el padre del niño... tuvo una violenta discusión con el obispo y este, aullando, lo hizo echar de malos modos por don Puglia.

—¿Sabéis el motivo de esta discusión?

—No.

Pero al pronunciar aquella negación el padre Ascioffa mantenía la mirada baja. Y doña Eleonora comprendió que aquel no era un sí, pero que el cura, por propia naturaleza, era verdaderamente incapaz de hacer ninguna maldad.

—¿Por lo menos sabéis quién es el padre?

El padre Ascioffa dudó, pero respondió.

—Es el hijo de Mariano Bonifati, se llama Cenzino. Bonifati es el mercader de aceite más importante de la ciudad, es un benefactor de la catedral, su mujer es la jefa de las devotas del obispo.

—Muchas gracias. Y os lo ruego: esta noche volved a vuestros apartamentos.

Por la tarde, mientras estaban comiendo solamente ellos dos, doña Eleonora preguntó a don Serafino si por casualidad conocía a un tal Mariano Bonifati.

—¿El mercader de aceite? Sí.

—¿Estáis en relaciones de amistad?

—No. Nos conocemos de vista. Pero ¿por qué...?

Doña Eleonora pareció no haber oído la pregunta.

—¿Conocéis a alguien de la familia? No sé, la esposa, un hermano, una hermana...

—No. Pero...

—¿Pero?

—El médico que cuida a toda la familia es un discípulo mío. Antonio Virgadamo. ¿Os puede ser útil?

—Claro que sí.

—Decidme qué queréis de él y...

—Después —dijo doña Eleonora queriendo cortar.

Pero don Serafino continuó.

—Pero debo advertiros. Si queréis saber algo relativo a mi discípulo Virgadamo, como médico de la familia Bonifati, será inútil preguntárselo. No respondería, es un joven de alta conciencia profesional.

—Entiendo —espetó doña Eleonora.

Y cambió de tema de conversación.

Fue más tarde, en el despacho, cuando don Serafino, ansioso por serle útil, retomó el tema.

—¿Por qué me habéis preguntado por Bonifati?

Doña Eleonora se encogió de hombros.

—Os suplico que me respondáis.

—Es inútil hablarlo de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque no creo, por lo que me habéis dicho, que encontréis la manera de ayudarme.

¡¿Ayudarla?!

Entonces, la cosa cambiaba radicalmente.

—Os ruego que me digáis de qué se trata —le pidió don Serafino.

—Si os digo que no sois la persona indicada, debéis creerme —respondió dura doña Eleonora.

Don Serafino se arrodilló cogiendo entre sus manos el borde de su vestido.

—Os lo suplico.

Doña Eleonora cedió.

—Levantaos y sentaos.

Don Serafino obedeció. La marquesa fue al escritorio, cogió un papel y se sentó delante de él.

—Este es un mensaje para mí que esta mañana al amanecer fue entregado por un desconocido al jefe de guardia. No está firmado. Está escrito en siciliano y me fue complicado entenderlo. Léalo y olvídalo.

Se lo ofreció. Don Serafino lo cogió y lo leyó.

Haceos decir aquello que ese cerdo del obispo ha hecho con un pobre niño del coro de la catedral que se llama Cenzino. Le hizo tanto daño que el padre debió hacer venir al médico para que le diera unos puntos. ¿Es posible que este grandísimo cerdo siga haciendo daño a los niños? Pensadlo.

Al leerlo, don Serafino se había puesto blanco como un cadáver. Devolvió el papel a la marquesa sin poder decir una palabra. Le faltaba el aire por la indignación.

—¡Qué lástima! —dijo doña Eleonora—. Se podría aniquilar a Turro Mendoza para siempre.

—¡Por tanto, no eran maledicencias! —murmuró don Serafino.

—Parece que no.

—Pero ¿cómo habéis hecho para saber cómo se llama el padre de ese pobre niño?

—Me he informado.

¿Con quién podía haberlo hecho? Se respondió cuando aún no había terminado de hacerse la pregunta. El padre Ascioffa. Por eso lo había mandado llamar. Y si el padre Ascioffa la había ayudado, ¿él se echaba atrás?

—Pido licencia para ausentarme —espetó levantándose de repente.

—Está bien. Pero ¿volveréis más tarde?

—Sí. Si no tenéis nada en contra.

—Estaré despierta toda la noche, si es necesario.

—Entraré por la puerta secreta.

—Perfecto. Le diré a Estrella que os espere.

Don Serafino volvió dos horas después.

—He hablado con Virgadamo. ¿Sabéis una cosa? Él, a su vez, me estaba buscando.

—¿Quería hablaros del niño?

—Sí. Deseaba que lo aconsejara al respecto. Quería saber si debía denunciar o no al obispo. Virgadamo estima que un abuso tan horrendo sobre un niño lo exime del secreto profesional. Yo estoy de acuerdo con él. Ah, Virgadamo está convencido de que quien os ha escrito la carta ha sido el padre. No la ha firmado por miedo a represalias por parte del obispo.

—¿Qué quiere hacer?

—Mañana irá donde el gran capitán de justicia y presentará la denuncia. Yo, mientras tanto, iré a ver a Bonifati y trataré de convencerlo para que se asocie a la denuncia.

—¿Pensáis que podréis convencerlo?

—No lo sé, pero merece la pena intentarlo.

14

Las cosas se ponen feas para el obispo

Aquella mañana, el obispo Turro Mendoza, cuando oyó de nuevo los tambores y las voces de los pregoneros, se inquietó.

La última vez, a su paso, cuando los palermitanos habían conocido la nueva ley sobre las maestranzas, la mitad de la población había mostrado de inmediato su entusiasmo por doña Eleonora.

Y, ahora, ¿qué había tramado aquella maldita mujer para poner de su parte a hombres y mujeres de iglesia o a aquellos que hasta aquel momento habían permanecido indiferentes?

Preocupado, ordenó a don Puglia que saliera a la calle, escuchara bien y le contara.

La noticia de que el precio del pan había bajado casi a la mitad fue, para él, un verdadero mazazo.

De ahora en adelante sería difícil convencer a los feligreses de que hacer que el pan costase la mitad era obra del diablo.

De seguro ya no podría contar con tres mil personas, a lo sumo con un par de centenares.

No, debía cambiar de estrategia, dejar correr la historia de que doña Eleonora no quería enterrar a su marido y encontrar algo completamente distinto y de potencia letal. Pero no se le ocurría nada.

El médico Virgadamo, como había prometido, pidió audiencia al gran capitán de justicia, acompañándola con una nota del protomédico que rogaba a don Filippo Arcadipane que lo recibiera lo antes posible porque debía hablarle de un hecho grave.

Y don Filippo, que estaba muy atareado, lo recibió tras hacerlo esperar apenas media hora en la antecámara.

—¿En qué puedo seros útil?

—Vengo a denunciar un grave abuso de un niño de solo seis años cometido por...

Don Filippo lo interrumpió.

—¿Sois el padre?

—No.

—¿Formáis parte de la familia del niño?

—No.

El gran capitán se lo pensó un momento.

—¿Cómo se llama el padre del niño?

—Mariano Bonifati.

—¿Es el mismo que comercia con aceite?

—Sí.

—Decidme en calidad de qué venís a presentar esta denuncia.

—Soy el médico llamado por el padre para curar la laceración sufrida por el niño.

—¿El padre os ha autorizado a venir a verme?

—No.

—¿Por qué habéis venido?

—Lo he hecho porque considero mi deber...

—¿Y por qué el padre, en cambio, no ha considerado que era su deber?

—Porque tiene miedo.

—Entiendo. Por tanto, ¿me estáis diciendo indirectamente que quien ha abusado del niño es un hombre poderoso?

Virgadamo era un joven inteligente y había comprendido cómo funcionaba la cabeza del gran capitán. Por eso se limitó a responder:

—Sí, es un hombre poderoso.

—¿Estáis seguro?

—¿De qué?

—De que fue ese hombre poderoso quien abusó del niño. Vuelvo a hacer la pregunta. ¿Quién os ha dicho que el autor del abuso es un hombre poderoso?

—El padre.

—¿Y el niño lo ha confirmado?

—Delante de mí no hablaba, lloraba.

—Entonces os pregunto: ¿no puede ser que el culpable sea el padre, o algún otro familiar, y que el hombre poderoso sea inexistente, una persona creada para trasladar la culpa fuera de las paredes domésticas?

—Lo excluyo de la manera más absoluta.

—¿En qué os basáis?

—En el dolor y la rabia del padre mientras me hablaba de lo ocurrido. Estaba verdaderamente trastornado.

—No me basta.

—¿Qué significa eso?

—Que no puedo aceptar vuestra demanda. Vos podríais ser el principal testigo de cargo, pero la denuncia, por ley, debe ser presentada por un familiar. Y vos entenderéis que en un caso como este atenerse estrictamente a la ley no solo es deber, sino prudencia. Lo siento.

Don Serafino regresó a palacio desilusionado y amargado.

—No he podido convencer a Bonifati. Tiene demasiado miedo. Estoy seguro de

que ha sido él quien ha escrito la carta anónima porque quiere ver al obispo en la cárcel, pero no quiere exponerse. Me ha contado que, pocas horas después del altercado con el obispo por haber violentado a su hijo, se ha personado en su casa un cura, un tal don Puglia, que lo ha amenazado de muerte explícitamente si presentaba una denuncia.

—¿El médico, su discípulo, ha ido donde el gran capitán? —preguntó doña Eleonora.

—Sí. Y me lo ha contado. Por desgracia, el gran capitán no ha podido aceptar la denuncia.

—¿Por qué?

—Debe presentarla un familiar.

Se quedaron un momento mudos.

Luego, doña Eleonora cogió la carta anónima, la leyó, la volvió a poner sobre el escritorio.

—Bonifati escribe que ha habido otros casos —dijo.

—Hace tiempo que la ciudad habla de ello —espetó don Serafino—. Pero hasta ahora habían sido maledicencias, insinuaciones..., nada concreto.

—Hacedme un favor. Bajad a la capilla y si el padre Ascioffa está libre volved con él.

Diez minutos después, el padre Ascioffa estaba delante de la marquesa.

—Padre —empezó, con dureza, doña Eleonora—, tengo la prueba de que el obispo ha cometido realmente ese execrable acto sobre el niño de que hemos hablado.

El padre Ascioffa empalideció.

—¡Qué infamia! —murmuró—. ¡Qué vergüenza para la Iglesia!

Le brotaron lágrimas de los ojos.

—Escuchad, por favor. Ahora yo os plantearé una pregunta y vos tenéis la obligación de responderla.

—A vuestras órdenes.

—¿Vos sabéis si anteriormente se ha hablado de casos del mismo tipo?

—Sí.

—¿Se ha retirado a algún otro niño del coro?

—Sí.

—¿Cuándo fue el último?

—Hace tres meses.

—¿Conocéis el nombre del niño?

—Sí.

—Decídmelo.

El padre Ascioffa había comenzado a sudar.

—Carlino Giaraffa.

—Un momento —intervino don Serafino—. ¿Estáis hablando del hijo menor de Stefano Giaraffa?

—Sí.

—¿Lo conocéis? —preguntó la marquesa a don Serafino.

—Muy bien.

—Muchas gracias. Podéis iros —dijo doña Eleonora al cura.

En cuanto salió el padre Ascioffa, la marquesa preguntó al protomédico si podía ir a hablar de inmediato con Giaraffa. Don Serafino torció la boca.

—Hay un problema. Giaraffa, que era el administrador de los bienes civiles de la Iglesia palermitana, ha dimitido sin dar explicaciones y se ha trasladado con su familia a Catania.

—¿Sabéis dónde vive?

—¿En Catania? No. Pero puedo preguntarle a su hermana, que sigue viviendo aquí porque está casada con...

—¿Podéis ir ahora mismo?

Doña Eleonora no había terminado de hacer la pregunta cuando don Serafino ya había salido por la puerta.

Consolata Giaraffa, casada con don Martino Giampileri, estimado notario de la ciudad, estaba muy agradecida a don Serafino porque el protomédico, años antes, le había salvado la vida a una hija de una malaria de la que nadie entendía nada. Era una mujer de corazón abierto que decía lo que pensaba.

—Necesito saber dónde vive vuestro hermano Stefano en Catania. Debo verlo.

Consolata se preocupó.

—¿Ocurre algo?

—No. Quiero hablar con él —respondió don Serafino, aparentando que era algo sin importancia.

Pero Consolata no era una mujer que aflojara fácilmente.

—Yo sé de qué queréis hablar con mi hermano. Si habláis conmigo, tal vez os ahorréis el viaje.

¿Por qué no?

—¿Me podéis decir la razón por la cual dimitió y se marchó de Palermo?

—Ya no estaba de acuerdo con el obispo Turro Mendoza.

—Pero ¿antes estaba de acuerdo?

—¡Claro!

—¿Antes de qué?

Consolata no respondió, pero se puso roja. Estaba claro que el tema le procuraba dolor y rabia.

—Yo os ayudaré —espetó don Serafino—. ¿Antes de que retiraran a Carlino del coro?

Consolata saltó.

—¡Entonces lo sabéis! ¡Ese grandísimo hipócrita del obispo una tarde cogió a Carlino, lo llevó a su despacho y le hizo, a placer, toda clase de atrocidades! Por la noche, el pequeño se puso a llorar y a lamentarse y le contó todo a su madre. A la

mañana siguiente, mi hermano fue a denunciar al obispo.

Don Serafino se sorprendió.

—¿De verdad?

—¡Sí, señor!

—¿Y a quién lo fue a denunciar?

—Al gran capitán de justicia, el príncipe de Ficarazzi. El cual le prometió que hablaría de ello en el Sacro Regio Consejo.

—¿Sabéis si habló de ello?

—Claro que habló de ello. Lo hizo en la sesión del 20 de mayo. Luego llamó a mi hermano y le dijo que necesitaba tener otras pruebas y que ya pensaría algo él.

—¿Y cómo terminó?

—Terminó con que al día siguiente un cura, que se llamaba Scipione Mezzatesta, fue a verlo y le dijo que era mejor que cambiara de aires. Mi hermano lo echó. Tres días después, su hijo mayor, que tiene once años, mientras jugaba en la calle por la tarde con tres amiguitos, fue cogido por dos hombres y subido a una carroza. Desapareció hasta el anochecer. Cuando volvió, contó que lo habían llevado a una casa de campo, lo habían apaleado hasta hacerle sangre y luego cuando había oscurecido lo habían devuelto a Palermo diciéndole que avisara a su padre que debía cambiar de aires como máximo al cabo de una semana. Y entonces mi hermano se fue a Catania. ¿Y ahora qué está sucediendo? ¿Hay algo nuevo?

—Sí. Y esta vez espero poder joder definitivamente a Turro Mendoza.

—Que el Señor nos ayude.

Doña Eleonora no perdió el tiempo. Apenas había terminado de comer con don Serafino cuando el secretario del consejo le entregó el libro donde escribía los informes de las sesiones y se marchó.

En aquella sesión del 20 de mayo encontraron lo que buscaban.

El gran capitán de justicia, excusándose con su excelencia el obispo Turro Mendoza por cuanto su cargo lo obligará a decir, pone en conocimiento de sus excelencias los consejeros que se ha presentado una denuncia de Stefano Giaraffa contra su excelencia el obispo Turro Mendoza, por haber cometido nefando crimen sobre su hijo Carlino, niño de seis años y medio de edad.

Su excelencia el obispo, apenas oídas estas palabras, pedía humildemente a la magnífica excelencia del virrey no estar presente en el proseguimiento del consejo, para que este pueda continuar libremente sin el estorbo de su presencia.

Obtenido el asentimiento y con su excelencia el obispo fuera de la sala, el gran capitán preguntaba a la magnífica excelencia del virrey si dicha cuestión, concerniente al más alto representante de la Iglesia en el reino de Sicilia, más que ser discutida por todo el consejo no habría debido tratarse directamente con la persona del virrey, como legado natural del papa y, por eso, el único al cual su excelencia el obispo debía obediencia y sumisión sin apartarse en absoluto del rigor de la ley.

La magnífica excelencia del virrey respondía que, habiéndole la majestad del rey Carlos recomendado mucho que hiciera un muy discreto uso de la legación apostólica, y mejor aún que no hiciera ningún uso de ella, tratándose de una *vexata quaestio*, que podía producir roces entre reino y papado, no le parecía oportuno en aquel momento ejercer su derecho.

El gran capitán de justicia ponía entonces en conocimiento del consejo que él, dada la gravedad de la

acusación, entretanto se había esforzado por descubrir la verdad.

Y había sabido que quince días antes de la denuncia el padre del niño, Stefano Giaraffa, administrador de los bienes civiles de la Iglesia palermitana, había sido despedido por su excelencia el obispo por malversación y apropiación indebida y que había presentado una denuncia contra él. Denuncia que el gran capitán había encontrado entre los papeles de uno de sus funcionarios. Dos escribientes que trabajaban con Giaraffa han declarado, además, bajo juramento que, conocido su despido, Giaraffa había proferido oscuras amenazas contra su excelencia Turro Mendoza.

Considerados los resultados, el gran capitán propone no dar curso a la denuncia y proceder por calumnia contra el mismo Giaraffa.

El virrey se dijo de acuerdo. Y así todo el consejo.

Otra vez dentro su excelencia Turro Mendoza, informado de cuanto había ocurrido en el consejo, suplicaba a la magnificencia del virrey que perdonara la calumnia de Giaraffa, de modo que la gente se olvidara lo antes posible de dicha infamia y no hiciese leña para alimentar el fuego de las maledicencias contra él, que ya había bastantes.

La magnificencia del virrey consentía.

—Está claro —comentó don Serafino—, que el gran capitán y el obispo se habían puesto de acuerdo antes del consejo. Hicieron un poco de teatro. Como también está claro que la denuncia por malversación es falsa y está oportunamente antedatada. Y los dos escribientes fueron amenazados o comprados.

Doña Eleonora, en cambio, permaneció en silencio. Tan largo que en un momento dado el protomédico, armándose de valor, se aventuró a preguntarle:

—¿En qué pensáis, señora?

—Estoy pensando que cuando su majestad el rey recomendó a mi esposo que no se sirviera de su calidad de legado natural del papa, yo no estaba presente, así que podría ignorar su recomendación. No hay nada por escrito. ¿Qué os parece?

—¿Queréis valeros de ello? —se sorprendió don Serafino.

—¿Esta situación os da miedo?

—Un poco, perdonad la franqueza.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que un virrey ha actuado como legado natural del papa ha tenido, sí, el apoyo del rey, pero buena parte de la Iglesia siciliana se ha rebelado.

—Lo sé. Solo como *extrema ratio* —espetó la marquesa—, podría usar mi autoridad de legado pontificio y privarlo de todos los poderes. Ya habría podido hacerlo, porque levantó a la población en mi contra, que represento la persona del papa.

—¿Por qué no lo habéis hecho?

—Porque él quedaría libre de seguir con sus horribles maldades con los niños. Y yo quiero evitarlo. Quiero que muera en la cárcel.

Volvió a quedarse en silencio. Luego dijo:

—Mañana por la mañana ordenaré que vengan a las nueve de la mañana el gran capitán de justicia y el juez de la monarquía a palacio. Venid vos también, aunque no participéis en la reunión. Estoy más segura si estáis cerca de mí. Entretanto, os lo ruego, volved a visitar ahora mismo a esa mujer para que os diga dónde vive su hermano en Catania. Quiero verlo. Debe saber que se le hará justicia.

Al día siguiente, por la mañana temprano, cuando aún don Serafino no había salido de casa, se presentó, muy preocupado, el doctor Virgadamo.

—¿Qué sucede?

—Fui a la casa de Mariano Bonifati para ver cómo estaba Cenzino, pero no había nadie. Puertas y ventanas atrancadas, los vecinos no sabían nada. Entonces fui al almacén de aceite. Encontré a los diez trabajadores delante del portón cerrado sin saber qué hacer. No habían podido entrar a trabajar. Y no tenían noticias de Bonifati.

Don Serafino tuvo un sudor frío.

Un pensamiento terrible le atravesó el cerebro.

¿Y si aquella desaparición era obra del obispo? Podía ser que hubiera sabido de su visita para convencerlo de presentar la denuncia, y para ponerse completamente a salvo hubiera cogido a Bonifati y toda su familia.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó Virgadamo.

—No podemos hacer nada —respondió el protomédico, apretando los dientes—. Solo esperar verlos otra vez vivos.

Porque lo que le daba más rabia y casi le hacía perder el sentido era la impotencia.

Por eso llegó con anticipación a palacio, para informar a doña Eleonora de lo que le había contado Virgadamo.

La marquesa no hizo comentarios, pero su tez perdió la brillantez.

En efecto, este fue el primer tema del que habló ante todo con el gran capitán de justicia.

Don Filippo Arcadipane rogó a la marquesa que aplazara la sesión y mandó llamar a Aurelio Torregrossa, que era el mejor de sus hombres, un policía nacido y crecido allí, que conocía Palermo y sus alrededores como la palma de su mano, encargándole que buscara inmediatamente a Mariano Bonifati y su familia.

Y al final la puerta del despacho pudo cerrarse y comenzó la reunión.

La marquesa tuvo tiempo de decir tres palabras.

—Yo os agradezco...

Y debió interrumpirse otra vez porque estaban golpeando la puerta. Y con una cierta fuerza.

—¡Entrad! —espetó un poco molesta doña Eleonora.

La puerta se abrió y apareció Aurelio Torregrossa.

Parecía confundido e inseguro.

—Pido perdón, pero no sé cómo...

—Daos prisa —le pidió don Filippo.

—Esta mañana temprano, dos guardias fueron agredidos sin ninguna razón por un hombre armado con un palo que...

—No entiendo por qué estáis aquí haciéndonos perder el tiempo y perdiéndolo

vos mismo contándonos esta historia cuando os había ordenado que... —lo interrumpió don Filippo fastidiado.

—Os ruego que me dejéis terminar. El hombre ha sido arrestado, pero ha comenzado a gritar que quería hablar con el protomédico. Lo han intentado todo para que esté en silencio, pero no lo han conseguido. Entonces ha dicho que quería hablar con vos, señor gran capitán. Dice que es una cuestión de vida o muerte. Sabiendo que estabais aquí, mis hombres lo han acompañado a palacio. Yo lo he visto, no me parece un loco.

—¿Ha dicho su nombre?

—No quiere decirlo si no es en vuestra presencia.

—Perdonadme, señora —espetó don Filippo, levantándose—. Voy a escuchar qué quiere y...

—No, esperad —soltó doña Eleonora, que después de todo seguía siendo una mujer y, como tal, curiosa—. Quiero escucharlo también yo.

Torregrossa salió y volvió sujetando por un brazo a un hombre de mediana edad, con ropas harapientas, la cara hinchada por los puñetazos recibidos, y una ceja roja de la cual manaba sangre.

Era evidentemente incapaz de hablar si antes no se reponía un poco. Doña Eleonora lo hizo sentar, le hizo traer agua para beber.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó el gran capitán.

—Mariano Bonifati —respondió el hombre.

La primera en recuperarse del pasmo general fue doña Eleonora.

Turro Mendoza contraataca

—El protomédico está aquí —dijo con voz suave—. ¿Queréis hablar en su presencia?

—Sí.

Don Serafino, que había sido mandado por doña Eleonora a la habitación de al lado, fue hecho llamar. En cuanto vio a Bonifati, su cara se volvió sonriente.

—Si estoy aquí es por vos —dijo Bonifati, vuelto hacia el protomédico—. Vos me habéis llamado cobarde porque me negaba a presentar la denuncia. Y yo desde ese momento no he podido dormir. Así que esta noche he cogido a mi familia y la he puesto a salvo. A los dos guardias los apaleé para hacerme arrestar. Pensé que la entrada del cuerpo de guardia, si iba a hacer la denuncia, podía estar vigilada por los hombres del obispo. Con los guardias estamos empatados. Yo les di y ellos me dieron. Y ahora estoy aquí, a vuestra disposición.

Don Serafino miró a doña Eleonora, que le hizo señas de que continuara.

—¿Estáis dispuesto a denunciar al obispo Turro Mendoza, y a confirmarlo en el tribunal, por el nefando crimen cometido en perjuicio de vuestro hijo? —preguntó el protomédico.

—Sí.

El gran capitán se levantó y llamó a Torregrossa.

—Con el permiso de la virreina, id con el señor Bonifati al despacho y recoged la denuncia. Luego haced de modo que el señor Bonifati tenga alojamiento y comida en nuestro mismo despacho. Dada la situación de peligro en la cual se encontrará una vez hecha la denuncia, os consideraré personalmente responsable si tratan de hacerle daño o le ocurre algo a su familia.

Intervino doña Eleonora.

—Por lo que se refiere a la familia, tengo una idea mejor. Señor Bonifati, decid al señor Torregrossa dónde la habéis escondido. Que sea acompañada aquí protegida por los guardias. Quiero que sea alojada en el palacio, hasta que el obispo esté encerrado en lugar seguro.

La reunión duró una hora. El juez de la monarquía fue de la misma opinión que doña Eleonora, es decir, que no se debía plantear la cuestión de la legación apostólica. Todo debía hacerse por juicio ordinario.

Por eso, quien llevaría la acusación sería el gran capitán de justicia.

Este dijo que entonces se debía considerar que el nefando crimen preveía el arresto inmediato del reo una vez que se hubieran recopilado una cierta cantidad de pruebas.

Aquí estaba la prueba máxima del médico que había cuidado al pequeño.

¿Debía proceder al arresto?

Doña Eleonora respondió que en su opinión era mejor esperar hasta que hubiera la segunda denuncia, la de Giaraffa. Y dado que ni el gran capitán ni el juez de la monarquía sabían nada de ese asunto, les contó todo.

Estuvieron de acuerdo.

Aquel mismo día, al atardecer, Turro Mendoza recibió una visita que no esperaba en absoluto.

La de don Severino Lomascio, antiguo juez de la monarquía.

El obispo, aunque no se lo dijo, se asombró de verlo en tan malas condiciones, desaliñado y con la camisa hecha jirones. Solo los ojos de zorro eran los de siempre.

—Os creía aún en la cárcel —espetó el obispo.

—Anteayer, don Esteban me dejó salir —dijo don Severino—. Y yo que primero no tenía elección, fuera de la cárcel me encontré con que no sabía adónde ir.

—¿Por qué?

—Porque don Esteban había hecho embargar mis dos palacios de Palermo y el castillo de Roccalumera.

—¿Y vuestra familia?

—Mi mujer, con mis dos hijas, se ha ido donde su hermana en Girgenti y ya no me quiere ver. Por suerte, un viejo criado me dio una cama y un plato de menestra.

El obispo se asustó.

¿Era posible que don Severino, reducido a la miseria, hubiera ido a pedirle dinero?

—¿Os puedo ser útil en algo? —preguntó, con cautela.

La pregunta había debido hacérsela por fuerza. Con alivio, vio que don Severino hacía señas de que no con la cabeza.

—Al revés —dijo.

El obispo se asombró.

—¿Qué quiere decir al revés?

—¿No lo sabéis? Al revés quiere decir al contrario.

—Pero ¿al contrario de qué?

—Que no sois vos, sino que soy yo quien puede seros útil en algo. Y creedme que es así.

—No entiendo —espetó el obispo.

—Os lo explico. Esta tarde, mientras estaba yendo hacia la casa de mi criado, encontré a un escribiente del despacho del juez de la monarquía, una buena persona a la que yo hice un favor enorme cuando ocupaba el cargo y me está muy agradecido. Y este escribiente, en grandísimo secreto, me ha revelado una cosa muy importante, una cosa que os afecta directamente, de la cual no sabéis nada y que representa un terrible peligro para vos. Entonces pensé que era mejor cambiar de camino y venir

aquí a decíroslo.

—Decídmela.

Don Severino bostezó, se sonó la nariz, se miró la punta de los zapatos y no respondió.

—¿Entonces?

—Vale oro —dijo don Severino.

—Si vale oro lo estableceré yo después de que me hayáis dicho de qué se trata —rebató el obispo.

—Se paga antes y después —dijo don Severino.

¿Qué quería decir antes y después?

—¿Queréis la mitad del dinero antes y la otra mitad después de haberme dado la información?

—No. Quiero que me paguéis primero por la información y luego dos veces lo mismo para deciros el modo de eludirla.

—¿Bromeamos?

—No.

—¿Y cuánto vale la información?

Don Severino cerró los ojos. Los abrió y dio el golpe.

—Tres mil escudos, teniendo en cuenta que somos amigos.

Turro Mendoza pegó un salto en el sillón.

—¿Os habéis vuelto loco?

—Entonces, ¿vuestra respuesta es no?

—Claro que es no.

—Entonces me despido —espetó don Severino levantándose y encaminándose hacia la puerta.

Pero antes de salir se detuvo, se volvió a medias y preguntó:

—¿Os dice algo el nombre de Bonifati?

—¡Volved aquí! —exclamó el obispo.

Habría querido gritar, pero la voz que le salió era la de un pavo al que tiraban del cuello.

Don Severino, con una sonrisita, volvió a sentarse.

Pero el obispo ya se había arrepentido de no haber sabido mantener la calma. Puso cara de indiferencia.

—Se dicen tantas cosas sobre mí... —dijo.

—Esta vez es por escrito.

—¿Es decir?

—Es decir que primero quiero los tres mil escudos delante de mí.

—Me queréis arruinar.

—Siempre es mejor que quedarse sin nada, como yo.

—Dejémoslo en dos mil.

—Entonces, si es así, los escudos se convierten en tres mil quinientos. Y pueden

aumentar a cuatro mil.

—Está bien, está bien.

El obispo se lo pensó un momento. Luego se levantó.

—Esperadme aquí. Tardaré un poco.

—Tengo toda la paciencia que queráis.

Turro Mendoza volvió cuando habían pasado tres cuartos de hora. Detrás de él iba don Puglia, que sostenía tres sacos llenos a reventar y muy pesados. Los posó sobre el escritorio y salió cerrando la puerta.

Don Severino quitó el cordel que los ataba, los abrió uno a uno, miró dentro y los volvió a cerrar.

—Ante todo, os quiero dar una información gratis. No es verdad que después de haber encontrado a mi amigo escribiente haya acudido directamente aquí. Fui a la casa de mi antiguo criado y le di una nota. En la cual está escrito que he venido aquí a hablaros de Bonifati. Si no regreso esta noche, él entregará la nota al gran capitán. ¿Nos hemos entendido?

El obispo se persuadió de inmediato de que le estaba contando una mentira. No había escrito nada, solo quería cubrirse las espaldas. Fingió creerle.

—Perfectamente —dijo—. Y ahora hablad.

—Bonifati os ha denunciado por el estropicio que habéis hecho a su hijo.

Pareció que al obispo le daba un ataque. Amagó sentarse, pero cayó sobre el sillón moviendo los brazos en el aire como para aferrarse a algo que no estaba.

—¿Me ha denunciado?!

—Y no solo eso. Tienen las pruebas. Aún no han llegado porque doña Eleonora quiere que Giaraffa, cuya anterior denuncia contra vos por el mismo motivo no había sido aceptada por nosotros, los del consejo, como recordaréis, vuelva a Palermo para volver a presentarla. En este punto, con dos denuncias probadas, egregio amigo, estáis jodido de una vez por todas.

Turro Mendoza tenía los ojos fuera de las órbitas, el sudor le bajaba por la frente y resoplaba. Un ligero temblor le sacudía todo, un hilo de baba le caía de una comisura de la boca. No podía hablar. Hacía señas con una mano a don Severino de que esperara un momento.

—Perdonadme, pero no puedo perder el tiempo —espetó, en cambio, el otro—. Vuelvo dentro de una hora.

Cogió los sacos, los metió dentro de una bolsa más grande que tenía atada a la cintura, envolvió encima la capa y salió. En la antecámara, don Puglia, que estaba sentado detrás de una mesita llena de papeles, lo miró y se levantó.

—Su excelencia me había dicho que os acompañara.

—Creo que su excelencia ha cambiado de opinión —le dijo sonriendo don Severino—. De todos modos, me parece que os necesita.

Cuando don Severino volvió sin los sacos, encontró al obispo pálido como un muerto, pero con la cabeza despejada.

—No tengo tiempo que perder —empezó, sentándose.

—Yo tampoco —dijo Turro Mendoza.

—Entonces vayamos al meollo del asunto. ¿En este tiempo se os ha ocurrido alguna idea sobre cómo salir de esta?

—No.

—Yo hice la cuenta.

—¿Qué cuenta?

—La cuenta de los días que tenéis antes de que os arresten. Son seis o siete. Soy experto en estas cosas.

—¿Y entonces?

—Habría que detener a doña Eleonora en estos siete días, antes de que el gran capitán dé la orden de encarcelaros.

—¿Y cómo?

—Yo sé cómo. Es el único camino que os queda. Lo bueno es que es un camino que conocéis también vos, solo que no conseguís verlo.

—Hacédmelo ver vos.

—Primero, el dinero.

—¿Y si lo que tenéis en la cabeza no funciona?

—Funciona, funciona, os lo aseguro. Cuanto más tiempo perdáis, peor para vos.

—Escuchadme, os hablo con sinceridad. Aquí, en casa, no tengo los seis mil escudos. Tengo menos.

—¿Cuánto tenéis?

—Cinco mil.

—Está bien.

El obispo se levantó con esfuerzo.

—Voy a...

—Se hace como yo digo —dijo don Severino—. Oídme bien. Ahora saldré primero. Cuando vos salgáis con don Puglia trayendo los cinco sacos, delante del portón encontraréis una carroza conmigo dentro. Don Puglia me da los sacos y se vuelve cerrando el portón. Vos, en cambio, después de que don Puglia se haya marchado, subís a la carroza y os lo digo todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Lo primero que don Severino dijo al obispo, en cuanto don Puglia cerró el portón, fue:

—Os advierto que estoy armado. Si habéis pensado en tenderme una trampa, sois hombre muerto.

—No he pensado en ninguna trampa —dijo Turro Mendoza—. Pero decidme qué camino...

—El camino lo habéis tenido siempre delante de los ojos. Y en vez de cogerlo enseguida, os habéis puesto a hacer gilipolleces como sublevaciones populares, sermones en la catedral..., aparición de falsos fantasmas... En la cárcel me lo contaban todo. Teníais delante su punto débil y no...

—Acabad con esta lata —lo interrumpió el obispo—. ¿Cuál es su punto débil?

—Que es una mujer —espetó don Severino.

El obispo se enfureció.

—¡Devolvedme los cinco mil escudos! —vociferó—. ¡Sois un ladrón!

—¡Y vos un capullo!

—¿Qué pretendéis resolver diciéndome que doña Eleonora es una mujer?

—Todo.

—¡¿Cómo?! —espetó exasperado el obispo.

—¿Cómo? Mandando de inmediato una carta al papa y explicándole cómo es posible que en Sicilia su legado natural sea una mujer.

Al obispo por un momento le faltó el aliento.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Es verdad! —tuvo la fuerza de exclamar poco después.

Bajó y se puso a llamar a la desesperada al portón. La carroza con don Severino y los cinco mil escudos partió a toda velocidad.

Don Severino no sabía, mientras la carroza corría y él acariciaba feliz y contento los cinco sacos a sus pies, que lo perseguía la muerte.

En efecto, don Puglia, apenas entrado por el portón del palacio episcopal, había atravesado a la carrera el patio interior y había salido de nuevo por la puerta de atrás. Luego había dado la vuelta a la esquina y, caminando encorvado, se había acercado a la carroza por la parte de atrás y, sin que el cochero se diera cuenta, se había subido al eje de las ruedas, aferrado con las dos manos a las manillas de metal que servían a los palafreneros de las carrozas nobles.

Cuando la carroza se encontraba en el bosque de la Favorita, don Puglia decidió pasar a la acción. La carroza era vieja y la tela que la cubría se había gastado. Desplazando un poco su mano derecha y palpando despacio podía sentir el bulto que hacían en la tela los hombros de don Severino, que estaban apoyados por dentro.

Sacó el puñal y, sosteniéndose bien con la mano izquierda a la manilla, lo levantó con el brazo estirado hacia atrás y luego lo clavó con toda su fuerza en medio del bulto. El puñal desgarró la tela, el traje, la piel y las carnes de don Severino. Don Puglia dejó pasar algunos minutos, quedándose quieto. Luego, antes de retirar el puñal, palpó y sintió que la tela estaba húmeda. De sangre, naturalmente. Solo entonces recuperó el arma. Ahora venía la parte más peligrosa. No sabía si el cochero era joven o viejo, no sabía si había sido contratado o si era un amigo de don Severino.

Levantó el pie izquierdo tan alto como pudo y metió la punta dentro de la manilla donde antes había tenido la mano. Lo aguantaba. De golpe, se encontró panza abajo en el techo de la carroza. Sostenía el puñal entre los dientes. La oscuridad era muy densa, no conseguía ver nada. Se arrastró hacia delante, temiendo que en cualquier momento el eje que sostenía la tela se rompiera. Luego comprendió que los hombros del cochero se encontraban a poca distancia, a menos de un brazo. Se arrastró aún más adelante. En aquel momento, la carroza atravesó un trecho de camino en el cual los árboles eran menos densos y la débil luz de la luna bastó a don Puglia para saltar como una serpiente. El cochero abandonó las riendas y, sin decir una palabra, se inclinó de costado y luego cayó al suelo. Con un brinco, don Puglia ocupó su sitio, sujetó las riendas y detuvo a los dos caballos.

Bajó, volvió hacia atrás hasta donde había caído el cochero, recuperó el puñal, fue a la carroza, abrió la puerta, tiró al suelo el cadáver de don Severino, luego montó en el pescante, hizo girar los caballos y se encaminó hacia Palermo.

Nada más entrar en el palacio episcopal, Turro Mendoza se había precipitado a la biblioteca haciéndose encender todos los candelabros y ordenando que pusieran sobre una gran mesa todos los papeles y los libros concernientes a la cuestión de la legación apostólica, la cual, hecho único en toda la cristiandad, estaba concentrada en una sola persona, el rey de Sicilia y, en consecuencia, en el virrey que lo representaba, tanto para el poder civil como para el eclesiástico. Quien había tenido esta brillante idea había sido el papa Urbano II, que en 1098 la había convertido en ley con la bula *Quia propter prudentiam tuam*. Pero luego, durante siglos, todos se habían olvidado o querido olvidar. A fines del siglo xv, Gian Luca Barberio la había retirado. Y había provocado un alboroto con el papa, que ya no la quería reconocer. Y así había habido grandes polémicas, riñas, malos modales, venganzas y desaires entre los reyes de España y los diversos papas. Hasta que en 1605 el cardenal Baronio se había salido con que la famosa bula no había sido escrita por el papa Urbano, sino por el antipapa Anacleto, por lo cual valía menos que un escudo falso. Los reyes de España respondieron que el cardenal Baronio les importaba un carajo, querían saber qué pensaba el papa en relación con el autor de la bula. El papa había respondido que necesitaba un poco de tiempo para decidir. Habían pasado decenas y más decenas de años y esta decisión papal no había llegado nunca.

El obispo apartó todo lo que había leído y comenzó a pensar en ello. Fue interrumpido por la entrada de don Puglia.

—Todo en orden. Recuperé los cinco sacos y los dejé donde los habíamos retirado.

El obispo no le preguntó cómo había hecho para recuperarlos. Se lo imaginaba perfectamente.

—¿Qué hiciste con la carroza?

—Le prendí fuego después de haberla llevado lejos de aquí. A los caballos los dejé libres.

—Está bien. Vete a dormir tres horas, porque luego deberás partir.

—¿Adónde debo ir?

—A Roma. Debes llevar una carta mía al papa. Y debes tardar como máximo tres días. Si lo consigues, uno de los cinco sacos es tuyo.

—Entonces no me acuesto. Bajo al puerto. Tengo que alquilar el velero más rápido que encuentre. Os costará caro, pero antes de tres días vuestra carta será entregada.

Tardó más de tres horas en escribir la carta.

Pero cuando la releyó le pareció una obra maestra. Cada palabra era un clavo que sellaba el ataúd de doña Eleonora.

Por si no lo recordaba, la carta comenzaba con una breve historia de la legación apostólica en el reino de Sicilia y de como siempre había sido motivo de malestar en la isla.

Malestar que en los últimos días se había hecho más fuerte a causa de la desazón en la cual él, como obispo de Palermo y jefe de la Iglesia siciliana, se había encontrado cuando, a la muerte del virrey, su mujer lo había sucedido en el cargo.

Esta, en consecuencia, se había convertido en legado natural del papa.

Ahora bien, ¿quiénes habían sido y seguían siendo los legados pontificios? Cardenales, obispos y monseñores, toda gente que se había ordenado.

¿Alguna vez se había dado el caso de que un legado fuera mujer? No solo nunca había ocurrido, sino que además era impensable.

Entonces, ¿cómo podía un obispo obedecer a un legado femenino? ¿Obedecer no habría olido a herejía? Preguntaba esto con ánimo desgarrado.

He aquí por qué él, Turro Mendoza, con filial devoción suplicaba a su santidad el papa para que interviniera de inmediato ante el rey de España reclamando a su patria a la virreina y declarando la nulidad de sus actos de gobierno y de justicia, tanto *sub jure proprio* como *sub jure legationis*.

Además, semejante *monstrum*, si no se procedía a eliminarlo a tiempo, complicaría aún más la resolución definitiva de la cuestión de la legación apostólica en Sicilia.

A las seis de la mañana, don Puglia estaba a bordo del bajel que zarpaba hacia Nápoles.

16

La partida llega a su fin

El obispo estaba preocupado de explicar minuciosamente a don Puglia cómo debía moverse una vez que llegara a la corte papal, y le había dado también el nombre de la persona adecuada, un cardenal muy cercano al papa y buen amigo suyo, de absoluta confianza, al cual debía dirigirse. Don Puglia se atuvo escrupulosamente a las indicaciones.

Fue así que la carta de Turro Mendoza llegó a las manos del papa, Inocencio XI, recién subido al trono pontificio, a grandísima velocidad, es decir, tres días y siete horas después de haber sido escrita.

En la tarde del 30 de septiembre, mientras don Puglia se encaminaba hacia Nápoles para embarcarse de nuevo y regresar a Palermo, de Roma partía una carta del papa al rey Carlos, en la cual se pedía la destitución del cargo de doña Eleonora de Mora a partir del día siguiente, primero de octubre, y su inmediato regreso a España porque de ningún modo podía seguir haciendo de virrey, dado que ser virrey significaba ser también legado natural del papa y un legado natural del papa no podía ser de ningún modo y por ninguna razón del mundo una mujer.

En la carta se pedía también que se consideraran nulos, como lógica e indiscutible consecuencia, todos los actos que doña Eleonora había hecho fuera como virreina, fuera como legado.

En caso contrario, concluía la carta, la santísima paciencia y la santísima prudencia del Santo Padre respecto del legado apostólico en Sicilia podían desaparecer de golpe, y el Santo Padre, rotos sus santísimos cojones, habría dado su tan esperada respuesta, respuesta que, de seguro, no habría sido favorable a la opinión anteriormente expresada por los reyes de España.

Entonces, llegando a la conclusión práctica: ¿no era mejor quitarse del medio el objeto de la cuestión y dejar aún durante algún tiempo las cosas como estaban?

Entretanto, a Stefano Giaraffa le parecía mentira correr a Palermo desde Catania para volver a presentar la denuncia contra el obispo. Cuando supo que había una denuncia del obispo contra él y que había sido despedido, se cayó de las nubes. Precisó que nunca había sido ni denunciado ni despedido y que había dejado su puesto de administrador y escapado a Catania por las amenazas recibidas del obispo.

Refirió al gran capitán que también él había llamado a un médico, don Silvestro de Giovanni, para su hijo Carlino, pero que este se había negado a prestar testimonio, por temor a perder el trabajo, dado que era el médico de todo el obispado. Pero de

seguro este médico, visto el peligro, antes o después se decidiría a cumplir con su deber. Quizá también dándole a entender la posibilidad de acabar en la cárcel si no decía la verdad.

Y así se llegó al punto más delicado de todo el asunto: ¿cómo arrestar al obispo?

Era la primera vez que ocurría algo similar y había que proceder después de haberlo pensado largamente.

Doña Eleonora, el gran capitán y el juez de la monarquía estaban de acuerdo en que cuanto menos escándalo mejor.

Que el obispo compareciera espontáneamente ante la llamada a palacio no era de esperar y tampoco podría esperarse que no presentara una gran resistencia si lo iban a buscar cincuenta soldados armados.

La mejor idea la tuvo doña Eleonora.

—¿Hay un pasaje interior entre la catedral y el palacio episcopal? —preguntó.

—Sí —respondió don Filippo Arcadipane—. El obispo puede ir directamente del palacio a la catedral a través de una puerta que está en la sacristía.

—Hay que mantener esa puerta cerrada. Que se pongan dos o más soldados de guardia. El obispo tiene que estar aislado en sus apartamentos del palacio, que estarán vigilados día y noche para impedir su eventual fuga. Así, la catedral estará abierta al culto y no podrán acusarnos de haber abusado de nuestra autoridad. Vos, don Filippo, hoy mismo comunicaréis al obispo nuestra decisión como consecuencia de las acusaciones en su contra.

—Pero ¿cuándo debe presentarse ante el tribunal? —preguntó el juez de la monarquía.

—Entonces le preguntaremos si quiere pedir perdón. Si dice que sí, deberá presentarse encadenado. Si dice que no, será condenado, y solo entonces lo cogeremos por la fuerza.

Al contrario de cuanto don Filippo esperaba, Turro Mendoza se mantuvo bastante calmado ante la noticia de que debía considerarse arrestado y que solo por deferencia hacia él doña Eleonora había decidido no mandarlo a la cárcel. Respondió diciendo que aquella era una gran prueba que el Señor le quería hacer pasar y que él estaba seguro de que la superaría con la fuerza que le daba la fe. Luego, don Filippo le pidió una lista de un máximo de diez personas que serían las únicas autorizadas a entrar y salir del obispado. Entre estas diez, el obispo incluyó también el nombre de don Puglia, su secretario, que, explicó, en ese momento estaba ausente de Palermo, pero volvería pronto. Era una persona a la que era preciso dejar pasar a cualquier hora del día o de la noche.

El grandísimo palacio episcopal, entre portones principales, portones secundarios, portones para las carrozas y para las calles, y portezuelas más o menos escondidas, sumaba doce accesos, por lo que los soldados armados puestos de guardia fueron

veintipico.

Y aún hay más. Estos soldados detenían a la gente que entraba, querían saber qué iban a hacer y a quién iban a ver. Al cabo de medio día, toda Palermo supo que estaba ocurriendo algo extraño con su excelencia el obispo.

La primera noche pasó tranquila.

En las primeras horas del día siguiente, el inquisidor don Camilo Rojas y Penalta pidió audiencia con doña Eleonora.

Ella lo había visto una sola vez, cuando don Camilo había acudido a presentarle sus respetos y le había caído de inmediato antipático. Enjuto como un esqueleto, en la calavera de muerto que era su cabeza llevaba una venda negra ocultándole el ojo izquierdo, que le había arrancado un condenado que, casi enloquecido después de horas y más horas de tortura, se había fingido desmayado y luego lo había agarrado.

Don Camilo daba siempre la impresión de una bestia salvaje hambrienta porque hacía muchos años que el Santo Oficio estaba en horas bajas, no se encontraba un hereje aunque se le pagara su precio en oro, las brujas habían desaparecido y ya no había nadie a quien quemar en la plaza pública. ¿Adónde habían ido a parar los maravillosos autos de fe? Ahora había que conformarse torturando a falsos testimonios, maridos que tenían dos mujeres, personas que decían calumnias y falsedades. Todas cosas que también eran competencia de la justicia normal, por eso a menudo surgían problemas de competencia entre los dos tribunales.

Doña Eleonora esperaba aquella visita desde el momento en que había hecho encerrar al obispo en sus apartamentos y se había preparado bien.

—Me han referido que su excelencia el obispo Turro Mendoza está detenido en su palacio —empezó don Camilo—. Y vine aquí a deplorar que el Santo Oficio no haya sido excluido, y a su debido tiempo, de las acusaciones a su cargo. Según la costumbre y la norma que no se han infringido nunca...

—¿Vos las conocéis personalmente? —lo interrumpió la marquesa.

—¿Las acusaciones? No. Y os agradecería si...

—Está acusado de cometer un execrable crimen contra dos niños que formaban parte del coro de la catedral.

El inquisidor puso cara de asombro.

—¿Lo decís en serio?!

Doña Eleonora lo miró sin dignarse a responder. Don Camilo se llevó la mano a la frente.

—¿De verdad, me parece increíble!

Tampoco esta vez la marquesa dijo nada.

—¿Ha confesado?

—Ha dicho que se trata de una prueba a la que lo quiere someter Dios.

Don Camilo se pasó la lengua por los labios.

—Si es culpable, cuestión que todavía debemos aclarar, yo sabría cómo hacerlo confesar.

Doña Eleonora, ante aquellas palabras, sintió un puñetazo en la boca del estómago. Miró a don Camilo bajando los párpados, con los ojos convertidos casi en dos fisuras.

—¿Cómo estáis tan seguro de que un hombre dice la verdad, o más bien la verdad que vos queréis que declare, solo para suspender la tortura a la que está sometido?

—Si él dice lo que yo quiero escuchar, ese hombre habrá dicho de todas formas y siempre la verdad, porque yo soy la verdad.

Doña Eleonora no pudo aguantar más. Quería liberarse lo antes posible de la vista de aquel hombre.

—Y ahora que sabéis de qué ha sido acusado el obispo...

—Ahora que lo sé, me parece que no cabe duda de que la competencia es del Santo Oficio. Se trata de un crimen cometido por un obispo.

—No quiero discutir con vos —espetó dura la marquesa.

—Perdonadme —dijo enseguida don Camilo.

—Os ruego —continuó doña Eleonora— que sometáis la cuestión al juez de la monarquía. Él es más competente que yo.

Don Camilo se inclinó y amagó marcharse. Doña Eleonora volvió a hablar.

—Sin embargo, me gustaría subrayar que yo, en mi calidad de legado natural del papa, ante un crimen cometido por un obispo podría solucionar el caso con total autoridad. Pero de momento no quiero hacerlo.

Por la tarde, don Gaetano Currò, el juez de la monarquía, se mostró bastante preocupado con doña Eleonora.

—He discutido largamente con don Camilo Rojas y Penalta. Por desgracia, no tenemos flechas para nuestro arco.

—¿Tiene razón él?

—Por desgracia, sí. No hay nada escrito, cuidado, pero es costumbre que los delitos comunes cometidos por hombres y mujeres de Iglesia sean de pertenencia del Santo Oficio. Y con mayor razón tratándose de un obispo, del jefe de la Iglesia siciliana, temo que sea precisamente don Camilo quien deba ocuparse. Ha puesto el ejemplo de siete casos de curas, entre ellos un monseñor, condenados por el nefando crimen por el Santo Oficio en los últimos tres años.

—¿Lo habéis comprobado?

—Ciertamente. He leído todas las sentencias de condena de los últimos tres años.

—¿También las causas absolutorias?

—Sí. También las absolutorias.

—¿Hay casos en que el Santo Oficio no haya tenido en cuenta las acusaciones de execrable crimen contra los curas como no verdaderas? —preguntó doña Eleonora.

—Sí. Dos.

La marquesa estaba pensativa. Luego preguntó otra vez:

—¿Sabéis qué relaciones existen entre Turro Mendoza y don Camilo?

La cara del juez de la monarquía se ensombreció aún más.

—Decir fraternales es poco.

Hizo una pausa y continuó.

—Y eso es lo que me preocupa. Si no fueran amigos, que Turro Mendoza fuera juzgado por nosotros o por el tribunal de la Inquisición cambiaría poco. Pero vos me habéis hecho sospechar de que se trata de una acción que tiene como último objetivo absolver al obispo de las acusaciones.

—Mientras yo esté aquí, eso no pasará nunca —dijo con firmeza doña Eleonora.

Don Gaetano Currò se miró de inmediato la punta de los zapatos. La llama negra que a veces se encendía en los ojos de aquella mujer era insostenible.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó después de un momento la marquesa.

—Para empezar, quisiera tener la prueba de nuestra sospecha —espetó don Gaetano.

—¿Es decir...?

—Comunicar al obispo la solicitud del Santo Oficio. Y ver su reacción. La Inquisición es sinónimo de torturas feroces, y cualquier persona normal pagaría oro para someterse al juicio de un tribunal real. En cambio, si él acepta sin protestar ser procesado por el tribunal del Santo Oficio, quiere decir que confía en la amistad con don Camilo y sabe que puede salirse de rositas.

Don Gaetano volvió a palacio dos horas después. Había hablado con el obispo y él había encontrado más que justo que lo juzgara el Santo Oficio.

Por eso, ahora ya no había dudas: don Camilo Rojas y Penalta habría sentenciado que las acusaciones eran falsas.

—¿Y entonces? —inquirió doña Eleonora.

—Entonces no queda más que continuar adelante como si la solicitud de don Camilo nunca hubiera existido —dijo don Filippo.

—¿Y qué ganamos con ello?

—Tiempo, mi señora. Ganamos un tiempo precioso. Antes de que don Camilo tenga ocasión de renovar de modo más enérgico, y por escrito, su solicitud, nosotros ya debemos haber juzgado y condenado al obispo. Todo debe resolverse en el menor tiempo posible.

Entretanto, mientras había una hermosa jornada de sol tanto en España como en Sicilia, ocurrieron dos cosas muy importantes.

La primera fue que su majestad el rey de España había recibido a toda prisa la

carta del papa. Y la leyó. Luego reunió de inmediato en consejo a sus consejeros.

La discusión fue breve y tres horas después la respuesta estaba lista.

A su majestad no le costaba demasiado reconocer la seria dificultad en la cual se encontraba la Santa Madre Iglesia teniendo en su seno a un legado papal de sexo indudablemente femenino y, en consecuencia, por más que le resultara gravoso, estaría dispuesto a reclamar a su patria a doña Eleonora de Mora, marquesa de Castel de Roderigo.

Pero con una sola condición. En la cual no podía transigir. *Sine qua non*, como decían los latinos.

Es decir, que habiendo doña Eleonora obrado bien *sub jure proprio*, o sea, por cuanto concernía al reino, y no habiendo usado nunca su poder de legado natural del papa, su majestad no veía ningún motivo por el cual debería declarar nulos los actos de gobierno y de justicia realizados por ella o ya deliberados hasta el último día del mes de septiembre. Que eran asuntos que concernían al reino de España y no al papado. Si su majestad el rey anulara los actos de la virreina, esto podría ser juzgado como una indebida intromisión de la Iglesia en los hechos del reino. Por eso, lo hecho, hecho está, querido papa, y no hay marcha atrás.

Si el papa aceptaba esta condición, bien. En caso contrario, la virreina no habría sido reclamada.

Que decidiera él.

Mientras, a la espera de una pronta respuesta, filialmente y devotísimamente se prosternaba.

La segunda cosa importante que ocurrió fue que el sesentón Cocò Alletto se despertó.

Cierto, no es una gran novedad que alguien, llegada la mañana, abra los ojos y se despierte.

Pero el hecho es que Cocò Alletto no se despertó del sueño, sino de una solemne borrachera que le duraba desde ni siquiera él sabía cuántos días y noches.

Todo había empezado cuando en el único cuartucho al que se había visto reducido se había presentado su antiguo patrón, don Severino Lomascio, marqués de Roccalumera, exjuez de la monarquía, y luego encarcelado y privado de todos sus bienes.

Don Severino le había pedido la caridad de una cama y él le había cedido la suya. Y había compartido con él la menestra.

Luego, a la tarde siguiente, don Severino había vuelto bastante agitado.

—¡Quizá la rueda de la fortuna haya girado a mi favor, Cocò!

Había escrito una larga carta y se la había dado diciendo que, si aquella noche no daba señales de vida, debía entregarla de inmediato al capitán de justicia.

Y encima de la carta había posado sobre la mesa un puñado de monedas.

—Estas son por la molestia.

Y había vuelto a salir.

Nunca Cocò Alletto había tenido tanto dinero, ni siquiera en los tiempos en que hacía de criado en el palacio Lomascio.

Pensó que era mejor permanecer en vela para ver si don Severino volvía o no. Se puso las monedas en el bolsillo, cogió la jarra, salió, fue a la taberna más cercana, se la hizo llenar de vino, volvió y se puso a beber.

La carta la había escondido debajo del jergón que le hacía de cama.

Cuando llegó la luz del día, comprendió que don Severino no había vuelto.

Decidió acabarse la jarra de vino e ir donde el capitán de justicia. Pero se quedó dormido.

Cuando se despertó, no entendía cuánto tiempo había pasado. Pero se persuadió de que don Severino acababa de salir. Por eso, se levantó, salió y fue a hacerse llenar la jarra.

Pero aquella mañana entendió que ya debía de haber pasado bastante tiempo. Por suerte, en la palangana aún había agua. Así que se dio una lavadita y se encaminó hacia el palacio del gran capitán, que era un lugar que conocía bien porque un día sí y otro no había llevado cartas de don Severino cuando era juez.

En efecto, el encargado de recibir tanto las cartas como las súplicas y las denuncias lo reconoció.

Y él, repitiéndole las palabras que le había dicho don Severino, le entregó la carta.

Que una hora después estaba bajo la vista del gran capitán de justicia.

Comenzaba así:

Ilustrísimo don Filippo Arcadipane, os escribe quien una vez fue juez de la monarquía y se sentó en el Sacro Regio Consejo y hoy es solo Severino Lomascio, un miserable reducido a la miseria y obligado a los más bajos expedientes para sobrevivir.

¿Sobrevivir?

Si estáis leyendo estas líneas, solo significa una cosa: que estoy muerto. Muerto asesinado. Entonces sabed que quien ha dado la orden de matarme, probablemente a su secretario, que me parece que se llama Puglia, fue su excelencia el obispo Turro Mendoza.

Os diré las razones con absoluta crudeza, ante todo hacia mí mismo.

Y aquí la carta continuaba explicando cómo, enterado casualmente de que el obispo estaba a punto de acabar procesado por haber cometido el nefando crimen sobre los pequeños del coro, él había ido poco después donde su excelencia pidiéndole tres mil escudos por la información y seis mil por indicarle cómo eludirla.

Se excusaba con el señor capitán, pero no estimaba oportuno escribir este modo en la carta. Quedaría entre él y el obispo.

Estaba más que seguro de que Turro Mendoza aceptaría el intercambio y pagaría con antelación.

Pero estaba igualmente más que seguro de que el obispo haría lo posible y lo imposible para recuperar el dinero desembolsado sirviéndose de su secretario, don Puglia. He aquí por qué corría peligro de muerte.

Según él, el momento más peligroso sería aquel en que partiría del palacio episcopal con la carroza y los sacos con el dinero. Estimaba que una eventual persecución por parte de don Puglia solo podría concluir en el bosque de la Favorita, que estaba obligado a atravesar para llegar al sitio donde embarcaría.

Acababa con la esperanza de que aquella carta no llegara nunca a las manos del capitán de justicia.

Pero, si llegaba, se auguraba que consiguiera mandar a la cárcel al obispo.

Don Filippo Arcadipane acabó de leer y se quedó pensativo.

Si la carta le había llegado, don Severino habría sido asesinado y el obispo habría recuperado su dinero.

Pero era una carta que no tenía ningún valor, el obispo se podría defender sosteniendo que don Severino se lo había inventado todo.

En cambio, las cosas serían distintas si...

Hizo venir a Aurelio Torregrossa.

—¿En los últimos días se han llevado a la Misericordia cadáveres encontrados en el camino que atraviesa la Favorita?

—Sí, uno. Tenía una carroza y la alquilaba haciendo de cochero. Lo reconoció su mujer.

Don Filippo le clavó los ojos.

—¿Y se ha encontrado la carroza?

—No, señor.

—Haceos decir el sitio exacto en que han encontrado el cadáver. Y luego iremos juntos.

—¿A la Favorita?!

—¿Por qué no? Es un día muy bonito, nos vendrá bien un paseo al aire libre.

Todo sale a luz

Torregrossa, como el verdadero sabueso que era, tardó poco y nada en descubrir el sitio donde el cochero había caído al suelo ya herido de muerte y luego, poco más adelante, una segunda gran mancha de sangre mezclada con el polvo.

—Aquí seguro que había un segundo herido.

—Yo también lo veo —espetó don Filippo—. Pero ¿adónde ha ido a parar?

No tuvo respuesta porque Torregrossa se había puesto tenso como un perro de caza. Comenzó a adentrarse en el bosque.

—¿Adónde vais?

Tampoco esta vez tuvo respuesta. Se quedó en el camino, sin saber qué hacer.

Luego oyó la voz de Torregrossa.

—¡Venid aquí!

Apenas entrado, descubrió que había un sendero invisible desde el camino. Lo siguió y en un momento dado se encontró a espaldas de Torregrossa.

—Mirad aquí.

Medio escondida entre las matas silvestres había una especie de cabaña hecha de ramas, de fango y de madera. Delante, sentado en el suelo, había un hombre, que los miraba.

Se acercaron. El hombre, un cuarentón con la barba larga, el pelo desgreñado, el pecho peludo y descubierto, la mirada torva, no se movió.

—Os debo hacer algunas preguntas —dijo don Filippo.

—A tomar por culo los dos —espetó el hombre.

La patada de Torregrossa le rompió dos dientes y la nariz. El hombre cerró los ojos y se desvaneció.

Torregrossa, que llevaba las esposas siempre consigo, le esposó las manos, y para los pies empleó un trozo de cuerda. Entraron en la cabaña.

Un traje que debía de haber sido de buena calidad con la chaqueta rota por detrás y toda manchada de sangre estaba colgado de un clavo. En el suelo, un par de botas de cuero fino.

En un bolsillo de la chaqueta había un anillo de oro con el emblema del marquesado de Roccalumera.

No había duda, aquellas eran pertenencias de don Severino Lomascio.

El hombre había desnudado al cadáver y había cogido sus cosas.

Salieron de nuevo fuera. El hombre había abierto los ojos.

—¿Dónde lo metiste? —preguntó Torregrossa levantando de nuevo el pie como para darle otra patada.

—Mirad detrás —farfulló el hombre.
Fueron detrás de la cabaña, enseguida vieron la tierra removida.
—No es profunda —espetó Torregrossa, agachándose.
Comenzó a quitar la tierra con las manos.
Después de un momento, afloró una cara.
—Es el marqués de Roccalumera —dijo don Filippo Arcadipane.

Sin perder un minuto, el capitán de justicia corrió a informar de la carta y del descubrimiento del cadáver al juez de la monarquía, y los dos se precipitaron a palacio.

A doña Eleonora le pareció que no podía ser cierto. Tomó una decisión inmediata.

—Puesto que la acusación principal es de doble homicidio, este caso no es de competencia del Santo Oficio, sino del tribunal real. Los dos delitos de execrable crimen, que ahora se convierten en el segundo cargo, necesariamente serán sometidos al mismo tribunal. Os ruego que informéis a don Camilo.

—Así será —convino don Gaetano Currò.

—¿Cuándo podréis empezar el proceso? —preguntó la marquesa.

—Por mí, incluso mañana por la mañana —dijo don Filippo.

—También yo estoy listo —indicó don Gaetano.

—Entonces, que sea mañana. Pero me gustaría que el obispo ya estuviera presente en la primera sesión.

—¿Esto significa que mañana por la mañana deberá comparecer ante el tribunal esposado? —preguntó don Filippo.

—Esposado o no, quiero que esté presente. Es su derecho. Y que su detención pase inadvertida.

Esa era la madre del borrego. Don Filippo Arcadipane se rascó la cabeza porque no sabía cómo hacer.

Cuando regresó a su despacho, llegó a la conclusión de que la única posibilidad era hablar con Torregrossa.

—A ver si entiendo bien —espetó Torregrossa después de que don Filippo le hubiera explicado el problema—. ¿A la caída del sol, el palacio episcopal es despejado y dentro solo duermen el obispo y el secretario?

—Así es.

—¿El obispo duerme en su habitación y el secretario Puglia duerme en la antecámara?

—Sí.

—¿El portón grande es cerrado a la caída del sol por los soldados que permanecen de guardia toda la noche?

—Sí.

—¿Me hacéis el placer de advertir a estos soldados que dejen pasar un carro con

cuatro hombres que llevarán una carga de vino?

Don Filippo se quedó atónito.

—¿Vino?

—Dejadme hacer a mí.

Un cuarto de hora después de que el portón principal del palacio episcopal hubiera sido cerrado, se detuvo delante un carro tirado por un caballo que era todo piel y huesos. Sobre el carro estaba el hombre que sujetaba las riendas y otros tres hombres claramente borrachos.

En medio del carro, bien fijado por las cuerdas, había un tonel verdaderamente enorme.

—Traemos el vino —dijo el hombre con las riendas.

Los soldados de guardia, que habían sido advertidos, no dijeron ni mu y abrieron el portón.

Antes de entrar, el hombre dijo:

—Dejadlo abierto, que dentro de poco deberemos salir de nuevo con el tonel vacío.

El carro entró en el patio y desapareció de la vista de los guardias.

Torregrossa, que era el hombre con las riendas, lo detuvo a la altura de la puerta de los apartamentos privados del obispo.

—Muchachos, descargamos el tonel.

Lo bajaron del carro, lo pusieron en el suelo apoyándolo en una de las dos caras planas. Luego, Torregrossa subió al carro, se inclinó hacia el tonel, quitó con las dos manos un aro y toda la parte superior se levantó como una tapa. Había tardado tres horas en hacerla preparar como era debido por un maestro carpintero y por un maestro herrero.

—Dejadla así y subamos —dijo Torregrossa.

La puerta estaba abierta, subieron dos tramos de escalera sin hacer ruido. Se encontraron delante de otra puerta, pero cerrada.

—Esta da a la antecámara —advirtió en voz baja Torregrossa.

Giró la manilla, empujó, la puerta se movió. Torregrossa, echándose atrás con los otros dos, hizo señas a Luzzo Luparello, que era un coloso, para que entrara primero.

Luzzo abrió la puerta y de inmediato miró a su alrededor, fingiéndose extrañado.

Don Puglia, que estaba sentado en la cama que había dispuesto en la antecámara, aún estaba vestido, leyendo a la luz de un candelabro, y se puso de pie.

—¿Quién sois? —preguntó alarmado.

Y de inmediato se agachó y sacó el puñal que tenía dentro de una funda pegada a la pierna.

—¡Perdonad! —espetó Luzzo con la voz pastosa de quien ha bebido mucho—. Pero me he perdido y no sé cómo salir de este jodido palacio.

—¡Fuera de aquí! —gritó don Puglia, acercándose.

Y cometió un gran error.

Porque el puñetazo de Luzzo en la boca del estómago seguido por una gran patada en los cojones fueron dos mazazos que lo derribaron al suelo sin poder abrir la boca.

En un santiamén fue atado y amordazado por los tres hombres, que se movieron sin hacer el más mínimo ruido, y echado sobre la cama.

—¿Permiso? —preguntó a continuación Torregrossa abriendo la puerta del dormitorio del obispo y entrando.

Turro Mendoza, que estaba sentado en el escritorio, escribiendo, levantó la mirada y empalideció.

Luego se alzó y, con un largo lamento, cayó de rodillas.

—Excelencia, os estáis equivocando, no soy el Padre Eterno —soltó Torregrossa.

—¡Por caridad! ¡No me matéis! ¡Os lo suplico! ¡Os daré todo el dinero que queráis! ¡Perdonadme! —imploró el obispo, uniendo las manos en plegaria y temblando.

—Os equivocáis, excelencia. Nosotros solo debemos llevaros a la cárcel. En mataros pensaré el verdugo. Elegid vos: ¿venís por las buenas o por las malas?

El obispo, que se había temido lo peor, se resignó.

—Decidme qué debo hacer —dijo.

—Nada. Venir con nosotros.

Dos hombres se encargaron de llevar a don Puglia.

Luzzo ayudó al obispo a bajar la escalera teniéndolo por los hombros, en caso contrario, aquel, con las piernas como un flan, podía caerse y romperse el cuello.

Ante todo, dentro del tonel, metieron a don Puglia, atado y amordazado.

El problema se presentó cuando se trató de hacer entrar a su excelencia. Los pies y las piernas bajaron fácilmente, pero la panza hizo de inmediato de tapón y no conseguía pasar.

Mientras uno de los hombres mantenía altos los brazos del obispo, Luzzo trataba de empujar la grasa de la panza hacia el interior del cuerpo, pero la masa de tocino se desplazaba ora a derecha, ora a izquierda, e impedía el descenso.

Entonces intervino el otro hombre y el mismo Torregrossa para empujar de los costados ante cada impulso central que daba Luzzo.

—¡Uno, dos, tres...! ¡Empuja!

Así, centímetro a centímetro, a fuerza de empujones, apretones, empellones y maldiciones, la panza pasó.

Luego, Torregrossa puso el aro que impedía que se abriera desde el interior y aquí hubo un nuevo obstáculo.

Porque entre los cuatro no conseguían levantar el tonel con los dos que estaban dentro. Debieron hacer un gran jaleo. Es decir, desuncir los caballos, apoyar el carro inclinado sobre los varales, hacer rodar encima el tonel empujándolo, atarlo con las

cuerdas y uncir.

Y finalmente el carro con el tonel y los cuatro hombres pudo salir del palacio episcopal.

En el patio de la cárcel, para hacer salir al obispo y a don Puglia, debieron romper el tonel.

Aquella misma tarde entre los hábitos del obispo se hallaron solo dos llaves, que él se negó tozudamente a decir qué puertas abrían.

Entonces, el gran capitán, con Torregrossa y diez hombres fueron a registrar los apartamentos privados de Turro Mendoza. Pero no encontraron nada importante.

Se estaban marchando, decepcionados, cuando Torregrossa notó que en el comedor la mesa había sido dispuesta para dos, los platos fríos no habían sido tocados. Se vio que el obispo y don Puglia no habían tenido tiempo de comer, porque habían sido arrestados.

Pero lo que atrajo la atención de Torregrossa fue un barrilito de vino, totalmente cubierto de polvo, puesto en medio de la mesa sobre un soporte de madera. Abrió un poco la espita, puso la mano debajo, se la llevó a la boca. Tenía un sabor exquisito, era un vino añejo, de grandísima calidad. Se trataba bien su excelencia.

—El obispo debe de tener su propia bodega —dijo al gran capitán.

—Vamos a verla.

Descendieron a la planta baja. Al lado de la puerta de entrada había otra. Introdujeron una de las dos llaves. Era la correcta. La puerta daba a un largo trecho de escaleras, que descendía. Al final, una segunda puerta, pero de hierro. Se abrió con la otra llave.

La bodega era grande. Después de dos horas de busca que te busca, detrás de un tonel descubrieron un gran agujero. Dentro estaban amontonados diez sacos de escudos de oro. Dos estaban manchados de sangre.

Nadie en Palermo supo que el obispo estaba sometido a proceso. Porque doña Eleonora, para no despertar las sospechas de la gente, había ordenado que los guardias en torno al palacio episcopal continuaran haciendo su trabajo como si su excelencia aún estuviera en sus apartamentos.

Turro Mendoza, antes de que comenzara el proceso, planteó una importante objeción.

Su secreta intención era ganar tiempo esperando la respuesta del papa. Por eso, dijo al gran capitán de justicia que él, dado que era el jefe de la Iglesia en Sicilia, no podía ser juzgado por un tribunal ordinario, sino por un tribunal digno de la importancia del cargo que ocupaba.

Doña Eleonora y el juez de la monarquía hablaron entre ellos y llegaron a la

conclusión de que el obispo debía ser juzgado por todo el Sacro Regio Consejo, como nunca había sucedido antes.

Por eso, la única novedad aportada a la sala fue que en el centro pusieron una silla para el imputado. Doña Eleonora se negó a estar presente.

Fue nombrado presidente el juez de la monarquía, la acusación era llevada por el capitán de justicia.

—El primer delito que se os imputa es ser el inductor del homicidio de don Severino Lomascio, marqués de Roccalumera, y de su cochero, Annibale Schirò, materialmente cometidos por vuestro secretario, don Valentino Puglia.

El obispo, desde las primeras palabras, se había quedado atónito y aturdido. Esperaba la acusación del nefando crimen y no de doble homicidio. ¿Cómo coño lo habían sabido?

Le entró un sudor frío.

Porque de pronto había recordado que don Severino le había dicho que se había demorado escribiendo una carta al gran capitán y él no le había creído.

En efecto:

—La acusación se basa en una carta de don Severino que... —prosiguió don Filippo Arcadipane.

El obispo lo interrumpió.

—¡Una carta no significa nada! En efecto, el marqués de Roccalumera vino a pedirme dinero y yo se lo negué. Esta es su venganza.

—En la carta —continuó don Filippo—, el marqués lúcidamente prevé que vos, para recuperar los seis mil escudos que le habríais dado a cambio de una inestimable información, lo habríais hecho matar por don Puglia en el bosque de la Favorita.

—Prevé, prevé... ¡Son todas chácharas! No tenéis nada que pueda...

—Hemos encontrado el cuerpo del marqués, claramente apuñalado por la espalda. Tenemos un testigo ocular del homicidio que luego desnudó el cadáver de don Severino; hemos encontrado en vuestra bodega dos sacos de monedas de oro manchadas de sangre.

El obispo se vio perdido.

Abrió la boca para decir algo, pero por más que se esforzó no le salió ningún sonido.

—Por último, debo informaros que esta noche don Valentino Puglia ha confesado los dos homicidios.

Don Filippo se olvidó de decir que en la cárcel habían usado un poco de aceite hirviendo hecho caer gota a gota sobre la carne viva para convencerlo de hablar.

Y se había cuidado mucho de decirlo también a doña Eleonora.

—¡No lo creo! —encontró la fuerza para gritar el obispo.

—Entrad a don Valentino Puglia —ordenó el gran capitán a los dos guardias que estaban al lado de la puerta.

Salieron y volvieron sosteniendo en brazos a don Puglia, que no se aguantaba en

pie.

Sobre el pecho desnudo se veían las marcas de grandes quemaduras.

—Perdonadme —dijo con un hilo de voz don Puglia al obispo.

Este se cubrió los ojos con la mano y no dijo nada.

Don Puglia fue llevado fuera.

—¿Admitís ser el inductor del homicidio de don Severino Lomascio?

—Sí —dijo el obispo—. Pero del cochero no sabía nada.

—Pasemos al segundo cargo. El de haber cometido nefando crimen sobre dos niños del coro de la catedral. Como testigos de la acusación están ante todo los dos médicos que curaron a los niños después de que vos hubierais...

—Es suficiente —lo interrumpió Turro Mendoza—. Es suficiente. Confieso haber sometido a los niños a mi voluntad. Y, si de verdad queréis saberlo, es un asunto que viene de hace años. Solo que nunca nadie ha tenido el valor de denunciarme. Os advierto que ya no responderé a ninguna otra pregunta. Acabemos aquí.

Y acabaron ahí, porque ya no había absolutamente nada que hacer, ni siquiera llamar a los testigos.

Es probable que fuera el proceso más corto de la historia de los procesos.

El obispo fue llevado a una habitación a la espera de la sentencia y los consejeros hicieron cerrar la puerta del salón para no ser oídos por nadie.

Que don Puglia, en cuanto ejecutor material, debía ser condenado a muerte, ninguno de los consejeros tuvo dudas.

Discusión, y bastante animada, hubo, en cambio, sobre la condena para Turro Mendoza: ¿a muerte o cadena perpetua?

Don Filippo Arcadipane sostenía que entre inductor y ejecutor no había ninguna diferencia, por eso, la pena de muerte debía ser aplicada a los dos. Por su parte, el juez de la monarquía estaba de acuerdo con don Filippo, pero hacía presente que ya una condena a cadena perpetua de un obispo tendría serias consecuencias en las relaciones entre España y el papado, no se podía ni imaginar el jaleo que provocaría la condena a muerte.

Sometieron la cuestión al juicio de doña Eleonora.

En un primer momento, dijo que no quería entrometerse en absoluto en las decisiones de aquel tribunal especial. Luego, al final, se decidió a dar su opinión.

—Creo que el obispo tiene que ser formalmente condenado a muerte. Pero el tribunal, en el mismo acto de pronunciar la condena, pedirá a la virreina la gracia para el condenado, transformando la pena de muerte en la de cadena perpetua. Yo, naturalmente, aceptaré de buen grado la solicitud del tribunal.

Y así se hizo.

Luego, don Benedetto Arosio, el obispo de Patti, con el permiso de la marquesa, escribió al papa explicando cómo se había debido llegar a la dolorosa decisión de

encarcelar al obispo de Palermo y que había que proveer a su sustitución.

Pero decidió expedirla con tranquilidad, al menos una semana después de la reclusión del obispo.

Pero, en tanto, el papa, recibida la carta del rey de España, se había devanado los sesos y había llegado a la conclusión de que era mucho más importante reclamar a España a la virreina que insistir en anular cuanto había hecho.

Por eso no perdió el tiempo y respondió a su majestad diciéndose dispuesto a aceptar las condiciones que él había puesto.

Si hubiera sabido a tiempo del arresto de Turro Mendoza de seguro habría armado jaleo, pero la carta del obispo de Patti se demoró demasiado.

La misma tarde de la condena de Turro Mendoza, en la mesa, don Serafino se dio cuenta de que doña Eleonora estaba melancólica. Y lo más misterioso de aquel velo ligero que parecía cubrir sus ojos era que en vez de esconder su esplendor lo hacía aún más parecido a un lago sin fondo, encantado y encantador, donde las estrellas del cielo se reflejaban brillando aquí y allá, encendiéndose y apagándose.

La marquesa no tenía ganas de hablar, y don Serafino respetaba su silencio. No obstante, habría querido dar no la vida, sino el alma, para saber el porqué de aquella melancolía y hacerla desaparecer.

Luego, ella, de pronto, dijo:

—Todos los que han ofendido a mi esposo ya han pagado. Ahora Ángel puede descansar en paz. Lo he vengado.

—Vos no os habéis vengado —dijo don Serafino, con firmeza—. Vos solamente habéis hecho justicia. Todos los consejeros eran corruptos, vos los habéis hecho castigar por su corrupción. La ofensa hecha al virrey no fue más que una consecuencia de su actuación y pensamiento profundamente corruptos. Vos no sois una mujer que se venga, no está en vuestra naturaleza, en vuestra naturaleza está solo la justicia.

Aquellas palabras fueron como una ráfaga de viento que se lleva la niebla. El velo de encima de los ojos de la marquesa desapareció de golpe.

Doña Eleonora alargó una mano, la posó sobre la de don Serafino, la retuvo.

—Gracias. Vos me comprendéis a mí más que yo misma.

18

Conclusión agridulce

Fue una mañana agotadora para doña Eleonora. Tenía que hacer, una tras otra, tres inauguraciones y recibir a una visita especial.

La primera inauguración fue la del albergue de Spedaletto, completamente restaurado, donde habían encontrado cobijo las vírgenes en peligro; la segunda fue aquella del albergue de las Magdalenas arrepentidas, que recogía a las putas que, por enfermedad o por vejez, ya no podían ejercer su oficio.

Fueron dos ceremonias muy sencillas, la marquesa había ordenado que no hubiera ninguna solemnidad.

Para acogerlas a ella y a la princesa de Trabia, que la marquesa había querido a su lado en aquellas ocasiones, estaba don Gaetano Currò, el juez de la monarquía, orgulloso del gran trabajo que había conseguido hacer en tan poco tiempo.

Y tenía razones para presumir. Las jóvenes huérfanas salvadas de la calle eran doscientas cincuenta, las pobres viejas más de doscientas.

Y ahora todas, gracias a doña Eleonora, tenían por delante solo días y más días de serenidad y de paz.

A pesar de que las huérfanas le habían insistentemente rogado que dijera algunas palabras después de la bendición hecha por el obispo de Patti, la marquesa no quiso abrir la boca.

Se limitó a abrazar y besar a la más pequeña de las huérfanas, que tenía trece años.

Lo mismo hizo en la otra casa.

Abrazó y besó a la más vieja de las acogidas, pero esta vez le dijo al oído tres palabras:

—Reposad, hermana mía.

La tercera inauguración fue la del albergue de Santa Teresa, celebrada después de las dos primeras y a cargo de las monjas del homónimo convento. Aquí estaban las vírgenes caídas en peligro, o sea, aquellas que no habían pasado el examen de la comadrona Sidora, a las cuales se había ofendido contra su voluntad.

Luego recibió la visita de las cien muchachas a las cuales se había destinado la dote real para la boda.

Al final de la larguísima mañana, la marquesa volvió a palacio cansada, sí, pero feliz.

Por la tarde, don Esteban de la Tierna, el gran visitador, fue a hacerle su visita de

despedida. Don Esteban, después de Palermo, había recorrido toda la isla a la carrera, mandando a chirona a una gran cantidad de gente deshonesto, desde el jefe del astillero de Messina hasta el marqués Aurelio Spanò di Puntamezza, que se apropiaba del dinero de las tasas, del intendente Piscopo de Catania al racional Trupiano de Calscibetta. Y había incautado una gran cantidad de dinero, de casas y de terrenos que eran fruto de fechorías y que habían ido a parar a las arcas reales.

—Será un gran honor para mí informar a su majestad de sus elevados méritos — fueron las últimas palabras que don Esteban dijo a doña Eleonora.

Y salió caminando hacia atrás como el cordelero en señal de respeto, sin darle la espalda.

Por la tarde, mientras doña Eleonora y don Serafino comían juntos, la conversación cayó sobre el inquisidor don Camilo, que se había limitado a escribir una carta formal de protesta por la condena del obispo y punto. Se ve que le habían faltado los argumentos.

Y don Serafino contó a la marquesa que en el siglo XVI y durante veintitrés años seguidos en Palermo había estado un inquisidor, don Luis Rincón de Páramo, tan fanático y sediento de sangre que apuntaba los nombres y apellidos de los centenares de personas que había hecho matar. Y añadió que entre aquellos hechos encarcelar por Páramo había estado un rebelde nato, un hombre contrario a la naturaleza del poder y a los hombres de poder, pero que era un poeta, un verdadero poeta, y se llamaba Antonio Veneziano.

—¿Un poeta? ¿Conoce algunas poesías suyas?

—De memoria, puedo recordar alguna de sus octavas.

—Por lo menos, dígame una.

—Las octavas son en dialecto. Si queréis, después, os la traduzco.

—Entretanto, decídmela.

Don Serafino conocía una decena, pero a la mente le vino solo una y nada más que una.

Y no tuvo ninguna necesidad de preguntarse por qué:

*Fui priso in risguardari la grandizza
di vostra divinissima figura,
l'ebburnea frunti, la nivura trizza,
la vucca cinta di 'imperlati mura,
l'occhi und'Amuri cu li Grazii sgrizza
e spira grazii e amuri a cui v'adura.
Vui siti, donna, specchiu di biddizza,
miraculu di Diu, arti e natura.*^[1]

Don Serafino había cambiado una palabra.

Había convertido la trenza cantada por Veneziano de «dorada» a «negra».

Y lo bueno era que lo había hecho sin darse cuenta.

—¿Queréis que os la traduzca? —preguntó.

—La he entendido perfectamente —zanjó doña Eleonora.

Al día siguiente, que era viernes, se celebró la sesión del Sacro Regio Consejo. Y aquí ocurrió algo fuera de lo normal.

Es decir, que apenas doña Eleonora declaró abierta la sesión, el gran capitán de justicia pidió la palabra.

—Hablo —dijo— en nombre de todos los consejeros que me han querido encomendar esta grata misión. Nosotros, los consejeros, deseamos que conste en acta que todo el consejo se considera altamente honrado de haber sido llamado a compartir las iluminadas decisiones de la virreina, doña Eleonora de Mora, marquesa de Castel de Roderigo, y que se declara también unánimemente dispuesto a secundarla en cualquier otra decisión que quiera tomar, albergando una ilimitada confianza en sus extraordinarias, generosas y magníficas dotes de gobierno.

Doña Eleonora habló inmediatamente después del gran capitán.

—Os agradezco la confianza presente y futura. Pero quisiera decir que las iluminadas decisiones, como las habéis definido, que he tomado hasta ahora son solo el fruto de un aprendizaje elemental que hice en los años en que viví en el convento, es decir, que Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Desde entonces siempre me he empeñado en respetar a todos los hombres, naturalmente a los que son dignos de ser llamados así, porque en ellos se refleja la imagen misma de Dios. Con lo cual, si no se socorre a quien sufre, a quien padece la injusticia, a quien se muere de hambre, a quien es más débil, y las mujeres son siempre las más débiles, no solo se comete un pecado de omisión, sino uno mucho más grave de blasfemia. Eso es. Y ahora, si no os disgusta, pasemos a los temas que hay que discutir.

El secretario se levantó, abrió la boca y la cerró. Porque delante de la puerta había aparecido el maestro de ceremonias. Tenía un sobre sellado en la mano.

—Os pido perdón, pero...

—Decid —le apremió la marquesa.

—Acaba de desembarcar un correo con un mensaje urgente de su majestad el rey.

—Lo leeré después de que...

—Excusadme —insistió el maestro de ceremonias—. Pero está escrito: «Leer en cuanto sea entregado».

—Dádmelo.

El maestro de ceremonias se adelantó y se lo tendió.

—Perdonad —espetó doña Eleonora a los consejeros mientras rompía el sello real.

Leyó y por un momento empalideció. Se llevó una mano a la frente como si la cabeza le diera vueltas.

Los consejeros contuvieron la respiración.

Luego la marquesa dijo:

—Os lo voy a leer.

Leyó con su habitual voz firme, sin inflexiones, como si el asunto no la concerniera.

Muy a mi pesar y lamentándolo mucho debo daros la orden de regresar de inmediato a España, finalizando, desde el primer día de octubre, vuestras funciones de virreina.

A la espera del nombramiento de vuestro sucesor, las funciones de virrey serán asumidas *pro tempore* por el gran capitán de justicia.

Vuestra convocatoria, me complace manifestároslo, no se debe a vuestra actuación, que, por el contrario, tiene un gran mérito a nuestros ojos, sino solamente al hecho de que siendo el virrey de Sicilia, según el eclesiástico de esta monarquía, legado natural de su santidad el papa, no es posible que una mujer revista esta dignidad.

He debido inclinarme ante esta conclusión tras una motivada solicitud recibida del Santo Padre.

No obstante, todos los actos de gobierno realizados y deliberados por vos hasta el trigésimo día del mes de septiembre, mientras estabais en el cargo, al haber sido todos cumplidos en el total respeto de la ley y en plena posesión de vuestro derecho virreinal, se mantienen en vigor y no pueden ser cancelados, alterados, discutidos o no puestos en práctica por vuestro sucesor.

Cayó un silencio sepulcral.

Los consejeros parecían fulminados en sus sillones.

La única dueña de sí misma fue doña Eleonora.

—Obedezco —dijo vuelta al trono vacío del rey.

Luego se levantó, bajó ligera los tres escalones, alargó la mano en un gesto aéreo hacia el gran capitán de justicia, luego su dedo índice, largo, ahusado, señaló el trono:

—Ahora vuestro puesto es este.

Don Filippo Arcadipane se puso de pie, pálido y desolado.

—Jamás me atrevería a ocupar ese sitio —dijo resuelto— mientras vos estéis aquí.

—Os ruego que predispongáis mi viaje, de modo que el domingo pueda embarcar con mis sirvientas. Quiero, además, que el ataúd con los restos mortales de mi esposo viaje conmigo.

—Así se hará —dijo el gran capitán.

—¿Por qué queréis dejarnos tan deprisa? —preguntó el obispo de Patti.

Y su pregunta se convirtió en una especie de coro suplicante.

—¿Por qué?

Doña Eleonora no respondió. Lentamente, miró a los consejeros a los ojos, uno a uno. Luego dijo:

—Gracias.

Les dio la espalda y salió, un palmo por encima del suelo del salón.

El primero en dejar correr libremente las lágrimas, sin recato, fue don Filippo Arcadipane.

Y ya a la hora de comer toda la ciudad se enteró de que doña Eleonora ya no era

virreina por orden de su majestad y que debía partir el domingo por la tarde hacia España.

Poco a poco, en la explanada de delante del palacio, comenzaron a llegar a la chita callando mendigos, gentes con ropas tan agujereadas que se caían a trozos, gentes lisiadas a las cuales les faltaba un brazo o una pierna, ciegos, cojos, enfermos, desventurados desde su nacimiento, cortos de mente... Cada uno tenía en la mano un trozo de pan que había podido comprar porque ahora el pan costaba poco y ellos se lo podían permitir.

Y habían acudido a comerlo en silencio, como agradecimiento, delante de doña Eleonora.

Ella, mientras tanto, estaba discutiendo con el gran capitán que había ido para hacerle presente que había todo un ceremonial que respetar para dar el último saludo a cada virrey que se marchaba y no se podía prescindir de él.

Pero la marquesa no oía de aquel oído.

—Si yo he sido un virrey anómalo, que la anomalía continúe hasta el final.

Pero don Filippo no aflojaba.

—Señora, entiendo vuestras razones. Pero es mi deber advertiros que vuestro gesto podría ser equivocado, es decir, ser interpretado como una negativa a veros con los representantes de aquella parte de la nobleza y del pueblo que, si bien no siempre os ha apoyado, tampoco os ha hostigado.

Doña Eleonora al final se convenció.

Y establecieron que al día siguiente por la mañana, desde las nueve hasta el mediodía, en el salón del consejo harían la ceremonia.

Luego pasó toda la tarde haciendo el equipaje. Al anochecer, cuando llegó la hora de cenar, esperó largamente a don Serafino. Pero aquel no dio señales de vida.

En un momento dado, doña Eleonora se preocupó. ¿Qué podía haberle ocurrido? Y la preocupación creció tanto que le hizo desaparecer el poco apetito que tenía.

Se fue a acostar sin comer.

En cambio, don Serafino hacía dos horas que estaba acostado en su habitación.

Se había enterado por la calle, gracias a un conocido, que doña Eleonora había sido reclamada y se había precipitado a palacio, encontrándose con don Filippo Arcadipane, que salía. De él obtuvo la amarga confirmación.

Le faltó valor para subir y verse con doña Eleonora.

Se habría puesto a llorar como un niño.

Por eso, había vuelto a su casa abatido y se había echado sobre la cama, desesperado.

A las nueve de la mañana del sábado, la explanada de delante del palacio estaba abarrotada por las setenta y dos maestranzas palermitanas y por los padres honestos. Una delegación, constituida por los cónsules, dos padres y el magistrado de comercio, fue recibida primero.

Los representantes de la nobleza, entre príncipes, duques, marqueses, condes y barones, llegaron a ser un centenar.

Luego fue el turno de los altos funcionarios reales. El protonotario, el secretario del Sacro Regio Consejo y...

Doña Eleonora no esperaba ver aparecer delante al protomédico con los ojos enrojecidos de quien se ha hartado de llorar.

Mientras don Serafino se agachaba para besarle la mano, ella le dijo en voz baja:
—Esta noche os espero para cenar. Es mi última orden.

La marquesa pasó toda la tarde con el gran capitán, el juez de la monarquía y el secretario del consejo. Se trataba de pasar las consignas. Y la marquesa se cansó la mano poniendo centenares de firmas.

Cuando terminaron, ya había oscurecido.

De vuelta a sus apartamentos, preguntó a la mayordoma si don Serafino había llegado.

—Sí, está en el salón.

—Que me perdone si tardo un poco.

Quería desnudarse, lavarse, perfumarse y volver a vestirse poniéndose un traje limpio pero muy sencillo, de andar por casa, casi queriendo, así, presentarse a los ojos de don Serafino como aquello que sentía que era, una mujer cualquiera y no la virreina que había sido.

Pero obtuvo, sin quererlo, el efecto contrario. Antes era como un fruto cubierto por maravillosas hojas, pero ahora, sin hojas, la plenitud, los colores, la perfección del fruto eran una explosión de belleza.

—¿Pasamos a la mesa? —preguntó abriendo la puerta del salón.

Al verla, a don Serafino le costó levantarse.

Ella habló solo al principio.

—¿Por qué no vinisteis ayer?

—Me faltaban las fuerzas.

—Estaba preocupada.

—Os ruego que me perdonéis. Y luego...

—¿Y luego?

—Temía ser inoportuno. Sin duda, teníais tantas cosas que hacer...

—Vuestra presencia nunca ha sido inoportuna.

Y ya no intercambiaron una palabra. También evitaron mirarse. Luego, fatalmente, llegaron al final.

Doña Eleonora se levantó. Don Serafino también, pero con mucho esfuerzo.

Doña Eleonora cerró los ojos, los abrió, dio un paso hacia él. Don Serafino hizo lo mismo. Estaban muy cerca.

—Tenemos que despedirnos —dijo doña Eleonora.

Su voz fue apenas un soplo.

Y cerró otra vez los ojos. Y don Serafino vio una lágrima, una sola, una perla, que le salía del ojo izquierdo, descendiendo lentamente por la mejilla, deteniéndose un instante antes de separarse y...

Y la mano derecha de don Serafino la recogió sobre la palma abierta. Luego, él la apretó fuerte en el puño cerrado, queriendo que aquella lágrima penetrase en su carne hasta convertirse en sangre de su sangre.

Y quizá este milagro se produjo, pues don Serafino oyó que su boca decía:

—Os seguiré.

—¿Cómo? —espetó doña Eleonora abriendo los ojos y mirándolo, asombrada.

—Os seguiré —repitió don Serafino con voz firme.

—Pero aquí tenéis una madre, una hermana...

—Se harán cargo. Me bastará una semana para poner en orden mis cosas, no más.

—Pero en España...

—Haré de médico, como aquí. Cuando vuestro marido se enfermó, don Juan de Torres, el médico enviado por su majestad, y yo nos hicimos amigos, cada tanto nos escribimos... Me ayudará.

—Os esperaré —dijo doña Eleonora.

Luego, su mano se libró en el aire, ligera como una mariposa, y acarició la cara de don Serafino.

—Lo único que puedo garantizaros es una invitación a cenar tres veces por semana —espetó la marquesa.

—Me bastará.

El gran almirante había puesto a disposición de la marquesa una poderosa nave de guerra. El horario establecido era la caída del sol, pero la gente de Palermo comenzó a llenar el puerto desde primera hora de la tarde.

Mil soldados españoles estaban formados a lo largo del camino que iba del palacio al puerto, otros quinientos estaban alineados a los dos lados del gran muelle de madera debajo de la nave, que tenía la gran pavesa con las banderas de España y de Sicilia.

A las tres, el ataúd del virrey fue cargado sobre una plataforma con ruedas tirada por cuatro caballos, escoltado por un pelotón de lanceros y subido a bordo.

A las cinco, doña Eleonora llegó dentro de una carroza. Aquella con las cuatro criadas iba detrás. La recibió el comandante, que la guio a la cabina que estaba siempre reservada al gran almirante.

Luego llegaron el Senado de la ciudad, el Sacro Regio Consejo y los altos funcionarios.

Entre estos estaba el protomédico, que parecía conmovido, pero no demasiado.

Doña Eleonora se asomó.

Estalló tal estruendo que de las palabras dichas por el gran capitán para el adiós oficial no se entendió ni una sílaba.

Desde donde estaba el pueblo, una persona encima de otra o colgada de otra, partían sin parar voces de despedida, de augurio, de gratitud y de bendición, acompañadas por un interminable ondular de pañuelos, servilletas, paños y camisas.

Doña Eleonora respondía saludando con la mano.

Luego, los marineros comenzaron a levar anclas.

De improviso, cayó un gran silencio.

Y en aquel silencio se elevó, poderosa, la voz de Peppi Gangitano, poeta de taberna y de calle, que cantó así:

*Para dar la vuelta a la tierra
tarda la luna veintiocho jornadas.
Esto lo saben las mujeres y el mar
que con la luna están siempre a la par.*

*Giro de luna fue tu reino,
pero hizo de la noche día claro,
tu ley bastó y sobró
para hacer el dolor menos amargo.*

*Y ahora que has terminado el trabajo,
doña Eleonora, mira en nuestro corazón:
dentro encontrarás una pequeña luna,
ella eres tú, que reinas de esplendor.*

Nota del autor

En todas las cronologías de los virreyes de España en Sicilia, con una sola excepción, llegados a 1677, se encuentra puntualmente escrito que en aquel año muere en Palermo el virrey don Ángel de Guzmán y que le sucede en el cargo el cardenal Luis Fernando de Portocarrero.

Pero en realidad se comete, inexplicablemente o de forma demasiado evidente, una grave omisión.

Es decir, no se dice que entre la muerte de don Ángel y la llegada del cardenal Portocarrero, aunque solo durante veintisiete días, Sicilia fue gobernada por una mujer.

Don Ángel, al morir, había dejado escrito en su testamento que quería que lo sucediera su viuda, doña Eleonora de Mora. El testamento era ambiguo, en el sentido de que no especificaba si la viuda debía ser nombrada virreina *pro tempore*, es decir, a la espera de la designación del nuevo virrey, o permanecer como tal cuanto hubiera complacido a su majestad. De todos modos, la decisión última solo podría corresponder al rey.

Hay que decir que no era la primera vez que un virrey, en su lecho de muerte, nombrase como sucesor a un allegado. En 1627, el virrey Antonio Pimentel, marqués de Távora, nombró a su hijo, suscitando la reacción del arzobispo de Palermo Doria, que aspiraba a ese cargo.

También en 1677, el obispo de Palermo aspiraba a convertirse en virrey.

De todos modos, el Sacro Regio Consejo, incluido el obispo de Palermo, debió inclinarse a la voluntad testamentaria y doña Eleonora se convirtió en virreina, la única mujer en el mundo, en aquella época, en alcanzar tan alto cargo político y administrativo.

Yo he tropezado con sus vicisitudes leyendo una importante obra de Francesco Paolo Castiglione, titulada *Diccionario de las figuras, de las instituciones y de las costumbres de la Sicilia histórica* (Palermo, Sellerio, 2010).

Pero en ella la historia de doña Eleonora es mencionada en pocas líneas y esparcida en algunas de las «voces» que componen el volumen.

Otras poquísimas alusiones pueden leerse en el tercer volumen de la *Historia cronológica de los virreyes*, de G. E. Di Blasi, editada en 1975 por la Región Siciliana, y que constituye aquella única excepción de la cual he hablado.

Di Blasi se detiene en la destitución de doña Eleonora a causa, precisamente, del hecho de ser mujer y por lo tanto imposibilitada de asumir la autoridad de legado natural del papa, título indivisible de aquel del virrey. Quien había planteado la

cuestión había sido el obispo de Palermo, excluido del Sacro Regio Consejo por la virreina doña Eleonora y que se lamentaba por haber sido perseguido por ella.

Pocas menciones, pues, pero bastan para obtener la imagen de una mujer extraordinaria que supo ganarse el respeto por todo cuanto hizo en su breve período de gobierno de Sicilia.

Suya fue ciertamente la bajada del precio del pan y la creación del magistrado de comercio, que reunía a las setenta y dos maestranzas palermitanas.

En cuanto a las medidas tomadas por ella a favor de las mujeres, debe decirse que restableció el albergue para las vírgenes en peligro y aquel para las viejas prostitutas, los dos en aquella época clausurados por falta de fondos, mientras que, en cambio, son enteramente suyas la creación de la llamada dote real y del albergue de las Magdalenas arrepentidas.

Suya fue también la reducción del número de hijos para obtener los beneficios concedidos a los «padres honestos».

Tratándose de una narración novelesca, me he tomado numerosas libertades. No me demoraré aquí en decir cuáles. Solo desvelaré dos menores.

La primera. Doña Eleonora no quería agitar el espantapájaros del regio visitador don Francisco Peyró, el cual en aquella época ya había muerto. Era una leyenda por haber mandado a la cárcel por malversación a uno de los más altos funcionarios, el maestro portulano Federico Abbatellis, conde de Cammarata, y con él al gran tesorero del reino, el secretario, dos altos prelados... Murió asesinado a puñaladas cerca de Viterbo, durante el viaje de regreso. A punto de morir, Federico Abbatellis confesó que él había sido el inductor.

La segunda. Después de haber recibido la carta que la obligaba a dimitir, doña Eleonora pasó las consignas al gran capitán de justicia, pero se quedó durante algún tiempo en Palermo. Hasta el punto de que el cardenal Portocarrero no pudo vivir de inmediato en el palacio virreinal, porque aún estaba ocupado y entonces se preocupó de mandar una nota reverente a doña Eleonora en la cual escribía que podía quedarse allí todo el tiempo que quisiera, porque él había encontrado un alojamiento provisional en el palacio episcopal, en ese momento afortunadamente privado de titular.

Deseo darle las gracias a Maria Grazia Ursino por la inteligente y cálida ayuda que me ha prestado para personalizar agradablemente el ítaloespañol hablado por doña Eleonora.

Agradezco, por último, a Valentina Alferj su inestimable colaboración en la revisión

del texto.

A. C.

Notas del traductor

[1] Fui atraído al mirar la grandeza / de vuestra divinísima figura, / la ebúrnea frente,
la negra trenza, / la boca ceñida por perlados muros, / los ojos donde Amor con las
Gracias brota / e inspira gracias y amor al que os adora. / Vos sois, mujer, espejo de
belleza, / milagro de Dios, arte y naturaleza. <<